

404(3)
L. DALCERRI - F.M.A.

MONUMENTO VIVO A MARIA AUXILIADORA

El espíritu de una Regla

SEGUNDA EDICION
REVISADA Y AMPLIADA



EDICIONES DON BOSCO
BARCELONA

PRESENTACION

Este "Monumento vivo" que Sor Lina Dalcerri, tras otros preciosos escritos (1), había concebido inspiradamente y realizado en forma feliz, lo ofreció con mucha oportunidad como alimento ascético, sencillo pero estimulante, ardiente y substancioso, a todas sus Hermanas en Congregación, en el Centenario de la colocación de la primera piedra material de la Basílica, el Monumento erigido por San Juan Bosco a María Santísima Auxiliadora en Turín (2).

Con igual o mayor oportunidad lo presenta de nuevo ahora, en segunda edición, revisada y puesta al día según las nuevas Constituciones, y enriquecida con otros cuatro capítulos, inspirados en motivos del Concilio Vaticano II, en el Primer Centenario de la fundación de ese "Monumento viviente" que es el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Al titular así este estudio, Sor Lina pensaba

Visto por la Congregación Salesiana:
Roma, 25 de abril de 1971
Don Nazareno Camilleri, S.D.B.

Visto: nada obsta para la impresión:
Roma, 1.º de mayo de 1971
Don José Zavattaro, S.D.B.

IMPRIMATUR
Turín, 19 de junio de 1972
Can. José Rossino - Vic. Episc.

ISBN 84-236-0658-9
Depósito Legal. B. 5806-74
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

sin duda en las palabras con que el Santo Fundador proclamó su propósito y sus intenciones antirrevolucionarias en la fundación del nuevo Instituto religioso femenino. Después que, en junio de 1871, Don Bosco había obtenido del Papa Pío IX la aprobación de su proyecto, decía un día al Director de Alassio, Don Cerruti: “¿Ves? ¡La revolución se sirvió de las mujeres para hacer un gran mal, y nosotros haremos un gran bien por medio de ellas!”. Y agregaba expresamente que llevarían el nombre de Hijas de María Auxiliadora, porque quería que el nuevo Instituto fuera también un MONUMENTO PERENNE —viviente y activo— de gratitud por los singulares favores obtenidos de tan buena Madre (3).

He hablado del título de este libro. En cuanto al subtítulo, “*El espíritu de una Regla*”, diré que la autora demuestra querer satisfacer, con su denso y bien logrado ensayo, el comprensible deseo y necesidad de un bosquejo claro y bien elaborado de lo que es *el perfil de la Hija de María Auxiliadora*, religiosa y apostólicamente considerada.

Sobre esta línea se movía ya nuestra *Plegaria de la F.M.A. a Santa María Mazzarello*, con su relativo comentario, aparecida en el n.º 2 de

“Cuadernos de las F.M.A.”, completado con una conferencia sobre el espíritu apostólico y misión educactiva del Instituto (4).

Pero el mérito mayor de este “Monumento viviente” es su amplitud y adaptación, y más aún, el haberse inspirado en la Regla cuyo espíritu expone. En cierto modo, salvadas las distancias, como el Papa Pablo VI con su Encíclica “*Ecclesiam suam*” del 6 de agosto de 1964, mirando a una reforma o renovación espiritual de toda la Iglesia en el Espíritu de Cristo, su divino Fundador, manifiesta ante todo la importancia de que tome plenamente conciencia de sí, de lo que es y de lo que debe ser, para poderse conformar cada vez mejor al ideal del Fundador Divino, análogamente, es cosa siempre importante y esencial para toda Orden, Congregación o Instituto religioso, que se renueve en el perfecto conocimiento y comprensión de su propia vocación, de su propio ideal de santidad en la consagración vivida, y de su misión apostólica en el mundo.

A esta conciencia o claro conocimiento del ideal, debe seguir la renovación, o sea la voluntad resuelta, aunque sea progresiva, pero sincera, diligente y activa, de correspondencia y adaptación al ideal, es decir, al fin, y al con-

junto de virtudes que él exige. Y esto con amor y gozo espiritual, con santo entusiasmo, aun cuando se requiere abnegación y espíritu de sacrificio, a ejemplo y por amor de Jesucristo. El, en efecto, es “el esposo Crucificado que pide esposas crucificadas” (5) para la redención del mundo y de las almas.

* * *

A esto apunta el “Monumento vivo” ilustrando “El espíritu de una Regla”.

El espíritu de una Congregación está ya en la Regla. Pero no siempre es fácil percibirlo. Don Bosco mismo creyó oportuno y necesario hacer preceder los artículos canónicos de las Constituciones, de una *Introducción* suya, que con aquéllas debe formar siempre una cosa sola e indivisible, como alma vivificante unida al cuerpo, para que éste no sea, o no se convierta, en un cadáver, una letra muerta.

Cuando en 1877 Don Bosco comenzó a hablar en el primer Capítulo General, dijo: “Ahora se trata de reducirlo todo a vida regular... Hasta ahora se ha dicho: Las cosas van bien. ¡Pero cuán lejos estamos todavía de la verdadera re-

gularidad! Todavía nos falta mucho para lograrla”.

Y después, a propósito de las Constituciones, añadió palabras muy importantes: “Nuestras Reglas, dijo, son breves; pero en muchos puntos *una sola palabra requeriría varios capítulos de explicación sobre el modo práctico de cumplirla*. Si cuando redactaba las Reglas hubiera tenido la experiencia que tengo ahora, las habría hecho mucho más breves, para reducirlas quizá a una quinta parte, porque... a las Congregaciones romanas se presenta sólo el esquema orgánico, y lo que respecta a la práctica, en cambio, se nos deja a nosotros”.

Y sacaba la conclusión de que el primer Capítulo General debía resultar “como el reglamento práctico de nuestras Constituciones” (7).

Si tal es el pensamiento de Don Bosco respecto a la *vida práctica* de cada religioso y del movimiento comunitario de cada casa, o inspección religiosa, y de toda la Congregación, eso es todavía más cierto respecto a la *vitalidad espiritual interior* que las mismas Constituciones entienden y suponen.

Del “espíritu” de piedad, que debe hacer vivas e incandescentes las “prácticas” de piedad, decía Don Bosco con densísima expresión: “Tu

fe es el ojo de tu piedad" (8), y aseguraba que "la oración vocal sin la mental es como un cuerpo sin alma" (9). Es decir, es una oración cadavérica.

Precisamente en las "notas explicativas de nuestras reglas", entre las deliberaciones tomadas en las Conferencias Generales de la Sociedad de San Francisco de Sales, precisa en mérito a la obediencia: "La obediencia no sea *personal* sino *religiosa*. No se obedezca nunca porque es tal persona quien manda o porque manda de buenas maneras, sino obedécese porque en aquel mandato se está seguro de hacer la voluntad de Dios" (10).

Comentando más ampliamente este pensamiento en las conferencias otoñales de 1875, Don Bosco se había expresado más o menos así: "Es de notar que hasta ahora la obediencia ha sido más bien *personal* que *religiosa*. Evitemos este gran inconveniente. No se obedezca nunca porque es fulano quien manda, sino *por motivos de orden superior*; porque es Dios quien manda, por medio de quien quiera. Comencemos a practicar nosotros esta virtud religiosa —decía a los superiores— y después, poco a poco, tratemos de inculcarla a todos. *¡Mientras no hayamos llegado a este punto, habremos obte-*

nido poco! Y agrega: "Este *principio* repítase en las conferencias, en la predicación, en las confesiones y de cualquier otro modo posible (11).

¿Y qué decir del espíritu de sobrenatural y evangélica caridad que debe, verdadera y efectivamente, penetrar y suavizar toda nuestra observancia de las Constituciones, toda nuestra apostólica obra educativa, y por consiguiente también el ejercicio mismo de la autoridad, y la comprensiva, animadora, fraterna y solidaria unión entre nosotros?

Baste recordar el art. 90 de los reglamentos sobre la aplicación del Sistema Preventivo: "La práctica de este sistema se apoya en las palabras de San Pablo: *Caritas patiens est... omnia suffert, omnia sperat, omnia sustinet...* Por lo tanto sólo el cristiano puede practicar con éxito el Sistema Preventivo". Y nótese que no dice simplemente el bautizado, sino *el cristiano*; aquél, pues, que está impregnado de Cristianismo vivido, y que difunde en torno a sí, casi sin darse cuenta, el Espíritu de Jesucristo.

A la luz de estas notas y orientaciones, pienso que se comprenda la preciosa función de este nuevo libro de "espiritualidad salesiana" de Sor Dalcerra.

La síntesis no me corresponde intentarla, ya que ella nos la ha delineado en el capítulo de la conclusión final. Sin embargo, si yo debiese poner un título —que falta— a cada uno de los seis capítulos, para mostrar y sugerir en seguida el enlace lógico a quien lee, los titularía más o menos así:

Capítulo 1.º *Vocación religiosa, vocación divina*: en tres párrafos se explican y meditan tres aspectos:

a) el llamamiento del esposo; b) la consagración de la esposa; c) los indisolubles desposorios con Cristo.

Capítulo 2.º *Vocación salesiana, vocación particular*: por tres motivos: a) porque nos hace Hijas de María Auxiliadora; b) porque en nuestra vida, sea de trabajo o de oración, la vocación exige vivísimo el sentido de la Iglesia; c) porque, suscitada por el mismo Jesús, Hijo de María Virgen, nos llama a la amorosa conformación con Cristo.

Capítulo 3.º *Fisonomía religiosa de la Hija de María Auxiliadora*: tres rasgos: a) amor a la Regla; b) fidelísima adhesión a los votos; c) vida común elevada a una auténtica liturgia perenne.

Capítulo 4.º *Fisonomía ascético-mística del Instituto*: también aquí tres rasgos: a) máxima santidad en el trabajo diario, en las obras comunes; b) el encanto de la humilde pero riquísima “sencillez evangélica”; c) un ardor de unión con Dios en la oración que se desborda en una contemplación habitual, aun en la actividad por Dios.

Capítulo 5.º *Fisonomía apostólica, individual y colectiva*, caracterizada por tres notas esenciales: a) unión constante y vivificadora con la “Fuente Eucarística”; b) entusiasmo estimulante de sentirse, como catequistas y educadoras, “auxiliadoras con la Auxiliadora”; c) una educación completa, en la medida justa y en la perfecta armonía de los elementos, que difunde gozo cristiano y honesta alegría.

Como conclusión, el capítulo 6.º: *Primacía espiritual y sobrenatural de la Pedagogía Salesiana*, con dos implicaciones: a) como fundamento, la “garantía extraordinaria de místicos carismas” desde los orígenes; b) por ideal, el compromiso de vivir la “síntesis de la espiritualidad salesiana”.

* * *

Concluyendo, séame permitido recordar y afirmar que, mientras este “Monumento vivo” que recomendamos para una lectura atenta y meditada, quisiera presentar un amplio esbozo y comentario del *perfil de la Hija de María Auxiliadora*, tal perfil espiritual y apostólico se encuentra maravillosamente concentrado en la figura de Santa María Dominga Mazzarello.

Si me preguntasen cuál es el tema, el *leitmotiv*, la quintaesencia del perfil espiritual que la Santa nos muestra en síntesis, diría que es la humildad, una “triumfal humildad” exaltada por el inmortal Papa Pío XI en la glorificación de la amable, sencilla y dulcísima Santa María Mazzarello, en la proclamación de sus heroicas virtudes (12).

En contraposición a la vibrante sentencia de San Agustín: “*Ubi inobedientia, ibi superbia*”—síntesis no menos del hombre orgulloso que de la verdadera crisis de los espíritus llamados independientes, pero que en realidad hacen de la libertad sólo un pretexto de anarquía o de licencia (13)—; yo recogería e indicaría a las aproximadamente 19.000 piedras vivas de este

“Monumento vivo”, esparcidas por todo el mundo, la divina e inspirada palabra programática del versículo escritural:

“UBI HUMILITAS, IBI EST SAPIENTIA!” (14).

Roma, 5 de agosto de 1971.

DON NAZARENO CAMILLERI

*Profesor de Teología Dogmática
en la Pontificia Universidad Salesiana*

(1) Sor Lina Dalcerci, F.M.A., *Madre Marina Coppa*, L.D.C., 1944, p. 464; 2.ª impresión: Tip. priv. Inst. F.M.A., 1955, p. 335; *Madre Enrichetta Sorbone*, Tip. priv. Ins. F.M.A., 1947, p. 278; *Tesoro di salesianità*, ivi, 1949; *Madre Luisa Vaschetti*, ivi, 1954, p. 347; *I nove uffici del Sacro Cuore*, T.E.C.A., Turín, 1959, p. 38; *La mia strada passa per la croce* (perfil biográfico), ivi, 1960, p. 54; *Rimani con noi, Signore*, Tip. priv. Inst. F.M.A., 1960, p. 82; 2.ª edición T.E.C.A., 1971; *La mia vita e Cristo*, Tip. Priv. Inst. F.M.A., 1962, p. 33.

(2) Advertimos que era también el 150º aniversario del nacimiento del Fundador San Juan Bosco.

(3) Cf. *Memorie Biografiche* (M.B.), vol. X, p. 600.

(4) Véase también «*Quaderni delle F.M.A.*», n.º 7: *La Maestra delle Novizie*, especialmente pp. 17-37; 73-83; 122-151.

(5) Cf. *Cum clamore valido*, Ed. Marietti, Turín (Súplica de Jesús a las almas consagradas).

(6) Cf. M. B. XIII, p. 244.

(7) Cf. M.B. XIII, p. 244.

(8) Cf. M.B. VI, p. 828.

(9) Cf. M.B. IX, p. 997.

- (10) Cf. M.B. X, p. 1112.
- (11) Cf. M.B. XI, p. 356.
- (12) Discurso del 3 de mayo de 1936.
- (13) Cf. San Pablo, *Gal.* 5, 13.
- (14) *Prov.* 11, 2.

I

1. Llamada por Dios
2. Consagrada a Dios
3. Unida... y cimentada en Cristo
(De Im. Chr., III, 45, 3)

Llamada por Dios

«Dios misericordioso... señala a cada hombre su camino desde su nacimiento... (1), da a cada uno su vocación y le indica el estado en que debe salvarse. Este es el orden de predestinación descrito por el mismo apóstol con estas palabras: "A los que predestinó, a éstos también los llamó, y a los que llamó, a éstos también los justificó... y glorificó"» (Rom. 8, 30) (2).

«... la Madre Iglesia se goza de que en su seno se hallen muchos varones y mujeres que siguen más de cerca el anonadamiento del Salvador y dan un testimonio más evidente de El, al abrazar la pobreza en la libertad de los hijos de Dios y al renunciar a su propia voluntad. A saber: aquellos que, en materia de perfección, se someten a un hombre por Dios más allá de lo mandado, a fin de hacerse más plenamente conformes a Cristo obediente» (3).

La vocación es un "llamamiento", una "elección". No una elección humana, un acto del hombre, sino una elección divina: "... llamó a sí a los que quiso" (4).

Es un don de Dios al hombre, antes que un don y una respuesta del hombre a Dios: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (5).

Siempre es Dios quien llama primero, con

iniciativa soberana y con liberalidad divina. Así fue ante todo para la vocación de los Apóstoles, a quienes se refieren estos textos evangélicos. Así es también para toda gracia de inspiración eficaz y de vocación especial.

Don de infinito amor y de inefable y eterna predilección: “Te he amado con amor eterno” (6).

Y tal elección es siempre una elección personal. Dios llama “por nombre” a quienes elige, (7), uno por uno: “Te he llamado por tu nombre: tú eres mío” (8).

Así llamó con vocación extraordinaria a Abraham, a Moisés, a los Profetas, a los Apóstoles.

El nombre es la expresión concreta de la persona. Este *llamar por nombre* significa que Dios conoce, ama, escoge a cada uno de modo singular, único, irrepetible.

Ezequiel, el profeta de las grandes visiones, nos describe así místicamente esa divina llamada: “Pasé junto a ti y te vi. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo... y tú fuiste mía” (9).

El Señor no pasa por casualidad “cerca” de sus criaturas: pasa impulsado por un singular

designio de amor. Y si encuentra al alma “en el tiempo de los amores”, es decir totalmente presente a sí, libremente abierta a la gracia, en una palabra, espiritualmente “adulta”, despliega sobre ella “su manto”, es decir, la envuelve en su amor, como signo de elección y de pertenencia exclusiva, y la hace su esposa.

Esta designación divina, esta elección gratuita, si es correspondida fiel y constantemente, nos inserta en el plan eterno y universal de la predestinación y nos da como una prenda de seguridad.

El pasaje del Apóstol citado por Don Bosco, en efecto, enlaza los pasos divinos del llamamiento a la salvación, en una forma tan estrecha que no admite rupturas: “el elegido es predestinado; el predestinado es llamado; el llamado es justificado; el justificado es glorificado. Estamos ante una cadena tendida en la eternidad, en el cuadro del plan de Dios, y este plan, precisamente porque es de Dios, es inmutable e irremovible como Dios mismo” (10).

Así en el orden objetivo. Pero esta inmutabilidad por parte de Dios en su divino designio de amor, compromete al “llamado” a una correspondencia total, a una fidelidad, a un modo de vivir irreversible.

Sin embargo, en el orden subjetivo queda la tremenda posibilidad de decir “no” a Dios.

Este “no” corre el riesgo de comprometer todo el plan salvífico de Dios, o al menos su plan de santidad respecto al sujeto.

San Juan Bosco, apoyándose en los Padres de la Iglesia y en la Sagrada Escritura, presenta claramente tal peligro: “... equivocado el estado, toda la vida andará errada... Será muy difícil que tal persona se salve permaneciendo en el mundo... Dios no escuchará los ruegos de quien ha despreciado su voz” (11).

De la respuesta, pues, al llamamiento de Dios, puede depender la vida presente y la futura.

Y esta respuesta no se puede dar una vez para siempre, una vez por todas. Dios espera y exige *hic et nunc*, hasta la muerte, tal respuesta de un amor fiel momento por momento. La vocación es una realidad en crecimiento, un desarrollo gradual, un destino que realizar: “... es la llamada de Dios al hombre que ha elegido para sí y que destina a una misión particular en su designio salvífico” (Guillet).

La vocación es un llamamiento que impulsa por un camino sin fin: “No hay meta donde Dios es la meta; no hay término donde el término es Dios” (12).

El “sequere me” (13) del Evangelio no se cierra en un acto: constituye el *iter* de toda una vida. La entrada en religión, la vestición, la profesión, la renovación de los votos, la misma consagración perpetua no son momentos conclusivos sino nuevos pasos iniciales y realizadores de un camino ulterior; “un camino largo te queda por recorrer” (14).

La vocación es una llamada abierta hasta los umbrales de la vida eterna. “... Pero, ¿hasta cuándo seguirla? —se pregunta Don Bosco—. Hasta la muerte, y si fuese necesario, hasta una muerte en cruz” (15).

El Señor nos llama siempre y nosotros estamos obligados a darle nuestra respuesta en cada momento, prontos a seguirle, de virtud en virtud, de ascensión en ascensión, hasta el encuentro final (Sal., 83, 6).

Tal respuesta exige fe y abandono: nos compromete a ir a Dios acto por acto, instante por instante, más allá de toda dificultad, de todo obstáculo. La vocación de Abraham es una página programática en la vida de todo hombre llamado por Dios. “Hay que dejar tras sí las seguridades humanas para adentrarse, en la fe, hacia metas lejanas”; encaminarse, “como Abraham, en el desierto, por las sendas de Dios” (16).

La vocación es una gran prueba de amor: Dios no siempre allana los senderos ni quita todos los obstáculos en el camino de aquellos que le siguen. Por el contrario, les prueba a veces en nuevos y difíciles pasos.

El “sequere me” es una invitación clara y precisa a abrirse al amor de Dios, partiendo de la total negación del yo, “perderse a sí mismo” para seguir a Jesús, llevando “la propia cruz”.

Es el cuadro que nuestro Fundador y Padre San Juan Bosco, con su sencillez característica pero con igual claridad, no vacila en ponernos delante: “... mis queridas hijas, ¿es que pretendéis ir al Paraíso en coche? Precisamente os habéis hecho religiosas no para gozar, sino para sufrir y atesorar méritos para la vida eterna. Os habéis consagrado a Dios no para mandar, sino para obedecer; no para entregar vuestro corazón a las criaturas sino para, practicar la caridad hacia el prójimo, movidas únicamente por el amor a Dios; no para llevar una vida holgada sino para ser pobres con Jesucristo, para sufrir con Jesucristo en la tierra y hacerlos dignas de su gloria en el cielo” (17).

El amor a Dios y la imitación de Jesucristo son el motivo esencial de la vocación, su verdadera razón de ser.

“Por eso —dice nuestro Santo Fundador— cada uno al entrar despójese de todo otro pensamiento, de toda otra solicitud. Quien entrase para gozar de una vida tranquila, para tener comodidad para continuar los estudios, para librarse de la autoridad de los padres o eximirse de la obediencia a cualquier otro superior, tendría un fin torcido y no sería aquel “sequere me” del Salvador, ya que buscaría su propia utilidad, no el bien del alma.

El Salvador alabó a los Apóstoles y les prometió un reino eterno, no porque abandonaron el mundo sino porque, abandonándolo, se declaraban prontos a seguirle en las tribulaciones; como sucedió, consumando su vida en las fatigas, en la penitencia y los padecimientos, y soportando finalmente el martirio por la fe.

Tampoco entra o permanece con buen fin en la Sociedad quien está persuadido de ser necesario a la misma. Imprímasele bien cada uno en la mente y en el corazón: comenzando por el Superior General hasta el último de los socios, ninguno es necesario a la Sociedad. Sólo Dios debe ser su Cabeza, el dueño absoluto, necesario. Por eso los miembros de la Sociedad deben dirigirse a su jefe, a su verdadero dueño, al remunerador, a Dios. Y por amor a El cada uno

inscribirse en la Sociedad; por amor a El trabajar, obedecer, abandonar cuanto poseía en el mundo para poder decir al fin de la vida al Salvador que hemos escogido por modelo: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos tocará pues?” (18).

La renuncia, donde es requerida, ley absoluta en la vida, no es fecunda sino en virtud del amor.

Sólo en el amor y en virtud del amor a Dios y por su reino se alcanza la perfección y la plenitud del propio ser: la plenitud según el espíritu. La vida consagrada en la virginidad, que es renuncia y donación a Dios en el amor, es esta plenitud. Cuando falta el amor, hay esterilidad.

San Agustín afirma: “No se alaba porque es virginidad, sino porque está consagrada a Dios” (19). La medida del amor con que un alma se da a Dios es la medida de su real consagración a El. El Señor es un “Dios celoso” (20) y un “Esposo de sangre” (21), exige amor preferencial, y por consiguiente totalidad de donación, generosidad incondicional.

Un amor preferencial es un amor de elección absoluta. La generosidad y continuidad de nuestra respuesta a su llamamiento, o al menos la

reanudación humilde pero constante y decidida, será el sello de este amor preferencial.

Cuando tal respuesta falta, se cae en la mediocridad, se traiciona la propia vocación, que para ser seguida perfectamente, debe obedecer a una ley interior de dinamismo, llevar a un crecimiento: el crecimiento de Cristo en nosotros y de nosotros en Cristo.

Correspondida así, con generosa fidelidad, transforma a los “llamados” en “elegidos”, según la palabra del Maestro divino, palabra que, como una espada, divide a sus seguidores en las dos categorías: “Muchos son los llamados mas pocos los elegidos” (22).

“*Llamados*” son todos aquellos que, tras la invitación divina, “*sequere me*” (23), han entrado a formar parte de los seguidores de Jesús, no sólo en la vida cristiana sino también en la vida religiosa, pero que después llevan una vida mediocre, cómoda.

Continuamente divididos entre Dios y el mundo, entre las exigencias de su consagración y sus egoísmos, entre los intereses divinos y sus satisfacciones personales, no viven su estado de oblación total.

“*Elegidos*” son aquellos “pocos” según la palabra de verdad de Jesús, que han respondido

y responden con creciente plenitud a la divina llamada. Aquellos que no se han detenido al primer "sí" sino que hacen de toda su vida un "Sí" perenne al Señor. Aquellos que, momento por momento, traducen en acto su profesión, decididos a vivir coherentemente en todo y siempre, como "consagrados".

¡Demasiados "llamados" se cambian en "instalados"! Hay que hacer como Abraham: salir de la "propia tierra", de la "tierra" de la búsqueda de sí mismos y de las criaturas; amar a Dios con exclusividad, poner sus derechos por encima de sí mismos y de todo: "Si alguno viene donde mí y no me prefiere... hasta a su misma vida, no puede ser discípulo mío" (24).

Escuchemos la palabra inspirada de nuestro Santo Padre Don Bosco: "Me parece que en estos momentos sea propicia María y que hable: «Hijas mías, no tardéis en romper definitivamente con el mundo. Es un enemigo que no paga o paga mal y traiciona. Consagraos con generosidad a mi Hijo Jesús vosotras mismas, vuestros bienes, vuestra salud. Y vuestro corazón sea, hoy y siempre, de Jesús, a costa de cualquier sacrificio»" (25).

Un alma que, entrada en religión, se busca a sí misma, se apoya en las criaturas, escucha

sólo razones humanas, vive a la defensa de sus derechos personales, se rebela contra el sufrimiento, contra la humillación, no entrará nunca en la legión de los "elegidos". Ha tomado el camino del aburguesamiento del espíritu. Ningún obstáculo mayor a la santidad que el espíritu burgués. Espíritu burgués es el espíritu de comodidad, el espíritu conciliador entre Dios y el mundo, Dios y el propio interés, Dios y el propio yo (26).

Mientras un alma permanece esclava de este espíritu, se condena inexorablemente a una vida de mediocridad: será perennemente una "llamada" pero no llegará nunca a ser una "elegida"; estará descontenta de sí, y fomentará crisis penosas y peligrosas.

El ser "llamada" ha dependido de la bondad misericordiosa de Dios. El ser "elegida" depende también de nuestra seriedad, generosa y continua correspondencia a tal llamamiento. Es la súplica de nuestro Santo Fundador: "Entre otras, he pedido la gracia de que os conservéis siempre fieles a vuestra santa vocación, que seáis religiosas amantes de la perfección y de la santidad; que con la práctica de las virtudes cristianas, con una vida edificante y ejemplar, honréis a Jesucristo, vuestro celestial Esposo,

y a María, vuestra amorosísima Madre...” (27).

El entusiasmo de un fervor siempre vigilante debe impulsarnos a superar todos los esquemas de nuestro egoísmo, las formalidades del legalismo, los estrechos límites humanos.

También nos exhorta a esta fidelidad el Concilio Vaticano II en la “Lumen Gentium”: “Todo el que haya sido llamado a la profesión de los consejos evangélicos, esmérese por perseverar y destacarse en la vocación a la que ha sido llamado, para que abunde más la santidad en la Iglesia y para mayor gloria de la Trinidad una e indivisible, que en Cristo y por Cristo es la fuente y origen de toda santidad” (28).

Es la ley del amor que supera toda barrera: “porque el amor es fuerte como la muerte” (29).

(1) Entiéndase: según su presciencia. En el texto completo de la cita hecha por Don Bosco, que comienza por el versículo anterior, 28, y se refiere *literalmente* a la vocación a la fe cristiana y no a la libre elección del estado, incluye expresamente la divina *presciencia* de las cosas, lógicamente anterior al decreto absoluto de la creación y de la predestinación y también a todo plan de la Providencia: «*Quos praescivit, (hos) et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui ut sit ipse Primogenitus in multis fratribus. Quos autem praedestinavit*», etc. (Nota de Don Camilleri.)

(2) *Manual-Reglamentos de las Hijas de María Auxiliadora*, p. 21-22.

- (3) L. G., 42.
- (4) Mc., 3, 19.
- (5) Jn., 15, 16.
- (6) Jer., 31, 3.
- (7) Jn., 10, 3.
- (8) Is., 43, 1.
- (9) Ez., 16, 8.
- (10) Hans Urs von Balthasar, *Sor Isabel de la Trinidad*, Ancora, Milán, 1959, p. 39-40.
- (11) *Man. Reg.*, p. 21-23.
- (12) D. Barsotti, *Nella presenza di Dio*, Ed. Fiorentina, 1956, p. 26.
- (13) Mt., 9, 9.
- (14) 1 Re, 19, 7.
- (15) S. J. Bosco, *primera carta circular*, 9 de junio de 1867.
- (16) S. Raponi, *La vocazione religiosa alla luce della Bibbia* en «*Rivista delle Religiose*», n.º 2, feb. 1965.
- (17) S. J. Bosco, *Cartas*, 6 de enero de 1884.
- (18) S. J. Bosco, *Primera carta circular*, 9 de junio de 1867. Véase también San Francisco de Sales, *Entretenimientos*, Tr. 21.
- (19) S. Agustín, *De Virginitate*, VIII.
- (20) Deut., 5, 9.
- (21) Ex., 4, 25.
- (22) Mt., 22, 14.
- (23) Mt., 9, 9.
- (24) Lc., 14, 26.
- (25) *Carta a Don Cagliero*, 5 de agosto de 1884.
- (26) En «*Lo spirito umano*», véase Faber, *Il progresso dell' anima*, cap. 12 y 13.
- (27) S. Juan Bosco, *Carta*, 24 de mayo de 1886.
- (28) L. G., 47.
- (29) Cánt., 8, 6.

Consagrada a Dios

«... No olvidéis jamás que, estando consagradas a Dios, por El sólo debéis trabajar y únicamente de El esperar la recompensa...

... Haciéndolo así, tendréis la suerte de ser contadas entre las vírgenes prudentes, de las cuales habla Jesucristo en el Evangelio, que se encontraron con las lámparas preparadas y llenas de aceite; y habiendo ido a su encuentro, pudieron entrar con El a celebrar las bodas eternas: "A medianoche alzóse un grito: He aquí que el esposo viene, salíde al encuentro. Y las que estaban preparadas, entraron con El a las bodas"» (1).

«El cristiano, mediante los votos... con los cuales se obliga a la práctica de los tres susodichos consejos evangélicos, hace una total consagración de sí mismo a Dios, amado sobre todas las cosas, de modo que se ordena al servicio de Dios y a su gloria por un título nuevo y especial» (2).

Consagrar significa "hacer sagrada" una cosa, es decir abstraerla a cualquier otro uso para dedicarla exclusivamente al servicio de Dios.

Quien se consagra a Dios se ofrece enteramente a sí mismo y a su vida, todo lo que es y todo lo que posee, para el servicio exclusivo de Dios. Realiza un acto esencial de religión e im-

prime a toda su vida el sello de un único y continuo rito religioso. Se convierte en "religioso", y lo es por diverso título.

"Religioso" es todo hombre por el hecho de haber sido creado y por consiguiente es una "creatura" que pertenece a Dios"

"Religioso", más propiamente, es aquel que respeta esa condición esencial y vive según ella.

"Religioso", a título más alto, es todo cristiano, "bautizado" en Cristo.

"Religioso", a título especial, es el alma que se liga a Dios con particular vocación divina, sea con el sacerdocio, sea con los vínculos de la virginidad consagrada y de los otros consejos evangélicos, de pobreza voluntaria y obediencia.

Esto "constituye una especial consagración" que "radica íntimamente en el bautismo y realiza su vida más plenamente" (3).

El religioso, con la profesión de los consejos evangélicos, "... para poder conseguir un fruto más abundante de la gracia bautismal, trata de liberarse.. de los impedimentos que podrían apartarle del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino, y se consagra más íntimamente al servicio de Dios" (4).

El ser "religioso" no es, pues, sólo una forma sino una *substancia* de vida, una especie de "ca-

rácter” que distingue interiormente al consagrado de todos los demás hombres.

El “consagrado” es el hombre de Dios que vive y obra en Dios y por Dios.

Lo que caracteriza la vida religiosa, cualquiera que sea la forma, el espíritu que anima las Reglas, el fin que la inspira, la manera práctica en que se realiza, es el *espíritu de religión*, o sea de consagración a Dios.

Por él la vida religiosa se convierte verdaderamente en sagrada, porque tiene un elemento sobrenatural en los sujetos, en los fines, en los medios.

Todo el ser y todas las facultades del religioso se convierten en sagrados: sagrados el cuerpo y el alma; sagradas la inteligencia, la voluntad y todas sus energías; sagradas todas sus acciones, porque todo está insertado en aquel espíritu de “servicio de Dios” que el alma religiosa rinde fundamentalmente al Señor, en virtud de su consagración a El.

Lo afirma Santo Tomás: “Todos los actos del religioso pertenecen al culto divino, como una especie de sacrificio” (5), es decir, como en virtud de una radical inmolación y oblación.

Los que disponen de ellos aquí en la tierra, los superiores, lo hacen sólo como intermedia-

rios de Dios y obrando en su nombre, como ministros de la vida religiosa. La superioridad asume así un carácter de mediación, elevándose a una especie de sacerdocio, o sea de servicio a Dios en beneficio de la comunidad.

En el Evangelio Jesús ha dado este sentido de “servicio” a la superioridad: quien es el primero “sea el siervo de todos” (Mc., 10, 44).

Y como tal, despojado de todo personalismo, entregado completamente a la búsqueda de la gloria de Dios, en una total disponibilidad para el bien de todos y de cada uno.

Esta es la esencia del espíritu religioso, el único y fundamental elemento positivo y seguro, más allá de todos los accidentes que lo revisten, de las formas con que se manifiesta; más allá de eventuales, y por lo demás, inevitables, defectos de personas y de cosas; más allá, en fin, de la Regla misma, que no es en sí la perfección sino un medio de perfección.

Si no se vive en este espíritu de “servicio de Dios”, la vida religiosa corre, desgraciadamente, el riesgo de rebajarse a una convivencia convencional, a una materialidad de prácticas y de ejercicios, que no se elevan en absoluto al grado de acciones espirituales, de actos religiosos de culto, o lo hacen míseramente. O corre el peli-

gro de vaciarse en el formalismo o de arrastrarse en la mediocridad.

Este es precisamente el punto crucial de la tragedia de esas pobres almas que traicionan el ideal vivo de su vocación o lo arrastran como un peso muerto: ¡han perdido el sentido, el espíritu de su vida, el de su sincera y amorosa consagración a Dios por el reino de los cielos!

El hecho de ser la vida religiosa una vida consagrada a Dios, para el servicio de Dios, la eleva a una razón de culto, de ministerio, de sacerdocio santo.

Por esto nuestro Santo Fundador y Padre llama al estado religioso “sublime y verdaderamente angélico” (6). La expresión se refiere a ese ininterrumpido “servicio de Dios” que es el ministerio directo de los Angeles.

Para Don Bosco, la vocación religiosa libera “de todos los estorbos y lisonjas del mundo” (7) y permite “ocuparse libremente del servicio del Señor” (8).

Servicio sagrado que, en un ofertorio continuo, presenta a Dios, a cada instante: “todas sus acciones y palabras... con pureza de cuerpo y limpieza de corazón: *casto corpore et mundo corde*” (9).

El estado religioso, afirma Don Bosco, es una

segura “fortaleza custodiada por el Señor” (10).

En ella las almas consagradas se restituyen a sí mismas a Dios, como en un *sancta sanctorum*, por medio del sacerdocio espiritual de la autoridad constituida: “la propia voluntad, los bienes, las fuerzas físicas y morales... en un solo corazón y una sola alma, para promover la mayor gloria de Dios (11).

Tal concepción de la vida religiosa no permite considerar ninguna prescripción, ni norma, ni obediencia, ni oficio, como trivial y sin importancia, porque todo está elevado al plano de un acto de culto, en el único gran ministerio de las almas consagradas, que es el servicio de Dios (12).

En los ritos religiosos, efectivamente, todo asume un carácter sagrado, aun los gestos más comunes e insignificantes: lavarse las manos, levantarlas, bajarlas, juntarlas, sentarse, arrodillarse, ponerse de pie.

El mismo ambiente material que rodea a una comunidad religiosa y las cosas que en ella se encuentran, asumen un carácter sagrado y como tales deben ser tratadas: “Todos los objetos y bienes de la casa religiosa deben ser tratados como los vasos sagrados del altar” (13).

Tal concepción de la vida y de la disciplina religiosa brota de las enseñanzas y de la vida de Jesús, el primer religioso del Padre.

Don Bosco se preocupa por ponernos constantemente ante los ojos el ejemplo de Jesús. En las cartas introductorias al *Manual-Reglamentos* hay una continua invitación a volver a Jesucristo “nuestro divino modelo” (14); ser pobres con Jesucristo” (15); “padecer con Jesucristo” (16); “seguir a Jesucristo” (17); “asemejarse a Jesucristo” (18), “uniformarse en todo a la actitud filial de Jesús” (19).

Don Bosco entiende verdaderamente la vida consagrada como la real “*sequela Christi*”, tan subrayada por el Concilio Vaticano II.

Jesucristo es el modelo divinamente perfecto y la fuente misma de la vida religiosa.

El vivió perennemente en un estado de consagración, de oferta, de donación a Dios. Jesucristo es el gran consagrado: Cristo quiere decir ungido, consagrado.

De consiguiente, “norma fundamental”, “regla suprema” de la vida religiosa debe ser “el seguimiento de Cristo, tal como lo propone el Evangelio” (20).

Su regla de vida es agradecer al Padre siempre, a cualquier precio, en plena y perfecta co-

herencia a la primera oferta: “Yo vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (21) Así también ante la terrible tragedia de su Pasión y Muerte: “Para que todo el mundo sepa que yo amo al Padre, ¡levantaos!, ¡vámonos!”... (22).

“Todas las palabras que pronunció y las obras que realizó —escribe Mons. Gay— las dijo y las realizó siempre como un religioso, es decir como uno que se ha consagrado y abandonado a Dios, que le obedece y cumple sus votos... en forma absoluta, sin restricciones y sin lamentos... Nada es tan inmutable y fijo como el estado religioso de Jesús” (23).

(1) *Man. Reg.*, p. 66.

(2) L. G., 44.

(3) P. C., 5.

(4) L. G., 44.

(5) *Summa Theologica*, 2a, 2ae, q. 87, art. 6.

(6) *Man. Reg.*, p. 24.

(7) *Man. Reg.*, p. 33.

(8) *Man. Reg.*, p. 35.

(9) *Man. Reg.*, p. 33.

(10) *Man. Reg.*, p. 34.

(11) *Man. Reg.*, p. 37.

(12) Véase Colin, *El culto de la Regla*, y Faber, *El progreso del alma*, cap. 4.º: Con qué espíritu servimos a Dios.

(13) Cf. San Benito, *Regula*, XXXI. Para una visión más amplia puede verse Hildebrand, *Liturgia y Personalidad*, capítulo 4.º, n.º 3: Respuesta a los valores de la Liturgia.

(14) *Constituciones del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora*, art. 27, ed. 1878.

(15) S. J. Bosco, *Cartas*, 6 de enero de 1884.

(16) S. J. Bosco, *Cartas*, 6 de enero de 1884.

(17) S. J. Bosco, *Cartas*, 24 de mayo de 1886.

(18) *Man Reg.*, p. 45.

(19) *Const.*, art. 48.

(20) P. C., 2-a.

(21) Hb., 10, 7.

(22) Mt., 26, 46.

(23) Gay, *Vita e Virtù cristiane*, Ed. Gregoriana, pág. 120.

Unida... y cimentada en Cristo

(De *Imit. Ch.*, III, 45, 3)

«... preparaos bien a esta heroica consagración, y una vez hecha, procurad mantenerla aun a costa de prolongados y grandes sacrificios: Cumple las promesas hechas al Altísimo: "Cumple tus votos al Altísimo" (Sal., 49, 14). Así nos lo manda El mismo» (1).

«La consagración será tanto más perfecta cuanto, por vínculos más firmes y más estables, represente mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su Iglesia» (2).

El acto de consagración a Dios en la Profesión religiosa lleva consigo la exigencia de una total y coherente continuidad.

No siendo la Profesión, como hemos visto, un acto concluido sino continuo en su realización, transforma la vida religiosa en un *estado*, o sea en un constante modo de vivir en la obediencia, en la pobreza, en la castidad, y cambia la disciplina religiosa en un sacramento que consagra todos los actos y todos los instantes del religioso a ese fiel, consciente y espiritual ser-

vicio de Dios, que es el espíritu mismo de la vida religiosa.

La disciplina a que se somete el alma religiosa, en el conjunto de sus compromisos, es inderogable y obliga siempre, porque la profesión con que se la acepta no nos pone en una condición transitoria, sino que nos constituye en un *estado* de vida. el *estado religioso*.

Son, pues, fundamentalmente dos los caracteres de la vida religiosa: el ser, como hemos visto, *un servicio de Dios*, que la eleva a una razón de culto y la separa netamente del mundo; y el ser absoluta, que implica la totalidad de la oferta con toda su estabilidad e inmutabilidad.

Los religiosos, en efecto, precisamente en virtud de su estado de vida, son "*signos de lo absoluto de Dios, de la caridad de Jesucristo, del poder de la gracia divina*" (3).

La vida religiosa, si se vive en verdad, es ante todo una traducción concreta de *lo absoluto de Dios*. Porque, a diferencia de los simples cristianos que, aun viviendo para la gloria de Dios y para el servicio de los hermanos, conservan en su vida el libre uso de los bienes personales, la preocupación de una familia que constituir y acrecentar, el derecho a la inicia-

tiva independiente y a la decisión personal, el religioso quiere conformarse al designio de Dios, hasta el punto de que, con un acto supremo y global de su libertad, renuncia a cuanto de creado y propio podría separar su mirada de Dios o ser obstáculo a su donación incondicional a la voluntad de Dios y a su puro amor.

El religioso es aquél que ha escogido libremente realizar, de ese modo especial que es la vida religiosa, el "sólo por Dios" implícito en la vida cristiana; y ha renunciado a todo para mantenerse afectivamente separado de todo y conseguir así más expeditamente la perfección de la caridad.

Pero, para tender generosa, constante, auténticamente a su ideal: "sólo por Dios", los religiosos deben creer firmemente en el *misterio* del amor desinteresado y heroico del Verbo Encarnado y redentor, para ser en el mundo signos de *la auténtica caridad de Cristo*.

No es ante todo por la multiplicidad de las obras caritativas por lo que el religioso revela al mundo la caridad del Padre y del Hijo. Eso podrá ser su fruto y confirmación, pero lo revela por su empeño de servir y de darse a través de la imitación más perfecta posible de Jesucristo.

El valor intrínseco de la vida religiosa reside esencialmente en la consagración a Dios. Lo ponía de relieve con mucha claridad en un discurso el Papa Pablo VI: la "mayor apreciación del estado religioso" y su "mejor articulación con toda la trabazón eclesial" no están ligados a los "servicios prácticos y apostólicos... a las obras pastorales, caritativas y escolares" que las religiosas podemos realizar, sino, afirma el Santo Padre: "al mérito de vuestra consagración a Cristo Señor. Es decir, no sólo por lo que vosotras, religiosas, hacéis y sois capaces de hacer por el bien de la Iglesia, sino especialmente por lo que sois, consagradas a la perfección, capaces de hacer resplandecer en vuestra vida la completa autenticidad del bautismo, llevada a las más radicales renunciaciones, que su misterio bautismal ofrece a quien lo vive en plenitud" (5).

Encontramos aquí de nuevo la característica de la vida religiosa en el seno de la Iglesia. En efecto, todo bautizado debe amar a sus hermanos con el amor con que Cristo los ama, y estar pronto a dar su vida por el más pequeño entre ellos. Pero el religioso, porque quiere dar una respuesta más plena y perfecta a los deseos de Dios por su Iglesia, con este amor y con la do-

nación que de él nace, se aferra a medios radicales, que le permitan realizar hasta el fondo de su ser ese despojo total de sí mismo y de sus intereses, que es la mejor condición para que sea perfecto el don de sí a los demás.

Los votos, si se viven plenamente en su espíritu, haciendo que el religioso pertenezca enteramente a Dios y empobreciéndolo totalmente de sí mismo, lo abren al amor de los demás, a un amor que no tiene límites, y será capaz, con la ayuda de la gracia, de llegar hasta el don supremo de sí (6).

La vida de Jesucristo, el gran Consagrado del Padre, confirma claramente este carácter de totalidad y de estabilidad.

En todas las cosas el Verbo Encarnado manifiesta en su humanidad la dependencia absoluta del Padre, cuyos supremos derechos constantemente reconoce y afirma. Y porque es totalmente del Padre, está todo dedicado a las almas, como quiere el Padre, hasta hacerse "bien común de los hombres".

Esa dependencia y donación lo acompañan intensamente, con la misma totalidad e intensidad, desde el "Verbum caro factum est" de la Encarnación, hasta el "Consummatum est" del Calvario.

Su enseñanza, para los que llama a seguirle, tiene el mismo carácter de totalidad, la misma exigencia de estabilidad. "Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres... luego ven y sígueme" (7).

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (8).

"Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará" (9).

"Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos" (10).

"El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí" (11).

"Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios" (12).

"No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. He venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre... y sus propios familiares serán los enemigos de cada cual" (13).

Estas afirmaciones, aparentemente muy duras, no son tomadas en el sentido de condena de los justos lazos naturales, creados y bendecidos por Dios y consagrados por el cuarto mandamiento, sino en el sentido de que cuando Dios llama, hay que saber anteponer el amor de

Dios al de los propios parientes, y sabernos desprender de su afecto natural, para seguir la llamada de Dios, aunque esto pueda generar una ruptura. Dios exige un amor preferencial. Esto es certísimo, ante todo, para el llamamiento a la fe y a la vida verdaderamente cristiana. Pero de igual modo es cierto también para toda otra llamada del Señor.

De estas divinas lecciones resulta claro que, si bien la vocación religiosa es inicialmente un consejo: "Si quieres...", y no un precepto, sin embargo, una vez aceptada y recibida, el pacto de amor con Dios se convierte en algo absoluto, estable, que excluye por parte del sujeto toda infidelidad, toda substracción, todo retroceso, porque está ligado a los derechos absolutos que Dios ejerce sobre las almas consagradas a El con voto religioso, salvo, también, la autoridad y los poderes de la Iglesia.

Lo ha afirmado sin equívocos también el Papa Pío XII en el discurso a los Superiores generales el 11 de febrero de 1958: "Llamado a la perfección cristiana no en una forma parcial o fragmentaria sino total e íntegramente, quien se ha consagrado a Dios, en virtud de la antítesis fundamental del Cristianismo, debe saber hacer una absoluta renuncia (*abneget semetip-*

sum) y darse al perfecto seguimiento de Jesús”.

Este carácter de totalidad se refleja en las exigencias de la disciplina religiosa, tan clara y enérgicamente reivindicada y defendida por el mismo gran Pontífice: No “... se tolere ninguna solidaridad con algunos que quisieran deducir las normas para la acción y la salvación eterna, de lo que se hace más bien que de lo que se debe hacer; ni se tolere que piensen y obren como les plazca.

... ¿Sería acaso digno de Jesucristo Cabeza, aquel que, huyendo de la austeridad de la disciplina religiosa viviese en religión como un hombre del mundo que buscase a su talante lo que le parece útil, agradable, cómodo?

... Quien pretenda destruir la disciplina religiosa con el vacío y abusado nombre de “formalismo”, sepa que va contra la voluntad y el beneplácito de la Sede Apostólica, y que se engaña si apela a la ley de la caridad para justificar una falsa libertad substraída a los vínculos de la obediencia” (14).

San Juan Bosco, firmemente apoyado en las enseñanzas evangélicas y en la doctrina de la Iglesia, luego de obtenida la aprobación de las Reglas, dirigió a sus hijos este breve y claro discurso:

“Nuestra Congregación está aprobada. Estamos vinculados unos a otros. Yo estoy ligado a vosotros; vosotros estáis ligados a mí y todos estamos ligados a Dios. La Iglesia ha hablado. Dios ha aceptado nuestros servicios; estamos obligados a cumplir nuestras promesas. No somos ya personas privadas sino que formamos una sociedad, un cuerpo visible. Gozamos de privilegios. Todo el mundo nos observa y la Iglesia tiene derecho a nuestra obra” (15).

Y en efecto, afirma la *Lumen Gentium*: “La Iglesia no sólo eleva con su sanción la profesión religiosa a la dignidad de un estado canónico, sino que la presenta en la misma acción litúrgica como un estado consagrado a Dios. Ya que la misma Iglesia, con la autoridad recibida de Dios, acepta los votos de los profesos, les obtiene del Señor, con la oración pública, los auxilios y la gracia divina, les encomienda a Dios y les imparte una bendición espiritual, asociando su oblación al sacrificio eucarístico” (16).

Aquí está el fundamento de la fidelidad, y por consiguiente de la estabilidad de los compromisos contraídos.

Estos compromisos deben cumplirse “perfectamente” (17), y con una fidelidad a toda prue-

ba, porque nunca tienen un carácter provisional aun cuando fueran todavía jurídicamente temporales.

“Quien no se sienta con fuerza para observarlos —escribe Don Bosco— no debe hacerlos; o al menos conviene que difiera su emisión hasta que sienta en su corazón un firme propósito de observarlos. De otro modo hace a Dios una promesa necia e infiel, que no puede menos de desagradarle, *porque*, como dice el Espíritu Santo: *Desagrada a Dios la promesa infiel y necia*” (18).

En la carta-testamento Don Bosco repite con insistencia a sus hijos e hijas el carácter de estabilidad de su profesión religiosa y los exhorta sentidamente a una fidelidad irremovible.

“... Tomad firmes y eficaces resoluciones de permanecer firmes en la vocación hasta la muerte. *Velad y haced que ni el amor al mundo, ni el afecto de los parientes ni el deseo de una vida más holgada*, os muevan al gran error de profanar los votos sagrados y transgredir así la profesión religiosa con que nos hemos consagrado al Señor. Nadie vuelva a tomar lo que hemos dado a Dios” (19).

La profesión es un vínculo oficial contraído con Dios. Todo lo que se refiere a Dios no puede

tener más que un carácter de seriedad, de compromiso auténtico, de totalidad, porque Dios es el Absoluto.

(1) *Man. Reg.*, p. 39.

(2) L. G., 44.

(3) Cf. I. M. R. Tillard, *La vie religieuse sacrament de la présence active de Dieu*, en «La vie des communautés religieuses», Montreal, marzo 1964, p. 70-80.

(4) Mt., 5, 16.

(5) Pablo VI, *Discurso a las Religiosas*, 11 sept. 1965.

(6) Cf. Berg E., *Les religieuses dans l'Eglise de la Charité*, en «Revue des Communautés Religieuses», mayo-junio de 1964, n.º 3, p. 109-110.

(7) Mt., 19, 21.

(8) Mt., 16, 24.

(9) Mt., 16, 25.

(10) Mt., 8, 22.

(11) Mt., 10, 37.

(12) Lc., 9, 62.

(13) Mt., 10, 34.

(14) Pío XII a la Compañía de Jesús, 10 sept. 1957.

(15) M. B., IX, p. 572.

(16) L. G., 45.

(17) *Man. Reg.*, p. 39.

(18) *Man. Reg.*, p. 39.

(19) *Carta-Testamento* de S. J. Bosco.

II

1. Hija de María Auxiliadora
2. En el “misterio” de la Iglesia
3. “Configurada con Cristo”

Hija de María Auxiliadora

«Decid a esas buenas Hijas nuestras que yo iré y firmaremos juntos la gran promesa de vivir y morir trabajando por el Señor, bajo el hermoso nombre de Hijas de María Auxiliadora» (1).

«El Santo Fundador... quiso que las nuevas religiosas llevasen el hermoso nombre de Hijas de María Auxiliadora, porque, como decía más tarde con acento conmovido: "quería que el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora fuera un monumento de perenne gratitud por los singulares favores obtenidos de tan buena Madre"» (2).

«Esta es la causa de que, como un árbol que se ramifica espléndido y pujante en el campo del Señor partiendo de una semilla puesta por Dios, se hayan desarrollado formas diversas de vida... y variedad de familias que acrecientan los recursos ya para provecho de los propios miembros, ya para el bien de todo el Cuerpo de Cristo» (3).

El Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi, el corazón más semejante al corazón del Padre, Don Bosco, de cuya paternidad fue la encarnación viviente, quería que penetrásemos bien en el pensamiento del Santo Fundador también respecto a nuestra denominación: Sois *Hijas de María Auxiliadora* —escribía—. *Hijas*, recor-

dadlo bien: no Damas, ni Madres, ni Maestras, ni Hermanas, ni Siervas. ¡Hijas! Este nombre es siempre el más dulce al oído, el más amable al corazón... Hijas de María. ¡Es una gloria para vosotras! Jesús es Hijo de María y vosotras también lo sois.

Habéis renunciado a todo, pero os queda cuanto de más bello y precioso hay en la tierra y en el cielo: ¡María, la pupila de Dios!

Consolaos en vuestras penas y dificultades porque habéis sido confiadas a esta Madre divina, que vela con infinito amor sobre vosotras.

... Procurad con todo empeño ser verdaderas Hijas de María Auxiliadora: seréis felices en proporción al recuerdo que conservéis de este título que os honra y de los esfuerzos que hagáis para llevarlo dignamente”.

El ser Hijas de María nos compromete a vivir con María, en María, por María, en una interior asimilación y fusión de alma, hasta reproducir en nosotras su fisonomía espiritual, como una hija reproduce la de su madre. Nos lo dice Don Rinaldi:

“... el pensamiento de Don Bosco al fundar el Instituto, fue que cada hermana fuera una copia fiel de María, de modo que al verla se tuviera que exclamar: ¡Así debía ser, así debía

actuar aquélla que fue Bendita entre todas las mujeres!

... Procuren, pues, las Hijas de María Auxiliadora, copiar en sí, con la mayor perfección posible, las virtudes de María; su inmaculada pureza, su profundísima humildad, su heroico espíritu de sacrificio y especialmente su activa bondad.

... de modo que al verlas, todos tengan que decir: ¡He aquí una verdadera Hija de María Auxiliadora!...” (4).

Este carácter mariano de nuestro vivir y de nuestro obrar es un compromiso de nuestra vocación, porque formamos parte de una Congregación eminentemente mariana. Lo evidencian bien las nuevas Constituciones en el art. 9: “Para vivir su consagración, la Hija de María Auxiliadora tomará como especial modelo a María Santísima, que «resplandece ante la comunidad de los elegidos como ideal de toda virtud».

La Virgen Madre, en efecto, abrazó el género de vida virginal y pobre que Cristo Nuestro Señor escogió para sí; se consagró totalmente a la Persona y a la obra del Verbo encarnado, sirviendo al misterio de la redención y —como Auxiliadora de los cristianos— cuida de los her-

manos de su Hijo aún peregrinos en la tierra" (5).

Es el compromiso que renovamos cada día con un *especialísimo acto de Consagración a María Santísima Auxiliadora*. Con esa consagración, cada Hija de María Auxiliadora, día a día, se consagra enteramente a ella y le promete "vivir y obrar" en ella y con ella para la "mayor gloria de Dios y la salvación de las almas"; representarla "al vivo en medio del mundo" y hacerla "conocer y amar", a fin de que "mientras se honra a la Madre, el Hijo, por cuya razón existen todas las cosas y en quien tuvo a bien el Padre que morase toda la plenitud (Col., 1, 19), sea mejor conocido, amado y glorificado y se cumplan sus mandamientos" (6).

Una explícita y cotidiana promesa de vida mariana. Una vida mariana es una vida que se desenvuelve bajo el signo de María, bajo su mirada, bajo su inspiración y guía. El alma se reviste de su espíritu para revestirse de Jesucristo y con El subir al Padre, impulsada por el Espíritu Santo.

Vivir así en María quiere decir que la Santísima Virgen piense, ore, actúe en nosotras. Quiere decir conformarse con ella, con su amoroso "fiat", con su "Ecce Ancilla Domini", que

es la expresión de su total disponibilidad para con Dios.

Todo esto significa vivir en Jesús, con Jesús, porque la vida de María, estando ella misma llena del espíritu de Jesús, no tiene otro sentido, otra finalidad, otra función: "Nosotras somos de María, pero María es de Cristo" (7).

Vivamos, pues, en María y como María, en una totalidad de virginidad, o sea de amor consagrado y consagrante. El amor exclusivo a Dios es el sello virginal de todo el ser de María.

El gran secreto de la Virgen Santísima está ahí: como Ella no concibió al Verbo Encarnado sino por obra del Espíritu Santo, así todos sus pensamientos, sus acciones, las expresiones de su vida, fueron concebidas todas en el Espíritu Santo, impulsadas y vivificadas por El.

Nada hay de egoísta, de puramente humano o natural en ella, sino todo elevado a un plano sobrenatural de gracia, todo en el Espíritu Santo y del Espíritu Santo.

Su "Ecce Ancilla Domini" no es un acto, sino un estado de total, absoluta e incondicional disponibilidad a la voluntad de Dios.

Estamos en una Congregación mariana y debemos vivir en el clima de María. Compentrémonos de su espíritu, para irradiarlo sin ce-

sar en torno a nosotras, siempre, por doquiera.

Todo debemos hacerlo en María y con María, porque María ha inspirado, guiado, conducido paso a paso a Don Bosco en la institución y organización de nuestro Instituto.

Fundado en el día consagrado a la dedicación del templo más grande en honor de la Virgen, Santa María la Mayor —5 de agosto de 1872, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves— como para simbolizar su dedicación, como “templo vivo” a María Auxiliadora, que canta en los siglos las glorias de María: “Ex inde gloria mea!” (8).

La Virgen misma le ha impreso su espíritu, ha establecido sus finalidades, ha prescrito sus métodos.

La Virgen Auxiliadora es la Virgen vista en su más alta función de Madre de Dios y Madre de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo; en su singular y universal misión asociada a la corredención con Cristo, y como Auxilio de la Iglesia. Auxilio específico de aquel que la personifica y la representa como Cabeza visible, el Vicario de Cristo, el Papa.

Vivir en María es vivir en la Iglesia. “María y la Iglesia no son dos realidades heterogéneas; en cierto modo son un mismo misterio visto

bajo dos aspectos diferentes: ¿No decimos, acaso, Nuestra Santa Madre la Iglesia, como también nuestra Madre, María?

... La devoción a la Virgen es ya devoción a la Iglesia” (9).

La Constitución dogmática “Lumen Gentium” lo confirma con autoridad:

“La Bienaventurada Virgen, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está unida también íntimamente a la Iglesia. La Madre de Dios es tipo de la Iglesia como ya enseñaba San Ambrosio, a saber, en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el misterio de la Iglesia, que con razón también es llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María la precedió, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre” (10).

Ahora bien, ningún otro título mariano es más eclesial que el de María Auxiliadora.

Vivir en María Auxiliadora es dar a la vida ese carácter esencialmente eclesial. María Auxiliadora, en efecto, es Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia.

Tal se nos presenta también a través del

grandioso cuadro inspirado a Don Bosco por la misma Santísima Virgen. El significado profundo de la imagen de la Auxiliadora, Reina y Madre, rodeada por los Apóstoles y los Evangelistas, es el de Madre de Cristo y Madre del Cuerpo Místico, en la perenne actualidad de este misterio, que la acerca a la visión del "signum magnum", el signo grandioso de la Mujer contemplada por Juan" (11).

La Iglesia, en la Misa propia de María Santísima Auxiliadora, nos la presenta en la luz de este admirable portento, haciéndonos leer el pasaje del Apocalipsis en que aparece "la Mujer vestida de sol" que engendra los hijos de Dios en la dicha y en la gloria.

María Auxiliadora es siempre la Madre, la toda Madre. Su función en la Iglesia es su perenne maternidad: "tota mater" la llama Tertuliano.

Bajo la mirada complacida del Padre, "totus Pater", rodeada, como lo había estado ya en la Encarnación y en Pentecostés, por la aureola de gracia del Espíritu Santo, la siempre virgen está en acto de dar perennemente a Cristo al mundo y de realizar así con amor, también ella, el incremento continuo del Cuerpo Místico de Cristo: "realizando así el crecimiento del Cuer-

po para su plena edificación en el amor" (12).

Este misterio grandioso no puede y no debe ser un puro objeto de contemplación sino un fecundo y eficaz impulso a la imitación.

Los Hijos y las Hijas de María Auxiliadora deben cooperar con Ella en el acrecentamiento y la defensa del Cuerpo Místico de Cristo: en cada alma, en los países de civilización cristiana, en tierra de misión, en todas partes.

Nuestra vocación de Hijas de María Auxiliadora es, pues, la traducción en acto de la misión la Virgen Auxiliadora. Con María, la Hija de María Auxiliadora debe ser auxiliadora de Jesús y de la Iglesia.

Llevar, como Ella, a Jesús, para darlo a las almas. Prolongar su obra y su misión, haciendo nacer y crecer a Jesús en los hermanos, en una participación a la maternidad virginal de María en la Iglesia.

(1) F. Maccono, *Sr. Maria Mazzarello*, II ed., 1934, p. 168.

(2) F. Maccono, *ibidem*, p. 167.

(3) L. G., 48.

(4) D. F. Rinaldi, *Strenna alle Figlie di Maria Ausiliatrice*, 21 nov. 1927.

(5) *Const.*, art. 9.

- (6) L. G., 66.
(7) Suenens, *Teología dell'apostolato*, ed. Coletti, Roma, 1953, p. 70.
(8) M. B., II, p. 407.
(9) Suenens, o. c., p. 226-227.
(10) L. G., 63.
(11) *Apoc.*, 12, 1.
(12) *Efes.*, 4, 16.

En el misterio de la Iglesia

«Trabajo, y entiendo que todos los Salesianos trabajen por la Iglesia hasta su último aliento» (1).

«El estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad» (2).

“Los consejos evangélicos tienen la virtud de unir con la Iglesia y con su ministerio de una manera especial a quienes los practican, por la caridad a la cual conducen...”

Por eso los religiosos, a un título especial, que es coronación y desarrollo del bautismo, pertenecen a la Iglesia, son “Iglesia”. Insertos en su dinamismo sobrenatural, animados por su santidad, sumergidos en su “misterio”, son los instrumentos privilegiados de su vida y de su expansión.

“La Iglesia no representa sólo un elemento, aunque sea tan importante, en la vida de los religiosos. Es una componente que penetra y dinamiza toda la vida religiosa.

... En la Iglesia se encuentran y se funden la

dimensión vertical y la horizontal de la vida de los religiosos, y en ella se armonizan y se integran el sentido espiritual, apostólico, social y humano de la vida consagrada" (4).

La vida religiosa es, pues, una de las expresiones más altas de la vida misma de la Iglesia: manifiesta la inagotable riqueza que continua y vitalmente le transmite el Espíritu Santo que la anima, y como bien dice Pío XII: "manifiesta maravillosamente la imagen de su multiforme santidad" (5).

Por lo cual "los religiosos son la riqueza de la Iglesia y le confieren una belleza particular, esa belleza que nos permite llamar a la Iglesia "Religiosa de Dios" (6).

Cada Instituto, cada Familia religiosa es "como un árbol que se ramifica espléndido y pujante en el campo del Señor" (7).

Por consiguiente es inconcebible un Instituto que viva prácticamente cerrado en sí mismo y casi al margen de la Iglesia.

Todo Instituto pertenece a la Iglesia no sólo porque está a su servicio sino porque le pertenece de modo radical, en cuanto él mismo es "Iglesia" en su forma más perfecta de consagración total a Cristo: Iglesia como Esposa inmaculada de Cristo.

Los religiosos manifiestan este carácter específico de la Iglesia por medio de la consagración que es su "signo", y lo realizan en los votos.

De ahí el carácter eclesial de los votos, que son tales no sólo porque los ha recibido y sancionado la Iglesia sino precisamente porque son expresión concreta de su carácter de Esposa del Verbo Encarnado.

Por eso los religiosos personifican a la Iglesia en la plena donación incondicional de ellos mismos a Cristo, tanto que de la vida religiosa entera puede afirmarse cuanto decía Pío XII de la virginidad: "es el sacramento de la unión de Cristo y de la Iglesia" (8).

Toda la vida de las personas consagradas debe ser, pues, una vida esencialmente eclesial, a través de la cual se refleje y viva el misterio nupcial de la Iglesia y su fecundidad apostólica.

Todo religioso debe vivir y sentir en sí a la Iglesia, en la cual ha sido engendrado y a la cual se ha dado para que la Iglesia viva y actúe en él.

Este vivir y sentir "cum Ecclesia" debe llevar a los religiosos a hacer propios los intereses, las necesidades, las actividades de la Iglesia, a obrar en ella y con ella por el bien de todo el Cuerpo Místico.

Pero cada Instituto religioso, siendo una expresión particular de la fuerza carismática del Espíritu Santo comunicada a los Fundadores, debe vivir y obrar en la Iglesia en virtud del carisma que lo distingue: "Todo Instituto y todo religioso tienen el deber de considerar cuál es su vocación en la Iglesia, porque es precisamente a través de esa vocación, concebida en la mente y en el corazón de Dios, como cada uno se siente ligado a la Iglesia y experimenta en sí la vida de la Iglesia. En esto reside uno de los motivos por los cuales la Iglesia es tan solícita en la salvaguardia de la fisonomía propia de los Institutos... no podría ya reconocerse en los Institutos que faltasen a su vocación primigenia. Los Institutos mismos tienen un solo derecho y deber: la fidelidad al propio Instituto" (9).

Las varias formas de vida consagrada, las fisonomías específicas de los diversos Institutos, las gracias singulares de que están adornados, sus finalidades particulares, constituyen una riqueza para la Iglesia, que debe ser aumentada y desarrollada, no disminuida ni dilapidada.

También nuestro Instituto, en virtud del "carisma" recibido de su Fundador, es una nueva

forma, un nuevo modo de manifestarse del espíritu, que le imprime una fisonomía suya, una línea suya, su sello.

Así nuestro Instituto forma parte en la Iglesia de aquella variedad que la adorna como a esposa para las bodas. "Redunda en bien mismo de la Iglesia" (10) que conserve su fisonomía, sus líneas características. Si no, quedaría empobrecida y desfigurada la Iglesia misma, que es tanto más hermosa, rica y variada cuanto mayores son las expresiones de la vitalidad del espíritu que la anima.

Las Hijas de María Auxiliadora, pues, no debemos contentarnos con llamarnos religiosas sino que debemos tratar de ser cada vez más Hijas de María Auxiliadora, es decir, de realizar plenamente nuestra vocación específica, la "forma" de nuestro carisma. Con esto no entendemos separarnos o contraponernos a las otras religiosas sino afirmar la realidad de nuestra vida religiosa y vivirla en forma característica para ser en la Iglesia lo que debemos ser.

Y el ser tales no nos separa de la Iglesia sino que nos hace más "Iglesia" porque respondemos mejor a la gracia carismática que nos ha suscitado en su seno.

El carácter y la espiritualidad mariana de

nuestro Instituto, además, son un motivo todavía mayor para acentuar su eclesialidad: "la vida mariana es necesariamente vida eclesial en cuanto María está indisolublemente unida a Cristo" y está por consiguiente "íntimamente unida a la Iglesia" (L. G. 64). Así quien se da a María, por ese mismo hecho se da también a la Iglesia.

María es el "molde" de la Iglesia porque es su Madre. Quien se da a María recibe de Ella imprescindiblemente una fisonomía eclesial" (11).

Nuestras Constituciones ponen de relieve este carácter eclesial del Instituto, subrayando sus aspectos más vitales de inmersión en el "misterio" de la Iglesia por medio de la profesión religiosa (12), la inserción en su misión salvífico-redentora (13) a través de la realización del fin específico, visto y sentido como "ministerio sagrado y obra de caridad que la Iglesia confía al Instituto y debe cumplirse en su nombre" (14); de identificación con su vida en la aceptación serena de las "fatigas y sacrificios que nos hacen capaces de completar en la propia carne lo que falta a los padecimientos de Jesucristo, para el bien de su Cuerpo, que es la Iglesia" (15); en la participación viva y vital

"en su vida litúrgica" (16), teniendo siempre delante "a la Virgen María «modelo de aquel afecto materno que debe animar a quienes cooperan a la misión apostólica de la Iglesia»" (17).

Este "sensus Ecclesiae" que penetra toda la vida y la actividad del Instituto, en el espíritu del Fundador, halla su fulcro en el amor y en la devoción al Papa, Cabeza visible de la Iglesia. "Las Hijas de María Auxiliadora reconocen como Supremo pastor y Superior al Romano Pontífice, quien presidiendo la comunión universal de la caridad, las une de modo especial a la Iglesia y a su misterio y, sancionando la profesión religiosa, las consagra al bien de todo el pueblo de Dios.

Por tanto, a ejemplo de San Juan Bosco, «en todo tiempo, en todo lugar, en todas sus disposiciones» prestarán al Vicario de Cristo filial obediencia, también en virtud del voto" (18).

La devoción eclesial de Don Bosco era sobre todo, como la de Catalina de Siena, devoción papal, porque en el Papa veía a toda la Iglesia en su forma concreta.

En el lecho de muerte, confiaba al primer Obispo de su Congregación, Mons. Cagliero, esta misiva para el Papa León XIII: "Dirás al Santo Padre lo que hasta ahora fue tenido como un

secreto. La Congregación y los Salesianos tienen por fin especial sostener la autoridad de la Santa Sede, doquiera se hallen y doquiera trabajen" (19).

Era su "testamento papal", como dijo el Cardenal Alimonda, a quien el Santo repetía en su última visita: ¡Los salesianos son para la defensa de la autoridad del Papa!".

En Don Bosco este "sensus Ecclesiae" es nota específica, factor esencial, signo inconfundible de sobrenaturalidad y de cristianismo íntegro.

Le era familiar la afirmación: "¡La gloria de la Iglesia es gloria nuestra!" (20).

Y esta gloria debía ser el primer interés: "... el bien de la Iglesia debe anteponerse a todo, aun a lo de nuestra Congregación" (21).

Pero más que palabras, las suyas eran obras, eran donación constante, sacrificada, a veces heroica, por el bien de la Iglesia.

Basta recordar su trabajo por las vocaciones eclesiásticas: según una estadística de 1883, de su Oratorio habían salido cerca de 2.000 sacerdotes para las Diócesis; su trabajo para salvar las vocaciones eclesiásticas cuando se cerraron los Seminarios, por dar incremento a los Seminarios a punto de extinguirse, como el de Giaveno; sus laboriosas fatigas de mediador

entre la Santa Sede y el Gobierno Italiano por las sedes episcopales vacantes; su discreta, prudente, iluminadora obra de consejo en momentos difíciles al mismo Vicario de Cristo.

También como educador Don Bosco es consciente de personificar y de representar a la Iglesia; de desarrollar, a través de su acción educativa, una de las misiones más propias de la Iglesia. Y por consiguiente se preocupa por darle el sello de un profundo sentido eclesial.

De este vivo "sensus Ecclesiae" transmitido a sus jóvenes tenemos un ejemplo típico en Domingo Savio. Este joven, de quince años, se ocupa y se preocupa por uno de los problemas más candentes de la Iglesia, el de la unidad, y piensa sobre todo en Inglaterra.

La Iglesia, pues, estaba en el corazón de nuestro Santo Fundador. Lleno de la caridad de Cristo, sentía que llevaba en sí a la Iglesia entera, con sus necesidades, sus intereses, sus problemas, sus dolores, sus alegrías.

La suya era verdaderamente aquella "presencia operante en la Iglesia de Dios" (22) que el Papa Pablo VI augura realizada por todas las religiosas.

Pero es una "presencia operante" que no puede nacer sino de una toma de conciencia cada

vez más profunda y personal de nuestra pertenencia al “misterio” mismo de la Iglesia; de las responsabilidades y del compromiso que de ellas se derivan para cada una de nosotras.

- (1) M. B., XIV, 229.
- (2) L. G., 44.
- (3) L. G., 44.
- (4) Ello Gambari, *Per me vivere é la Chiesa*, Roma, Centro Monfortiano, 1968, p. 301.
- (5) Pío XII. Discurso al Congreso de los estados de perfección, 11 de noviembre de 1950.
- (6) E. Gambari, o. c., p. 190.
- (7) L. G., 43.
- (8) Pío XII. *Sacra virginitas*, I d.
- (9) E. Gambarri, o. c., p. 193.
- (10) P. C., 2 b.
- (11) E. Gambarri, o. c., p. 298.
- (12) *Const.*, art. 101.
- (13) *Const.*, art. 3, 61.
- (14) *Const.*, art. 1.
- (15) *Const.*, art. 41.
- (16) *Const.*, art. 53.
- (17) *Const.*, art. 30.
- (18) *Const.*, art. 101.
- (19) M. B., XVIII, 477-78.
- (20) M. B., XVII, 491.
- (21) M. B., X, 441.
- (22) Pablo VI a las Superiores Generales, enero 12 de 1967.

Configurada con Cristo

«... Su máximo empeño será mostrarse en el trato y en el porte de las miradas y de toda la persona tal como deben ser, es decir imitadoras de Jesucristo Crucificado» (2).

«Todos los que son llamados por Dios a la práctica de los consejos evangélicos y los profesan fielmente, se consagran de modo particular a Dios, siguiendo a Cristo, que, virgen y pobre, por su obediencia hasta la muerte de cruz, redimió y santificó a los hombres. Así, movidos por la caridad, que el Espíritu Santo derrama en sus corazones, viven más y más para Cristo y su Cuerpo, que es la Iglesia» (3).

La doctrina de San Pablo gira toda en torno a un gran principio, que el Apóstol desarrolla y presenta bajo aspectos cada vez más vivos y fecundos: la doctrina de nuestra predestinación en Jesucristo. Predestinación a hijos adoptivos de Dios, imagen de su Hijo único: “Nos ha predestinado a ser conformes a la imagen de su Hijo” (4).

El Bautismo realiza esta divina adopción que,

como una semilla, debe desarrollarse hasta la "conformación" con Jesucristo, el Hijo de las "complacencias" del Padre.

La vida religiosa, vida de consagración a Dios, "que radica íntimamente en la consagración bautismal" (5), no tiene otra finalidad que llevar al alma que la abraza, por un camino especial, al pleno desarrollo de la gracia bautismal.

La santidad religiosa, en efecto, no es más que la plenitud de la adopción divina y una singular "conformación" con Cristo Jesús, alcanzada por la vía de los consejos evangélicos.

Y en verdad toda la vida religiosa se reduce a este principio: seguir a Jesús, modelarse en El, transformarse en El, siguiendo su mismo camino.

Jesucristo virgen es todo para el alma religiosa virgen: su amparo, su guía, su esposo. El religioso debe llegar a ver a Cristo en todo y todo en Cristo, porque Cristo es la "forma" de su pensamiento, de su amor, de sus acciones.

Lo recuerda a todas las almas consagradas el Santo Padre Pablo VI: "Vuestra vida dice búsqueda de Cristo: Cristo colocado sobre todos vuestros pensamientos, Cristo vivido y testimoniado en el mundo, Cristo visto y servido en

los hermanos. Vuestra vida es imitación de Cristo...

... En esta luz de imitación de Cristo se comprende el significado de la perfección, conseguida y por conseguir, que es un continuo tender hacia El, según el pensamiento paulino: «Por amor a El he renunciado a todas las cosas, y las considero como basura, a fin de que yo pueda alcanzar a Cristo y estar unido a El» (6).

En esta luz, la regla, los votos, la disciplina religiosa hallan su unidad y su finalidad suprema.

Esto hace inmensamente vital y fecunda la vida del alma, concentrándola en Cristo Jesús, sin divisiones entre las criaturas. En la misma vida espiritual, la esterilidad proviene, en máxima parte, de la dispersión: muchos propósitos, muchos programas, muchos esfuerzos, mucho fragmentarismo.

Si el alma se fija en Cristo, la poderosa atracción que emana de la divina Persona del Verbo encarnado la arrebatada y la impulsa a esfuerzos hasta heroicos para identificarse con El.

En una vida de consagración a Dios, la persona de Jesús debe ser el centro, como una actualidad siempre viva y presente: el pensamiento perennemente en El, el amor concen-

trado en El, las acciones impulsadas y vivificadas por El.

El espíritu de la Regla está todo aquí: configurararnos con Jesucristo, asemejarnos a El, refiriéndolo todo a su ejemplo e imitación para alcanzar la perfecta "conformidad" con El.

También nuestra Regla, como la de todos los grandes Fundadores, es "cristocéntrica". Jesús se presenta continuamente como el modelo que debemos copiar íntegramente, como la meta que debe encauzar todos nuestros esfuerzos, como el ideal que debe concentrar y animar todos nuestros pensamientos, afectos y acciones.

Con la consagración religiosa, la Hija de María Auxiliadora "se configura con Jesucristo", "escogiendo la forma de vida que El abrazó cuando vino al mundo para hacer la voluntad del Padre" (7); se hace "partícipe del anonadamiento del Hijo de Dios" (8) y "se inserta activamente en el misterio de (su) obediencia redentora" (9), buscando llegar "en la aumentada libertad de los hijos de Dios" a la "medida que conviene a la estatura de la plenitud de Cristo" (10).

En la oración y en la meditación, las Hijas de María Auxiliadora aprenden la "sublime ciencia de Jesucristo" (11), "se uniforman en todo

a su actitud filial para cumplir la voluntad del Padre" (12) y "en unión con la Santísima Virgen" custodian en el corazón "los misterios de Jesús" (13), asociándose a su "oficio sacerdotal" en la participación a la Eucaristía y en el rezo de las "Horas" (14).

En la acción apostólica "dan testimonio de Cristo Maestro" (15), tratando de hacer resplandecer "la gloria de Dios que fulgura en su rostro" (16).

Bajo la pluma de Don Bosco aparece continuamente el nombre de Jesús, en un crescendo de exhortaciones e invitaciones a configurararnos con El, a vivir su vida, a dejarnos penetrar de su espíritu.

Para él, la ley suprema de la vida religiosa es "configurarse en todo con Jesucristo, divino Modelo y Esposo de las almas fieles" (17) para hacerse "semejante" a El (18).

Esta configuración se consigue "siguiendo en la tierra a Jesucristo humillado, coronado de espinas y clavado en la cruz" (19), en la plena fidelidad de "esposas de Cristo" (20) y de "Cristo crucificado" (21).

Santa María Mazzarello, en la sencillez y realismo de su hablar, tomando el Crucifijo y mostrándolo a las hermanas, decía: "El aquí", y

volviéndolo agregaba: “Y nosotras aquí” (22).

La meta de la perfecta configuración con Jesucristo es la *concrucifixión*.

La Hija de María Auxiliadora debe inspirar su observancia religiosa en el único pensamiento del amor a Cristo: “ser toda de Jesús” (23).

Tal amor de esposa debe llevar a las Hijas de María Auxiliadora a “no vivir ni respirar más que por su Esposo celestial” (24).

Si la configuración con Cristo se realiza de modo particular mediante la fiel y espiritual observancia de los votos, se realiza también a través de la práctica generosa de las otras virtudes, especialmente de la caridad.

La palabra, el ejemplo, la imagen de Jesús deben ser el espíritu, el móvil, la realidad que vivifica y enciende la caridad: “Es de gran estímulo para la caridad el ver a Jesucristo en la persona del prójimo” (25) y el considerar que el bien hecho a un semejante nuestro lo tiene el divino Salvador por hecho a Sí mismo, según estas palabras: «En verdad os digo, cada vez que habéis hecho algo por uno de los más pequeños de mis hermanos, lo habéis hecho por mí» (Mt., 25, 40)” (26).

Por eso la Hija de María Auxiliadora, en su acción apostólica, debe desear y procurar “efi-

cazmente hacer al prójimo todo el bien que le sea posible, pensando siempre ayudar y servir a nuestro Señor Jesucristo en la persona de sus pobres” (27).

“Agradar” a Jesucristo, “imitar” a Jesucristo, “seguir” a Jesucristo, “configurarse” con Jesucristo, es el arco que sostiene toda la Regla y los Reglamentos.

En todas las circunstancias, en cada momento de la vida, debemos tener la mirada fija en Jesucristo, el divino Modelo que Don Bosco nos pone continuamente ante los ojos: “trabajar y padecer por Jesucristo” (28), “honrar a Jesucristo” (29), “pensar en las cosas de Jesucristo” (30), para llegar a ese “configurarse en todo con Jesucristo” (31), que es la realización del “mi vivir es Cristo”.

(1) *Const.*, ed. 1878, XVI, art. 27.

(2) *Const.*, ed. 1878, XVI, art. 12.

(3) P. C., 1.

(4) *Rom.*, 8, 29.

(5) P. C., 5.

(6) Pablo VI a las Religiosas, 16 de mayo de 1966.

(7) *Const.*, art. 6.

(8) *Const.*, art. 17.

(9) *Const.*, art. 24.

(10) *Const.*, art. 27.

(11) *Const.*, art. 52.

- (12) *Const.*, art. 48.
- (13) *Const.*, art. 52.
- (14) *Const.*, art. 53.
- (15) *Const.*, art. 62.
- (16) *Const.*, art. 61.
- (17) *Const.*, ed. 1878, XVI, art. 27.
- (18) *Man. Reg.*, p. 45.
- (19) *Man. Reg.*, p. 101.
- (20) *Const.*, ed. 1878, XIII, art. 4.
- (21) *Const.*, ed. 1878, XVI, art. 12.
- (22) Maccono, S. *Maria Mazzarello*, Turin, Inst. F.M.A., 1960, vol. II, p. 117.
- (23) Carta Introdutoria de Don Bosco a las Constsiciones.
- (24) *Const.*, ed. 1878, XIII, art. 2.
- (25) *Man. Reg.*, p. 53.
- (26) *Man. Reg.*, p. 53.
- (27) *Const.*, ed. 1878, XVI, art. 24.
- (28) *Man. Reg.*, p. 101.
- (29) *Man. Reg.*, p. 99.
- (30) *Man. Reg.*, p. 54.
- (31) *Const.*, ed. 1878, XVI, art. 27.

III

1. El Evangelio de la vida religiosa
2. Los signos de lo absoluto
3. La liturgia de la vida común

El Evangelio de la vida religiosa

«Es necesario mantenernos aferrados a nuestro código (las Reglas), estudiarlo en todos sus particulares, comprenderlo, explicarlo, practicarlo.

Ejecutar todas nuestras acciones según las Reglas...

... La observancia de la Regla es el único medio para que pueda durar una Congregación.

... La Regla es la voluntad de Dios y quien se opone a la Regla se opone al mismo Dios» (1).

«Esas familias religiosas ofrecen a sus miembros las ventajas de una mayor estabilidad en el género de vida, una doctrina experimentada para conseguir la perfección, una comunión fraterna en el servicio de Cristo y una libertad robustecida, de tal manera que puedan cumplir con seguridad y guardar fielmente su profesión, y avancen con espíritu alegre por la senda de la caridad» (2).

El “alter ego” del Santo Fundador Don Bosco, el Beato Don Rúa, denominado la “Regla viviente”, dejó escrito: “La Regla es el libro de la vida, la médula del Evangelio, la esperanza de nuestra salvación, la medida de nuestra perfección, la llave del Paraíso”.

Ninguna otra palabra expresa mejor la esen-

cia del Evangelio; ninguna otra después del Evangelio traduce más directamente la voluntad de Dios para el religioso. Por esto un autor no teme asegurar: "Verdaderamente bajo estos signos se oculta la divinidad. La Regla tiene un carácter casi sacramental" (3).

La Regla no es fin sino medio de perfección. Y la materialidad y la legalidad de la observancia no son las que santifican.

Pero cuando la observancia de la Regla "en espíritu y en verdad" (Jn., 4, 24) constituye un compromiso de amor, se convierte en asimilación y encarnación de la divina voluntad en la vida, y por consiguiente en santidad.

"Encarnando esta palabra" comulgamos con Dios y continuamos "en cierta manera la Encarnación del Verbo divino" (4); encarnamos, en efecto, una palabra aprobada por la Iglesia y querida por Dios.

Por ella, si somos fieles, proseguimos pacientemente nuestro camino sobre las huellas de Cristo, al encuentro del Padre. La Regla no tiene otro fin que ayudarnos a realizar nuestra perfecta "configuración con Jesucristo" para convertirnos con El en hijos de la "complacencia" del Padre.

Pero es necesario que prosigamos ese camino

en virtud de la "inexorable necesidad del compromiso que rige nuestra vida: la perfección. Y la perfección no es tal si no está llena de caridad; no es tal sin un continuo esfuerzo... sobrenatural. No es tal si la mentalidad religiosa cede insensiblemente a la confianza de las formas exteriores y descuida dar a las formas mismas su sentido interior, su valor moral, su lenguaje espiritual" (5).

El formalismo y la costumbre vacian la observancia, matan su espíritu. Para huir de este peligro hay que vigilar para que nuestra disciplina espiritual, en la sumisión a la Regla, esté siempre iluminada por la fe y vivificada por el amor a Jesucristo. Como el Verbo Encarnado fue concebido "de Spiritu Sancto", así la encarnación de la palabra de la Regla debe ser "in Spiritu".

La regularidad puede, en ocasiones, resultar pesada, o por situaciones ambientales o por causas personales, internas o externas, o por el paso del tiempo que debilita las energías. Pero precisamente entonces debemos aferrarnos a la Regla como a una tabla de salvación, como a una profesión vivida de fidelidad y de amor.

Es una disciplina que nos hemos impuesto libremente: tenemos que someternos a ella aun-

que sintamos su peso y no su alegría. "El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo voy a beber?" (6).

Esta constancia romperá la tierra endurecida, disciplinará nuestro espíritu moviéndolo a obrar aun cuando la aridez, el cansancio, el tedio quisieran paralizarlo. Entonces serán verdaderas también para nosotras las sabias palabras: "Vuestro heroísmo es vuestra Regla" (7).

Esta fiel observancia irá modelando paulatinamente nuestro ser interior según el espíritu de la Regla, hasta transformarnos en sus personificaciones vivientes. Es la meta que señalará nuestra "configuración" con Cristo Jesús.

Por esto todos los Santos Fundadores insisten en la observancia perfecta y constante de la Regla.

Nuestro Padre Don Bosco lo repite a veces con palabras fuertes de amonestación o con exhortaciones que traicionan el ansia y la emoción. Oigamos algunas de estas recomendaciones:

"Si queremos que nuestra Sociedad vaya adelante con las bendiciones del Señor, es *indispensable* que cada artículo de las Constituciones sea norma de las acciones" (8).

"Amad las Reglas,... meditadlas, pero sobre

todo no olvidéis nunca que de nada valdría el saberlas bien, aun de memoria, si luego no las pusieseis en práctica. Por eso cada una tenga la más viva solicitud en observarlas puntualmente...

Haciéndolo así, encontraréis en vuestra Congregación la paz del corazón, marcharéis por *el camino del Cielo y os haréis santas*" (9).

Y en la carta-testamento dice: "Si me habéis amado en el pasado, continuad amándome en el porvenir con la exacta observancia de nuestras Constituciones".

Santa María Mazzarello, que desde el primer encuentro había comprendido perfectamente a Don Bosco en su santidad y en su misión, nos ha dejado estas recomendaciones no menos calurosas:

"Lo que más os recomiendo es que seáis todas exactas en la observancia de nuestra santa Regla. Ya sabéis que ella sola basta para hacernos santas. Jesús no quiere otra cosa de nosotras" (10).

Y para infundirnos un respeto y un amor cada vez mayores por las Reglas, repetía: "Nos las ha dado Don Bosco, y Don Bosco sabe lo que María Auxiliadora quiere de nosotras" (11).

Verdaderamente Don Bosco lo sabía. La no-

che de la Inmaculada de 1885, presentando a su Vicario, Don Rúa, en la Casa Madre del Oratorio, declaraba en forma insólitamente solemne: "También las Constituciones son un don de María Santísima" (12).

En repetidos sueños reveladores había recibido del cielo amonestaciones como ésta: "Procura que el carro sobre el cual está el Señor no sea arrastrado por los tuyos fuera de la dirección y del sendero" (13) (las Reglas, los Reglamentos).

Y en el grandioso sueño sobre el porvenir de las misiones salesianas, en 1886: "Harán esto tus hijos, los hijos de tus hijos y los hijos de éstos; pero sosténganse firmes en la observancia de la Regla y en el espíritu de la Pía Sociedad" (14).

Por eso el Santo Fundador no se cansaba de repetir: "La cosa más útil para la Sociedad es la observancia de las Reglas" (15). "No reformar nuestras Reglas sino practicarlas. Quien busca la reforma, deforma su manera de vivir" (16).

Y en la magistral conferencia del 3 de febrero de 1876, decía: "La Sociedad está constituida. Nuestras Reglas están aprobadas. Lo mejor que debemos hacer es esforzarnos en practicar de

todos modos las Reglas y seguirlas bien. Pero para practicarlas y seguirlas es necesario conocerlas y por consiguiente estudiarlas. Cada uno oblíguese a estudiar las Reglas... Es preciso mantenernos aferrados a nuestro código, estudiarlo en todos sus particulares, comprenderlo, explicarlo, practicarlo. Dirigir todas nuestras acciones según las Reglas.

Ni siquiera las cosas buenas deben hacerse contra ellas o sin ellas. Porque si se quiere trabajar con buena intención, pero no dentro del círculo trazado por nuestras Reglas, ¿qué sucederá? Que cada uno trabajará, y supongamos también que mucho, pero el trabajo seguirá siendo individual y no colectivo. Y el bien que debe esperarse de las Ordenes religiosas se deriva precisamente de esto, de que se trabaje colectivamente. Si así no fuera, sería imposible lanzarse a grandes empresas.

Si nos apartamos de lo que estrictamente requieren las Reglas, y se sigue trabajando, uno comenzará a retirarse de aquí, otro de allá, por un fin bueno pero individual. De aquí el principio de la relajación, y estas obras ya no serán bendecidas por el Señor como las primeras" (17).

Las Constituciones, exhortándonos a "cono-

cerlas siempre mejor para amarlas y practicarlas”, nos hacen sentir también la obligación eclesial de tal observancia: “Conscientes de que la Iglesia, «siguiendo dócilmente las mociones del Espíritu Santo», las ha admitido y aprobado, las Hijas de María Auxiliadora observándolas, estarán seguras de seguir a Jesucristo, de imitar a María Santísima Auxiliadora y realizar los designios de Dios respecto a su vocación peculiar a la santidad y al apostolado” (18).

Esta observancia debe realizarse con el espíritu de un rito litúrgico, el rito de nuestra profesión religiosa vivida, que es la Misa de nuestra vida. Entonces brotará una fuerza que enriquecerá y sostendrá nuestra vida interior.

Pero, para realizarla así, es preciso dejarnos guiar por un espíritu de interioridad, de sumisión, de inmolación que, momento por momento, nos llevará a adaptarnos, en el cuadro del horario, de las ocupaciones, de las obediencias “hic et nunc” a la santa voluntad de Dios, sin dejarnos abrumar por el número de los preceptos y de las normas.

El fin de la Regla es, en efecto, el crear una unidad fecunda, el dar una fisonomía espiritual al alma y a la comunidad que la profesa: un

sello de la inagotable vida de Cristo, las líneas de su divina fisonomía, de la cual cada Regla pone de relieve algunos rasgos sobresalientes, y cada Fundador traduce un aspecto.

Cada Fundador está todo en su Regla, aunque sea breve, en la plenitud de la inspiración que le ha infundido Dios, en la totalidad del espíritu del cual Dios lo ha animado por el cumplimiento de la misión que le ha sido asignada en la Iglesia (19).

Nuestro Santo Fundador y Padre, tenía conciencia de esto. Estaba seguro de que en la Regla dada por él no se encarnaban sus miras personales sino el querer de Dios, y repetía:

“Amar a Don Bosco es amar las Reglas”. “Haced que cada punto de la santa Regla sea un recuerdo mío”. Y a los Misioneros que partían para América: “Si me amáis, observad mis preceptos. Mis preceptos son nuestras Constituciones”.

Aún más significativo es un episodio: En una expedición misionera, hallándose en el puente de la nave para el último adiós a los hijos que partían, les dijo de pronto: “Esta vez he pensado ir yo también con vosotros a América”. Y tomando el libro de las Reglas y entregándolo a Don Cagliero, les dijo conmovido: “He

aquí a Don Bosco, que va con vosotros a las misiones" (20).

Los grandes sucesores del Santo lo sabían bien. El piadoso Don Albera ha dejado escrito: "Nuestras Constituciones son la médula del espíritu de Don Bosco, su más preciosa reliquia, el programa trazado a sus hijos para continuar su obra benéfica entre la juventud" (21).

El Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi insistía: "En las Constituciones tenemos totalmente a Don Bosco. En ellas está su ideal de la salvación de las almas; en ellas su perfección con los santos votos; en ellas su espíritu de suavidad, de amabilidad, de tolerancia, de caridad y sacrificio" (22)

Don Pedro Ricaldone, considerando la acción forjadora de las Reglas en los individuos y en la Congregación, escribía: "Ellas son el espíritu de Don Bosco que se perpetúa en sus hijos... son el alma grande de Don Bosco que se convierte en el alma del Instituto y penetra y transforma y agiganta la de los hijos" (23).

(1) M. B., XII, p. 80.

(2) L. G., 43.

(3) D. Barsotti, o. c., p. 232-242.

(4) D. Barsotti, o. c., p. 233.

(5) Pablo VI a las Religiosas, 28 de octubre de 1966.

(6) Jn., 13, 11.

(7) Pablo VI a las Religiosas, 23 de marzo de 1966.

(8) *Circular inédita de Don Bosco*, de 1871.

(9) *Carta de Don Bosco a las F.M.A.*, Inmaculada 1878.

(10) F. Maccono, *S. Maria Mazzarello*, o. c., p. 425.

(11) F. Maccono, o. c., p. 458.

(12) Cfr. M. B. XVII, p. 511.

(13) M. B. XII, p. 593.

(14) M. B., XVIII, p. 73.

(15) M. B., X, p. 1098.

(16) M. B., X, p. 870.

(17) M. B., p. 80-81.

(18) *Const.*, art. 157.

(19) Cfr. M. B., XIII, p. 244.

(20) D. Ricaldone, *Fedeltà a Don Bosco Santo*, Turín, S.E.I., 1936, p. 16.

(21) D. Albera, *Circolari*, Turín, S.E.I., 1952, p. 64.

(22) *Actas del Capítulo*, n. 23, p. 177.

(23) D. Ricaldone, o. c., p. 17.

Los “signos” de lo absoluto

«Vuestros votos... son como cuerdecillas espirituales que os ligan al Señor... son generoso ofrecimiento que aumenta en gran manera el mérito de nuestras buenas obras.

... es tan grande el mérito de quien emite los votos como el de quien recibe el martirio.

... Preparaos a esta heroica consagración, y una vez hecha, procurad mantenerla aun a costa de prolongados y grandes sacrificios: Cumple las promesas hechas al Altísimo. Así nos lo manda El mismo» (1).

«La profesión de los Consejos Evangélicos... no es, sin embargo, un impedimento para el verdadero desarrollo de la persona humana, antes por su propia naturaleza lo favorece en gran medida. Porque los consejos... contribuyen no poco a la purificación del corazón y a la libertad espiritual, estimulan continuamente el fervor de la caridad, y sobre todo... son capaces de asemejar más al cristiano con el género de vida virginal y pobre que Cristo Señor escogió para sí y que abrazó su Madre, la Virgen» (2).

Los votos no son tanto una renuncia cuanto un don total de sí mismo a Dios. La esencia de los bienes creados, se dona a Dios. La medida de este amor expresa la totalidad de la propia consagración a Dios.

Porque la vida religiosa, ha afirmado el Papa

Pablo VI en un discurso a las religiosas, “se define como una exigencia fundamental, de la plenitud del amor: a Dios, y por consiguiente a Cristo, a la Iglesia, al prójimo, a todas las creaturas... una plenitud que no conoce medida... un amor que no conoce obstáculos. Ese es el sentido liberador de los votos religiosos, que entienden precisamente remover todo impedimento, aun natural, aun legítimo, al único, al sumo, al pleno amor a Dios. Por algo el Decreto conciliar que se refiere a la vida religiosa, comienza, y por eso se titula “*Perfectae caritatis... prosecutione...*”: la búsqueda de la perfecta caridad” (3).

Los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, son tres aspectos de una oferta única, de una elección preferencial única, absoluta, exclusiva, incondicional. Elección de Dios por encima de los bienes terrenos, de las criaturas, de sí mismos; necesidad de una total pertenencia a El en el tiempo y en eternidad.

Los tres votos radican en el amor, en un amor vuelto hacia el Absoluto, que tiende a liberarse para donarse en totalidad (4).

Los elementos constitutivos de los tres votos “asumen su verdadero significado sólo a la luz de una adhesión total a la Persona de Cristo,

adhesión inmediata y exclusiva: *en esta adhesión consiste la realidad esencial de la vida consagrada*" (5).

Este amor preferencial y exclusivo hace de los tres votos "los signos del absoluto" e imprime en el alma que los profesa el carácter de "consagrada".

Cada voto es un voto de caridad.

Por eso es necesario hacer de nuevo que la profesión de cada uno de los votos sea la profesión del don de sí a Dios, que es el amor puro. De otro modo vienen a perder su misma esencia.

La pobreza sin la caridad se convierte en una miseria más o menos grande.

La castidad sin caridad esteriliza y aridece al alma.

La obediencia sin la caridad corre el riesgo de acabar en un servilismo y en una despersonalización.

Sólo la caridad, alma de los votos, los transforma en medios poderosos de adhesión a Cristo y de comunión con su sacerdocio redentor, imprimiéndoles una acción santificadora y un carácter apostólico.

a) La naturaleza y el valor de la virginidad está en el amor a Cristo, amor esencialmente de esposo.

La virgen se separa de todo y de todos para consagrarse a Dios con el fin preciso de pertenecerle y de incorporarse con Cristo en la sociedad para amarla con el amor de Cristo y redimirla con El.

Afirma el decreto conciliar *Perfectae caritatis*: "La castidad «por el reino de los cielos» (Mt., 19, 12)... libera de modo especial el corazón del hombre para que se inflame más en el amor de Dios y a todos los hombres y es... signo peculiar de los bienes celestiales y medio aptísimo para que... se dediquen con alegría al servicio divino y a las obras de apostolado" (6).

La virginidad habilita de un modo especialísimo para participar en el sacerdocio redentor de Cristo. Más aún, sólo es fecunda en relación con él.

La virginidad consagrada hace indivisible al alma: el alma virgen es el alma de un solo amor. Cristo: "Os he desposado a un solo esposo, para presentaros a Cristo como virgen pura" (7).

Este amor exclusivo a Cristo es la única fuerza que mantiene la unidad del alma y le impide dejarse vencer por los atractivos humanos que se oponen al amor exclusivo a que se ha consagrado.

La castidad virginal crea entre Cristo y el

alma religiosa una intimidad única, que hace al alma instrumento de la continuación de los misterios y de la vida de Cristo. El fin de la virginidad es pertenecer a Dios de un modo preferencial, absoluto, irrevocable. Por esto el compromiso de la castidad obliga a vivir una pureza radical.

El corazón, la afectividad, los sentidos, la humanidad, no se suprimen, sino que Otro los transfigura.

Dios, como canta el prefacio de la Misa de la consagración de las vírgenes, tiende a habitar "benévolamente en los cuerpos castos" y eleva "la naturaleza humana a gozar de los bienes eternos, prometidos en la vida futura, y mientras estamos todavía sujetos a la corrupción de los mortales ya nos eleva a semejanza de los Angeles".

Cuando la exuberancia de los sentidos exige una inmólación más generosa y continua, entonces la oferta del alma es coronada por la gloria de un martirio que salva y redime.

En el mundo materialista de hoy, la castidad es el máximo signo de contradicción y al mismo tiempo es el signo más evidente de nuestra resurrección.

"La virginidad cristiana, aceptada en el tiem-

po presente a imitación de Cristo y de su Madre por el reino de los cielos (Mt., 19, 12), nos ofrece un aspecto escatológico, porque representa en el tiempo la condición futura de los elegidos, en la cual "ni ellos tomarán mujer ni ellas marido" (Mc., 12, 25; Mt., 22, 30; Lc., 20, 35) (8).

Es lo que subraya también la *Lumen Gentium*: "... el estado religioso, que deja más libres a sus seguidores frente a los cuidados terrenos, manifiesta mejor a todos los presentes los bienes celestiales —presentes incluso en esta vida— y sobre todo, da un testimonio de la vida nueva y eterna conseguida por la redención de Cristo, y preanuncia la resurrección futura y la gloria del Reino celestial" (9).

La excelencia de la virginidad y su superioridad sobre el matrimonio puede resultar sorprendente si se piensa que la consagración virginal no constituye el objeto de un rito sacramental. Pero "la virginidad tiende a realizar directamente las nupcias de Cristo y de la Iglesia; mientras el matrimonio, por la mediación de la persona humana del cónyuge, es sólo signo de aquellas bodas, la profesión religiosa hace que nos unamos a Cristo como esposo. No es, pues, por defecto, sino por razón de plenitud,

por lo que la profesión religiosa no es un sacramento.

El matrimonio es sacramento en cuanto es signo o símbolo de las nupcias de Cristo y de la Iglesia.

La consagración virginal *no* es sacramento en cuanto realiza el acto por el cual Cristo se convierte *verdaderamente* en el esposo del alma consagrada. Si el matrimonio es sacramento porque da la gracia de Cristo, la virginidad consagrada no es sacramento porque es una caridad, un amor que directamente elige y posee a *Cristo mismo*.

Por consiguiente la consagración virginal no pertenece al orden de los signos sino al orden de la realidad significada.

En esto anticipa la vida futura, donde no habrá ya sacramentos, porque los signos cederán el lugar a la realidad espiritual figurada por ellos.

Así, mientras el matrimonio representa la unión de Cristo y de la Iglesia en vista de su realización por medio de intermediarios humanos, la vida virginal realiza tal unión de modo inmediato, por anticipación de la vida celestial. Está más allá del orden sacramental, si así puede decirse" (10).

Para Don Bosco, la castidad es la virtud que debe caracterizar a sus hijos e hijas, como la pobreza caracteriza a los discípulos de San Francisco y la obediencia a los de San Ignacio.

«Lo que debe distinguirnos de los demás, es decir lo que debe ser el carácter de nuestra Congregación, es la virtud de la castidad... Ella debe ser el eje de todas nuestras acciones... Todos los bienes, todos los consuelos nos vendrán del cielo sólo con practicarla. *Este* será el triunfo de la Congregación..." (11).

Podemos decir que Don Bosco asigna "una primacía" a la castidad, no porque la considere superior a la caridad, sino precisamente porque manifiesta la plenitud del amor de la caridad, y por su valor de testimonio y de libertad que la hace virtud apostólica por excelencia.

Don Bosco, anticipando el Concilio Vaticano II, en su primera Regla antepone la caridad a los otros votos, según el orden fijado hoy por los documentos conciliares.

Las Constituciones, en la fidelidad al espíritu del Fundador, ponen en gran relieve el valor intrínseco de la castidad y su fecundidad apostólica en todos los artículos referentes a ella:

"La castidad, profesada por el Reino de los Cielos, es un don precioso de la gracia divina,

mediante el cual la Hija de María Auxiliadora se consagra al amor total de Dios con indiviso corazón..." (12).

La razón primera está precisamente en la participación en el sacerdocio redentor de Cristo, a través de la delicada misión que se le confía en la Iglesia de Dios:

"La Hija de María Auxiliadora debe poseer en grado eminente esta virtud, porque su misión específica entre las jóvenes —a quienes debe formar en una pureza auténtica y responsable— exige total desprendimiento de todo lo que no es Dios, grande pureza de corazón y un porte conscientemente fuerte y suave, delicado y prudente. Por eso, con la jubilosa amabilidad salesiana, se empeña en vivir entre la juventud como un signo sensible y transparente del amor de Dios" (13).

Esta sublime virtud es la que más directamente consagra todo el ser a Dios y lo separa por consiguiente, como las ofrendas del altar, de todo lo que no es escogido para tal consagración.

En el Manual-Reglamentos, Don Bosco habla de esta virtud con un lirismo que expresa todo el amor de su alma virginal por la "... virtud angélica":

"Quien posee esta virtud puede aplicarse las palabras del Espíritu Santo: *"Me vinieron todos los bienes juntamente con ella.* El Salvador nos asegura que quienes poseen este tesoro inestimable se hacen semejantes a los ángeles de Dios aun en esta vida mortal: *Erunt sicut Angeli Dei in coelo* (Mt., 22, 30). Pero este cándido lirio, esta rosa delicada, esta perla inestimable es muy acechada por el enemigo de nuestras almas..." (14).

Por eso con ansia de defensa sugiere: "Para custodiar tan gran tesoro aprovechará mucho el pensamiento de la presencia de Dios, dirigiéndose a El a menudo con actos de viva fe, de esperanza y de ardiente caridad; la fuga del ocio, la mortificación interna y externa" (15).

Insiste, sobre todo, en que las Hijas de María Auxiliadora sean almas libres, corazones limpiados para poderse dar totalmente a Dios que excede... es "... sepan dominar susa la vocación religiosa el corazón puesto

Don Bosco, en sentido total y absoluto, estar dispuesto a aceptar con la posición por la a las últimas consecuencias de su y sólo de nuestro estado de pobreza nos da más que de sufrir y pasar alguna incomodidad, rezamos con San Pablo, que se considera

te y de obras, recordando las palabras del Señor, que dice: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (17).

b) La pobreza nos pone totalmente en las manos de Dios, realizando en nosotras la bienaventuranza evangélica del “perderlo” todo para poseer al Único.

La pobreza, nos dicen las Constituciones, “abrazada voluntariamente por amor a Jesucristo, hace a la Hija de María Auxiliadora partícipe del anonadamiento del Hijo de Dios, que siendo rico se hizo pobre por amor nuestro y para enriquecernos con su pobreza” (18).

Nos enseña a vivir en el espíritu de filiación del Hijo de Dios Encarnado, que es abandono y seguridad en el Padre, y es dependencia absoluta de El, y es vivir en la alegría del hoy”, sin de Dios” preocupaciones, designios ni planes

Esta sublime mente consagra todo a la propia insuficiencia, por consiguiente, como las a las propias debilidad de todo lo que no es escogido de toda privación gracia.

En el Manual-Reglamentos, Don sea todo. de esta virtud con un lirismo que expone con los el amor de su alma virginal por la “...enes no angélica”:

profesado y vive la pobreza, no hay ya mío ni tuyo: todo es de todos porque todo es de Dios.

Con el voto de pobreza, dando todo a Cristo y dependiendo en todo del Padre, el religioso transforma cuanto posee en instrumento de bien, del cual Jesús se sirve para continuar en el mundo su obra de misericordia y salvación.

En la Regla y en el Manual, nuestro Padre Don Bosco presenta la pobreza como despojo total, en vista de este amor consagrante y del fin redentor del voto mismo:

“Las Hijas de María Auxiliadora... por lo tanto, estén dispuestas a tener en la comunidad las cosas peores, a aceptar con ánimo sereno las consecuencias de la pobreza y, por consiguiente, a sufrir calor... frío, hambre, sed, fatigas y desprecios por amor a Dios y al prójimo” (19).

La posesión de cualquier cosa superflua limita la posesión de Dios: “Todo lo que excede... es superfluo y contrario a la vocación religiosa” (20).

El pobre de espíritu, en sentido total y absoluto, debe estar dispuesto a aceptar con la pobreza hasta las últimas consecuencias de su voto: “Si nuestro estado de pobreza nos da ocasión de sufrir y pasar alguna incomodidad, regocijémonos con San Pablo, que se considera

colmado de alegría en medio de sus tribulaciones..." (21).

Como verdaderos pobres, debemos sentirnos en las manos de Dios, como propiedad suya, y sin poder decir de nada: esto es mío; porque todo es de Dios: "Todo lo que tenemos, tanto en el orden espiritual como en el temporal, pertenece a Dios" (22).

La pobreza, cuando es efectiva, lleva al desprendimiento interior y exterior, desprendimiento que libera al alma y la establece en Dios: "El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora... necesita Hermanas que no echen de menos el mundo, ni los bienes, ni las comodidades que han dejado; Hermanas que se sientan dichosas de vivir en el estado de pobreza y de privaciones, como su Esposo Jesús" (23).

Para el alma religiosa, las comodidades, el bienestar, son un tropiezo en el camino del espíritu. Lo recuerda conmovida Santa María Mazzarello: "... ¡por caridad, hijas mías, por caridad" Dios no quiera que las comodidades os hagan perder el buen espíritu, el espíritu de Don Bosco, el espíritu de Jesús. Por caridad, hijas mías, aun en medio de las comodidades que nos ofrecerá la Congregación, sed pobres, pobres de espíritu" (24).

La disminución del espíritu de pobreza es la ruina de las Congregaciones. Don Bosco lo recordaba a sus hijos:

"La pobreza es nuestra fortuna, es la bendición de Dios. Pidamos al Señor que nos conserve en pobreza voluntaria. Jesucristo, ¿no comenzó su vida en un pesebre y la terminó en la cruz?... A quien es rico le gusta estar en reposo y por consiguiente busca sus comodidades y satisfacciones y la vida ociosa. El espíritu de sacrificio se extingue.

Leed la Historia Eclesiástica y hallaréis infinitos ejemplos, de los cuales resulta que la abundancia de los bienes temporales fue siempre causa de la pérdida de comunidades enteras, que, por no haber conservado fielmente su primitivo espíritu de pobreza, cayeron en el colmo de las desgracias. En cambio, las que se mantuvieron pobres florecieron maravillosamente. Quien es pobre piensa en Dios y recurre a El, y yo os aseguro que Dios provee siempre lo necesario, lo poco y lo mucho. Por el contrario, quien vive en la abundancia se olvida fácilmente del Señor. Y ¿no os parece una gran fortuna estar obligados a rezar? ¿Y hasta ahora nos faltó algo que nos fuera necesario? No dudéis: los medios materiales no nos faltarán nunca en

proporción de nuestras necesidades y de las de nuestros jóvenes" (25).

El Decreto *Perfectae caritatis* invita a los religiosos a dar también "un testimonio colectivo de pobreza" evitando "toda apariencia de lujo, de lucro excesivo y de acumulación de bienes" (26).

Don Bosco, en la Carta--testamento redactada en 1884, estaba ya en perfecta línea con el Concilio Vaticano II. He aquí sus textuales disposiciones: "Considérese como principio que no se debe variar nunca: no conservar ninguna propiedad de bienes raíces, a excepción de las casas y de las dependencias necesarias para la salud de los hermanos o para la sanidad de los alumnos. La conservación de bienes raíces que produzcan interés es una injuria que se hace a la Providencia, que de modo maravilloso, y diría prodigioso, viene constantemente en nuestra ayuda. Al permitir construcciones o reparaciones de casas, téngase gran rigor en impedir el lujo, la magnificencia, la elegancia" (27).

c) La obediencia es la adhesión total a Dios, en la donación de todo el ser a la voluntad y a la sabiduría del Padre, en "conformidad" a Cristo Jesús, que se hizo "obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (28).

El *Perfectae caritatis* subraya esta "completa renuncia a la propia voluntad como sacrificio de sí mismos" y ve en ella un medio para unirse "de manera más constante y segura... a la voluntad salvífica de Dios", de vincularse "más estrechamente al servicio de la Iglesia, y de... llegar a la medida de la edad que realiza la plenitud de Cristo" (29).

Obedecer es superarse, es ofrecer a Dios una disponibilidad nueva y un amor más libre de todo y por consiguiente más total" (30).

Un amor que mira en la obediencia la sola voluntad de Dios, la acepta como un sacramento a través del cual se realiza la transformación mística en Cristo Jesús. Por la obediencia, el religioso no se pertenece ya: es un instrumento de Cristo, inmolado como El por la salvación del mundo.

Pero esta despersonalización, esta inmola-ción, no es más que el paso del estado natural al sobrenatural, del estado de creatura a una perfección de orden divino: una identificación con Jesucristo. Una personificación en El.

La autoridad está misteriosamente radicada en Cristo, porque El es la única Cabeza, es cristocéntrica, con un mero valor vicarial y ministerial.

Dios, en la comunidad, no actúa fuera del orden establecido y hace pasar su gracia a través de los instrumentos que ha escogido.

El objeto formal de la obediencia es la divina voluntad. El voto de obediencia, por esta estrecha relación con la voluntad de Dios, tiene en sí algo de irrevocable, de eterno, de universal, frente a todas las acciones posibles y a todas las circunstancias, y exige una donación sin reservas en el espíritu de la Regla.

Además, este voto realiza concretamente la unidad. Es, pues, un servicio eminente al bien común, al de la comunidad, al del Instituto, en función de lo que esperan Dios y la Iglesia, y del fin redentor de la obediencia de Cristo, en el cual deben inserirse todos nuestros actos de obediencia, para participar de su sacerdocio y de su sacrificio.

Cesamos de pertenecer al cuerpo social de la Congregación y de la Comunidad si obramos fuera de la obediencia, fuera de la autoridad que las gobierna. Somos ramas desprendidas y obstáculos a la acción de Dios.

La obediencia exige la trascendencia de todo punto de vista humano. Ningún voto nos introduce como éste en el mundo de la realidad absoluta, porque exige la superación de todas las

razones humanas, para hacernos entrar en el mundo de la fe. Cuando la obediencia responde a esta ley de "fe pura", se tiene la obediencia perfecta.

Las Constituciones nos recuerdan el saludable pensamiento de nuestro Padre Don Bosco: "La observancia exacta es el camino que debe recorrerse con valor para llegar a la santidad" (31). Y nos exhortan a cumplir la obediencia "con espíritu de fe y amor a la voluntad de Dios" (32), poniendo a disposición de las Superiores, como explicita el *Perfectae caritatis*, "tanto las energías de la mente y de la voluntad cuanto los dones de naturaleza y gracia en la ejecución de las órdenes y en el desempeño de las respectivas ocupaciones, sabiendo que así colabora en la edificación del Cuerpo de Cristo, según el designio de Dios" (33).

Esta obediencia, según la idea de Don Bosco y el espíritu de las Constituciones, debe ser "cordial y pronta, humilde y serena, activa y responsable" (34).

La vida religiosa es una profesión de santidad, y por consiguiente exige el heroísmo —casi siempre relativo— como ordinario modo de vivir. Por eso, cuando para vivir la vida religiosa como debe ser vivida, se nos pida tam-

bién el heroísmo, no tiene esto nada de extraordinario: simplemente es coherencia a la propia profesión.

Don Bosco no ignora esto en la sencillez de su ascética:

“La obediencia debe realizarse según el ejemplo de nuestro Salvador, que la practicó aun en las cosas más difíciles, hasta la muerte en la cruz. También nosotros, si así lo exigiera la gloria de Dios, debemos obedecer hasta dar la vida” (35).

Pero en esta obediencia aun heroica, ve Don Bosco el secreto de la alegría y de la perseverancia:

“¿Queremos estar siempre alegres? Seamos obedientes. ¿Queremos estar seguros de la perseverancia en la vocación? Estemos siempre alegres. ¿Queremos llegar muy alto en la santidad y en el paraíso? Seamos fieles en obedecer aun en las cosas pequeñas?” (36).

En esto está toda la teología salesiana de la obediencia.

La obediencia, afirma nuestro Padre, “une, multiplica las fuerzas y realiza milagros con la gracia de Dios” (37).

La obediencia es la “clave” misma de la fidelidad religiosa: “Si queréis la clave para con-

servar nuestros votos, yo os la doy. Todas las virtudes están comprendidas en la obediencia. Las demás virtudes se extinguen si no somos exactos en la virtud de la obediencia, especialmente en las cosas pequeñas, que son las que conducen a las grandes” (38).

Pero debe ser una obediencia auténtica, verdadera: “... hacer sólo las cosas que nos agradan y complacen no es verdadera obediencia, sino halago de la voluntad. La verdadera obediencia que nos hace gratos a Dios y a los Superiores, consiste en hacer de buena gana lo que ellos y nuestras Constituciones nos mandan. Pues, como escribe San Pablo: *Dios ama al que alegremente da*. Consiste asimismo en mostrarse sumiso aun en las cosas más difíciles y contrarias al amor propio, y en cumplirlas con valor, aunque nos cuesten penas y sacrificios. La obediencia en estos casos es más difícil, pero también mucho más meritoria, y nos conduce a la posesión del reino de los cielos, según estas palabras del Salvador: El Reino de los cielos padece violencia y los que se la hacen lo arrebatan (Mt., 11, 12)” (39).

- (1) *Man. Reg.*, p. 37 a 39.
- (2) L. G., 46.
- (3) Pablo VI a las Religiosas, 14 de enero de 1966.
- (4) Véanse las voces Pobreza, Pureza, Obediencia, en el índice de «*Cum clamore valido*», Marietti, Turín.
- (5) P. J. Galot, *Pour quoi la vie religieuse?*, en «*Revue des communautés religieuses*», enero-febrero 1965, n.º 1.
- (6) P. C., 12.
- (7) II Cor., 2. 3.
- (8) L. Gillon, O. P., *Le vere prospettive escatologiche dell'Eucaristia*.
- (9) L. G., 44.
- (10) P. J. Galot, rev. cit., enero-febrero 1961, n.º 1.
- (11) M. B., XII, p. 224-25.
- (12) *Const.*, art. 10.
- (13) *Const.*, art. 11.
- (14) *Man. Reg.*, p. 45.
- (15) *Const.*, ed. 1878, XIII, art. 3.
- (16) *Man. Reg.*, p. 101.
- (17) *Const.*, ed. 1878, XII, art. 2.
- (18) *Const.*, art. 17.
- (19) *Const.*, art. 19.
- (20) *Man. Reg.*, p. 43.
- (21) *Man. Reg.*, p. 44.
- (22) Carta de Don Bosco, 6 de enero de 1854.
- (23) Carta de Don Bosco, 24 de mayo de 1886.
- (24) F. Maccono, o. c., p. 299.
- (25) M. B., VI, p. 328.
- (26) P. C., 13.
- (27) M. B., XVII, p. 257-258.
- (28) *Fil.*, 2, 8.
- (29) P. C., 14.
- (30) Suenens, o. c., p. 210.

- (31) *Const.*, art. 26. Cf. M. B., XI, p. 356.
- (32) *Const.*, art. 27.
- (33) P. C., 14.
- (34) *Const.*, art. 27.
- (35) *Man. Reg.*, p. 39-40.
- (36) M. B., XIII, p. 210.
- (37) M. B., V, p. 10.
- (38) M. B., XVII, p. 561.
- (39) *Man. Reg.*, p. 40-41.

La liturgia de la vida común

«Cuando en una comunidad reina este amor fraterno y todos se aman recíprocamente y cada uno goza del bien del otro, como si fuera propio, entonces la casa se convierte en un paraíso y se experimenta la verdad de estas palabras del profeta David: Mirad cuán buena y dulce es la unión de los hermanos (Sal. 132).

... Mucho se complace el Señor en ver sus casas habitadas por hermanos que viven unidos sin más voluntad que la de servir a Dios y ayudarse con caridad los unos a los otros» (1).

«La vida común a ejemplo de la Iglesia primitiva, en que la muchedumbre de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, nutrida por la doctrina evangélica, la sagrada liturgia y, señaladamente, por la Eucaristía, debe perseverar en la oración y en la comunión del mismo espíritu» (2).

La vida común tiene un valor sacramental por darnos a Dios de un modo especial y distinto de la donación individual, ya que Jesús ha asegurado su divina presencia: *“Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (3).*

El Espíritu vivifica todo acto común con una gracia particular, actual, específica, y cada uno

participa de ella en la medida en que vive la comunión de caridad con los hermanos.

“En fin, la unidad de los hermanos manifiesta el advenimiento de Cristo, y de ella dimana una gran fuerza apostólica” (4).

Cuanto más se vive en comunión de espíritu y de amor con los hermanos, tanto más se goza del fluir de la vida de Cristo en el Cuerpo Místico de la comunidad.

La unidad de la comunidad es la condición básica para esta comunión de bienes espirituales. Es preciso formar una sola familia, una sola cosa: ser cada uno todos los demás juntos, en virtud del vínculo de un mismo espíritu, que es más íntimo y más fuerte que cualquier otro vínculo.

Nuestro Fundador y Padre nos exhorta: “Recordemos siempre que hemos elegido vivir en Sociedad. *O quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum!*, exclamaba el santo profeta David, divinamente inspirado, hablando de las congregaciones religiosas.

Es bello vivir unidos con el vínculo de un amor fraterno, confortándose recíprocamente, en la prosperidad y en las estrecheces, en la alegría y en las aficciones, prestándose mutua ayuda de obras y de consejo. Es bello vivir

libres de todo impedimento terreno, caminando directamente hacia el Cielo bajo la guía del Superior.

Pero si queremos que estos bienes nos vengan de nuestra Sociedad, es necesario que tengamos siempre nuestra mirada vuelta a ella, para que viva y prospere (5).

... ¿Cuál es el espíritu que debe animar este cuerpo? Queridos hijos, es la caridad. Haya caridad en el tolerarnos y corregirnos mutuamente, no nos quejemos nunca unos de otros. Caridad en sostenernos. Caridad especialmente en no hablar nunca mal de los miembros del Instituto. Esta es cosa esencialísima para nuestra Sociedad, porque si queremos hacer mucho bien en el mundo, es preciso que estemos unidos entre nosotros y gocemos con la reputación de los demás...

Defendámonos recíprocamente. Consideremos nuestro el honor y el bien de la Sociedad y tengamos por seguro que no es buen miembro quien no está dispuesto a sacrificarse para salvar al cuerpo..." (6).

La Congregación, la comunidad, debe encontrarse en el corazón de cada uno. Afirma Divo Barsotti: "Nuestro fin no es tanto la santificación personal cuanto el cumplimiento del desig-

nio divino que nos ha unido para una vida común. La realización de este designio de Dios se identifica con mi santidad" (7).

"La identidad de vocación —ha escrito el Siervo de Dios Don Rinaldi— crea la unión por el fin que se debe conseguir, y la vida de comunidad hace que todas participen de cuanto se hace en ella, aunque a veces falte la presencia material, o por motivos imprevistos de bien urgente que se debe realizar, o por enfermedad.

Es éste uno de los muchos preciosos beneficios de la vida de comunidad, cuyo recuerdo acrecentará el amor a la vida común, aun cuando llegara a hacerse pesada por motivos fácilmente comprensibles, sea por la diversidad de caracteres, sea por la casi imposibilidad moral de lograr prevenir y satisfacer los deseos de cada una, por justos y modestos que sean.

Aunque, por una parte, sea verdadera la afirmación de San Juan Berchmans de que "la vida común es la máxima penitencia", pienso que sus ventajas espirituales superan sin comparación los sufrimientos que inevitablemente lleva consigo.

La Hija de María Auxiliadora que tiene presente esta verdad, amará siempre la vida común y no estará de acuerdo con las perpetuas des-

contentas que nunca están satisfechas de nada, ni siquiera de sí mismas" (8).

Sólo viviendo en íntima relación espiritual con la Comunidad, ésta nos santificará.

Cuanto más nos adherimos al espíritu del acto que realizamos en común, tanto más nos envolverá y penetrará la gracia del divino Espíritu. Todo acto común prescrito por la Regla entra en la voluntad expresa de Dios, se cumple en nombre de Dios, y por eso realiza la consoladora promesa de la singularísima presencia de Cristo.

El vivir unidas en paz y amor, en la unidad de un espíritu que fusiona los corazones y las mentes llevándonos a realizar juntas las mismas acciones, de una misma manera, según un mismo horario, constituye *la liturgia de la Comunidad*.

Pero para vivir esta liturgia es preciso anular nuestros personalismos en esa perfecta comunión de amor que es la única que crea la comunidad, como organismo querido por Dios y animado por su espíritu.

En cada Casa de las Hijas de María Auxiliadora, "según las auténticas tradiciones salesianas", debe vivir y obrar esta "comunidad fraterna".

"El espíritu de familia —hecho de estima, colaboración y corresponsabilidad en el trabajo— constituye la verdadera fisonomía de esta comunidad" (9).

Esta liturgia comunitaria tiende a encarnar el precepto de la caridad en forma integral. Exige, pues, que cada miembro de la comunidad tome conciencia de que forma parte de un pequeño Cuerpo Místico inserto en el gran Cuerpo Místico de la Iglesia, y como tal, sienta la responsabilidad de su aportación personal a la unión, a la paz, a la colaboración activa con todos los demás miembros.

Pero al mismo tiempo no se sorprenda de las limitaciones, de las imperfecciones, de las insuficiencias, que pueden originar a veces choques, incomprensiones, contrastes. Esto está en el orden natural de las cosas y no se puede evitar completamente. Lo que importa es colmar con la caridad las faltas recíprocas y "*llevar —como enseña San Pablo— los unos las cargas de los otros*" (Gal., 6, 2).

Es lo que nos dice Don Bosco: "Renunciad al egoísmo individual. Por consiguiente no busquéis el provecho propio sino trabajad con gran celo por el bien común de la Congregación. Debeis amaros, ayudaros con el consejo y la ora-

ción, promover el honor de vuestras Hermanas, no como propiedad de una sola sino como noble y esencial patrimonio de todas" (10).

Los momentos de esta liturgia son diversos: oración, trabajo, refección, recreo... Y todos son citas con Dios, condición de paz, de unidad en la comunidad y medios de santificación.

Esta liturgia de la vida común se funda en un elevado sentido sobrenatural, que capta el espíritu profundo de las cosas, en un clima de fe y de caridad.

La oración es el momento litúrgico por excelencia. Una comunidad en oración concorde, toca lo sublime de la unidad: es un solo espíritu en Cristo, que ora al Padre.

La acción común de una familia religiosa se inicia con la meditación: la orientación espiritual unitaria de la jornada, que sintoniza sobrenaturalmente a las almas.

El misterio eucarístico, sacrificio y comunión, acción litúrgica y comunitaria por excelencia, debe poner su sello a toda la vida de la comunidad y hacer de ella, por todo el día, una expresión vivida del sentido litúrgico y comunitario que ha unido en torno al altar a todos sus miembros.

La presencia de Jesús Eucarístico en la Casa

es el corazón de la comunidad. La comunión con El debe realizar la comunión entre las almas hermanas.

El segundo momento de la liturgia de la comunidad es el trabajo. Cada una tiene el suyo, pero armonizado con todo el conjunto. Los individualismos, los personalismos, destruyen, no construyen, disgregan y detienen la marcha de la comunidad.

La religiosa que, dentro de la comunidad, se encierra en una vida enteramente personal, extraña a la comunidad, y hace esto por pereza, por individualismo, por celos, se pone en condiciones de no poder realizar su propia misión como religiosa en medio de los hombres. "Su actividad, su abnegación, se laicizan. El suyo ya no es un apostolado porque ya ella no obra como una «llamada», una «enviada». Desde este momento deja de dar testimonio" (11).

Es necesario sentirse siempre, habitual pero vivamente, como parte de un todo: colaborar, trabajar juntas con el mismo fin, con el mismo método, aportando cada una su contribución personal. "Ninguna descuide su parte. Las Hijas de María Auxiliadora consideradas en conjunto forman un solo cuerpo, o sea la Congregación. Si todos los miembros de este cuerpo cumplen

su oficio, todo marchará con orden y a satisfacción. De lo contrario ocurrirán desórdenes, dislocaciones, rupturas, desmembraciones y por fin la ruina del cuerpo mismo. Cumpla cada una, por tanto, el oficio que se le ha confiado, con celo, con humildad y confianza en Dios, y no se desanime si ha de hacer algún sacrificio penoso. Consuélese pensando que sus fatigas redundarán en bien de la Congregación a la cual se ha consagrado.

La refección es el momento de la liturgia de la fraternidad. Jesús hizo en la mesa las cosas más bellas: el primer milagro en Caná, la Cena eucarística, su epifanía después de la Resurrección. Realicemos con El obras de amor que sirvan para unir, para elevar y alegrar.

El recreo te impulsa a salir de tu egoísmo, a olvidarte, a interesarte por los demás, a inse- rirte mayormente en la comunidad, a darle el fermento de tu alegría. Imita a la Virgen: "Causa de nuestra alegría".

Las Constituciones hacen de esto una dulce obligación: "Las Hijas de María Auxiliadora den particular importancia al tiempo de recreo y esparcimiento tan propicio para el ejercicio de la caridad y la espontánea unión de los ánimos.

Cada una coopere gustosa a la común alegría; sea cordial y afable, teniendo cuidado de evitar todo aquello que en cualquier modo pueda turbar la armonía de las relaciones recíprocas" (13).

Es necesario prepararse para los encuentros con la comunidad: cada una tiene sus penas, sus dificultades, sus preocupaciones, pero debe armonizar su corazón con el de las otras, sintonizar, fundirse con la comunidad en la unidad de un mismo sentir. Para eso es preciso despojarse de todo lo que es demasiado personal; no cerrarse en el propio círculo reducido sino vivir en el amplio campo de la Congregación; olvidarse totalmente de sí para sentirse miembro de una comunidad de almas que tienen la misma vocación: confundirse, identificarse en el designio divino que nos quiere solidarias entre nosotras; desaparecer personalmente para ser la Congregación.

Para realizar esta bella unidad, Don Bosco, antes de que el Concilio Vaticano II exhortase a los Institutos religiosos femeninos a formar "una sola clase de hermanas" (14), había "excluido de sus Institutos la comunidad fundada sobre pequeñas burocracias de orden y distinciones". "Quiso hacer florecer la vida de fami-

lia, en la cual quien está a la cabeza precede en el trabajo y manda más con el ejemplo de la regularidad que con la palabra" (15).

El Siervo de Dios Don Rinaldi, en su calidad de Rector Mayor, exhortaba: "Consérvese bien esta vida de familia, y la vida religiosa recibida del Beato Fundador difundirá en las almas, que el Señor se digne llamar a ella, serenidad, alegría y gozo suavísimo y sin nostalgias" (16).

La comunidad es un apoyo, una ayuda, porque una comunidad unida en el espíritu y en los principios es una fuerza recíproca de convicción. Toda la fuerza está en la convicción. Cuando ésta es profunda y vital imprime su dinamismo a toda la vida religiosa.

Es necesario sentir la responsabilidad del propio aporte positivo o negativo en la comunidad; tener la conciencia social de la vida en común. Nadie realiza impunemente un acto en la comunidad: o eleva o baja su nivel espiritual.

Los sujetos mediocres hacen mediocre a la comunidad. Los fervorosos la hacen fervorosa. Yo puedo ser la edificación o la tentación de la comunidad por mi modo de obrar o de ser. Un mal ejemplo puede siempre inducir a la tentación.

Si el clima de la comunidad es elevado y sa-

turado de valores espirituales, elimina los gérmenes de la tentación y salva a las almas débiles, afirmándolas en el bien.

La vida común, penetrada de ese sentido sobrenatural, religioso, que genera el fervor, es arrolladora: horario, ocupaciones, ambiente, todo tonifica y transporta al bien.

Una comunidad que vive las mismas convicciones de santidad se convierte en un vivero de santos y realiza un bien inmenso en el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia.

Toda comunidad tiene su sacramento de unidad en la autoridad que la gobierna. Cuando hay unión de pensamiento y de acción con quien gobierna y representa este sacramento de la unidad, hay también unión con Dios y nuestra acción es potenciada. Si estamos separados, podremos hacer hasta milagros, pero seremos elementos disgregadores y faltará la gracia.

El 11 de marzo de 1869, después de la aprobación de la Congregación Salesiana, Don Bosco hacía esta conferencia a sus hijos del Oratorio:

«Nosotros hemos escogido *habitare in unum... in unum locum, in unum spiritum, in unum agendi finem...* Debemos, ante todo, y ésta es la primera condición de una Sociedad religiosa, habitar *in unum*, corporalmente.

Una Congregación religiosa debe, como un cuerpo humano, constar de cabeza y miembros, los unos subordinados a los otros, todos subordinados a la cabeza. Suponed que se ponga en exposición una cabeza separada del tronco. Es cierto que esta cabeza puede ser bella y artística, pero por sí misma, sin tronco, es una cosa monstruosa.

Así yo no puedo prescindir de vosotros que formáis el cuerpo. Así los miembros no pueden estar sin la cabeza. Se requiere una sola cabeza, porque siendo un cuerpo, si a este cuerpo le ponen dos o más cabezas, se convierte en un monstruo y ya no hay uniformidad. Así que una sola cabeza con los miembros correspondientes.

Además los miembros dependientes de la cabeza deben tener un oficio diferente del de los otros y realizar cada uno diversas funciones según su diversa condición.

Para que prospere una Sociedad como la nuestra es necesario que esté bien organizada, es decir, que haya quien mande y quien obedezca, quien haga una cosa y quien haga la otra, según la propia capacidad. Quien obedece no debe envidiar la suerte de quien manda; ni quien trabaja la suerte de quien estudia, porque tanto los unos como los otros son necesarios...

Considerado esto, se requiere obediencia a la cabeza, que pondrá a uno en un oficio y a otro en otro. Y esto es el eje que sostiene a toda nuestra sociedad, porque si falta la obediencia, todo estará en desorden. En cambio si reina la obediencia se formará un solo cuerpo y un alma sola para amar y servir al Señor...

Alguno dirá a veces que pierde su tiempo ejecutando aquel oficio, que no es ésa su inclinación, que se siente capaz de hacer mayor bien en otra parte. ¡No! Cada uno sométase a lo que se le confía, desempeñe su oficio, y después siga adelante tranquilo.

¿Y el fruto? El fruto, he aquí la gran ventaja de vivir en común, el fruto es siempre igual para todos, tanto para quien ejerce un oficio alto como para quien ejerce el más humilde. Así que tanto mérito tendrá quien predica, quien confiesa, quien enseña, quien estudia, como quien trabaja en la cocina, lava los platos o barre.

En la Sociedad, el bien de uno queda repartido entre todos, como también, en cierta forma, el mal de uno es el mal de todos... Cada uno ante Dios tendrá igual mérito por la obediencia..." (17).

El Santo Fundador insiste mucho sobre esta

unidad en la autoridad: «Entre vosotros el superior lo sea todo: todos apoyen al Rector Mayor, sosténganle, ayúdenle de todos modos, formen todos un centro único en torno a él... Las Reglas y el Rector Mayor sean como la misma cosa.

Y lo mismo suceda con el Director en cada Casa. El debe formar una sola cosa con el Rector Mayor, y todos los miembros de su casa deben formar una sola cosa con él... En él deben estar como encarnadas las Reglas" (18).

Es necesario fundirse en el misterio de unidad de esa pequeña iglesia que es cada familia religiosa.

Ha escrito un maestro de ascética dirigiéndose a una comunidad religiosa: "Así como el cristianismo no se salva sino en la unión con la Iglesia, así vosotros no os salvaréis sino en la unión con la Congregación. Y como la santidad de un alma se mide por su unión con la Iglesia, así también se mide para vosotros inmediatamente por vuestra unión con la Congregación» (19).

(1) *Man. Reg.*, p. 49.

(2) P. C., 15.

(3) Mt., 18, 20.

(4) P. C., 15.

(5) M. B., IX, p. 572.

(6) M. B., IX, p. 574.

(7) D. Barsotti, o. c., p. 238.

(8) D. Rinaldi, *Strenna alle F.M.A. per l'anno 1980*.

(9) *Const.*, art. 35.

(10) *Man. Reg.*, p. 64.

(11) Fr. Mellet, O. P. *El valor apostólico de la vida en comunidad*, en «L'apostolato e la religiosa d'oggi», ed. Paulinas, 1959, p. 227.

(12) *Man. Reg.*, p. 65.

(13) *Cons.*, art. 38.

(14) P. C., 15.

(15) Don F. Rinaldi, *Strenna citada*.

(16) D. F. Rinaldi, *Strenna citada*.

(17) M. B., IX, p. 573-74.

(18) M. B., XII, p. 81.

(19) D. Barsotti, o. c., 236-37.

IV

1. La santidad del «hic et nunc»
2. Sencillez evangélica
3. Contemplación operante

La santidad del “hic et nunc”

«El Instituto de las Hijas de María Auxiliadora necesita Hermanas... deseosas por encima de todo de hacerse santas; y no con acciones brillantes, sino por el camino de las obras ordinarias, para servir al prójimo y especialmente a las jóvenes, de estímulo y aliento en la práctica de las virtudes cristianas» (1).

«Todos los fieles... en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo» (2).

“El tiempo es medida de Dios, es ritmo de una acción que nace de Dios, de día en día, con el valor de su fidelidad y con el precio de su imposibilidad de agotarse (3).

En esta sucesión ininterrumpida de instantes presentes que constituyen el tiempo, yo debo realizar mi santidad: realizarla a través de las circunstancias, las situaciones, los deberes, las cosas previstas y las imprevistas que se presentan como la situación concreta que debo

aceptar, transfigurar y vivir, finalizándola en la eternidad.

Y estos "hic et nunc", estos "aquí y ahora", son la "circunstancia" y el "momento" propicio para mi santificación, porque son el don que me hace Dios, en espera de mi respuesta de fidelidad.

"El momento presente... es lo que Dios hace existir actualmente para situar en él nuestro deber, para expresar en él nuestra amorosa adhesión a su voluntad" (4).

Es mi "hora", mi "ahora", mi "mandato", mi "tarea": la ocasión, el motivo, el estímulo de mi fidelidad.

En una palabra, el ritmo del "tiempo" y el ritmo del "cotidiano" van marcando el camino de mi santidad.

"Todo hombre, como creatura limitada que es, no tiene más que un tiempo, el suyo. Y es en este tiempo suyo, en este tiempo de cada uno de nosotros, en este tiempo *mío*, en el que yo soy o no soy el santo que debo ser según la eterna elección de Dios en Jesucristo. Mi tiempo. En relación a la plenitud de los tiempos, es decir del misterio de Cristo, mi tiempo es un instante que huye; pero en relación a mí, es un valor absoluto, porque me hace y me realiza

todo, perfecto en la santidad o fracasado en ella" (5).

La santidad, pues, se radica en el "tiempo", en el "ahora", o sea en la tarea, en el deber, en la circunstancia que se me presenta.

A través de ellos mi vida se configura como un designio divino que se va realizando por la munífica y providente liberalidad de Dios, por una parte, y por mi fiel y perseverante correspondencia por la otra: "Precisamente en el fluir del tiempo estamos llamados a una incansable actividad como señores del universo, custodiado, investigado, valorizado para la gloria de Dios y para la preparación de su Reino; llamados a corresponder a la trascendente realidad de la gracia que no niega la vocación de la naturaleza, sino que más bien la transfigura y la realiza, superándola con las riquezas de la vida personal de Dios y con las perspectivas de bienaventuranzas que son nuestra promesa y nuestra esperanza" (6).

Todo "ahora", pues, con la situación particular que trae consigo, es un "don sacramental" que me transmite una gracia que, recibida, hará de mi tiempo y de mi cotidiano un acontecimiento eterno, una realidad de salvación.

San Francisco de Sales, patrono de la Con-

gregación, supo poner en luz, de modo singular, “esta noción primordial: que la santidad se reduce en gran parte a la humilde y cotidiana práctica del deber de estado” (7) realizado momento por momento.

La palabra del Santo era: “Los deberes de cada momento son las sombras bajo las cuales se oculta la acción divina” (8). En la doctrina espiritual expuesta en el *Timoteo* y en la *Filotea*, como en los consejos prácticos de dirección espiritual a través de las *Cartas*, el Santo seguía esta trayectoria: la “santificación del momento”, del “hoy” de Dios, en el amor, en la paz, en la sencillez y en el gozo de la filiación divina: “En cada uno de tus momentos, como en una pequeña semilla, se encierra el germen de toda la eternidad» (9).

Don Bosco sigue las huellas del que había escogido como Patrono.

Por temperamento y por vocación está orientado a un sano realismo espiritual y por consiguiente pone la santidad, aun la más heroica, en lo ordinario, en lo cotidiano, en el deber de cada momento, vivido en plenitud de donación: “... éste es su ideal y el programa de santificación, o si se prefiere, su sistema espiritual: que la santidad se ejercite y muestre en las circuns-

tancias que se presenten en la vida de cada hombre” (10).

También lo ha puesto de relieve el Papa de su beatificación y canonización, Pío XI, en la audiencia del 31 de mayo de 1934 a los alumnos del Instituto salesiano Pío XI: “... en la vida de Don Bosco es necesario imitar particularmente su heroica fidelidad al deber de cada momento, así como se presentaba en la sucesión de las ocupaciones cotidianas. Estaba siempre pronto a dedicarse al último encuentro, a la última petición. Estaba pronto a darse a todo y a todos, como si cada uno y cada cosa fueran la única cosa y la única persona... Esta es la base de todas las santidades” (11).

La santidad de Don Bosco era verdaderamente la santidad del “hic et nunc”, del aquí y ahora: una santidad que lo hacía siempre presente al momento, a la situación, a la persona, como a un paso de Dios.

No retirarse nunca, no esquivarse nunca, no desobligarse nunca ante el instante que huye, es cosa que exige una delicada atención de amor, una donación sin reservas, un total olvido de sí mismo, tales como no pueden venir sino de la santidad.

Es la lección que nos da toda la vida de Don

Bosco: "... vida sencilla, evangélica, práctica, laboriosa, únicamente dedicada al cumplimiento de la divina voluntad, alimentada por una fe inquebrantable, por una esperanza radiante siempre en la inmutable sonrisa paternal, e inflamada por una caridad de ardores divinos, en todos los momentos de su misión, entre dificultades, contradicciones y malevolencias incesantes, inauditas" (12).

Don Bosco, como San Francisco de Sales, plantea la vida religiosa en un sereno y equilibrado realismo espiritual, y hace palanca en lo cotidiano de la vida, en los deberes de cada día, en las pequeñas virtudes que constituyen la trama ordinaria de todo vivir humano y trazan para cada uno el camino de la voluntad de Dios.

Aquí la Hija de María Auxiliadora debe hallar la fuente ordinaria de su santidad y la raíz perenne de su apostolado: santificarse "no por medio de acciones extraordinarias sino por el camino de las obras ordinarias" para servir "especialmente a las jóvenes, de estímulo y aliento en la práctica de las virtudes cristianas".

A la luz de este "realismo espiritual" cierra Don Bosco la carta-programa de mayo de 1886: "... pido a Dios que os conserve a todas

en su santa gracia; que todas, Superiores y súbditas, sanas y enfermas, le améis y sirváis fielmente en el lugar y ocupación que os haya señalado la obediencia, a fin de que, en cualquier momento en que nuestro Señor Jesucristo os llame a la eternidad, pueda cada una responderle: «Heme aquí pronta, Dios mío; vamos a entrar en la felicidad que, en vuestra infinita misericordia, me habéis preparado»" (14).

También las Constituciones exhortan a la Hija de María Auxiliadora a este ideal de santidad sencilla, que es la realización del designio de Dios a través del momento y las circunstancias: "Practiquen la mortificación, especialmente en la fidelidad perseverante a los deberes del propio estado; en la aceptación de las dificultades provenientes de la vida común; en la renuncia a toda excepción no necesaria; en el trabajo, la templanza, y sobre todo en la generosa y asidua entrega a la asistencia salesiana" (15).

Es el ejemplo y la enseñanza de Santa María Mazzarello: "La verdadera piedad religiosa consiste en realizar todos nuestros deberes a tiempo y lugar y sólo por amor al Señor. Las Hijas de María Auxiliadora no deben abarcar muchas cosas sino atenerse a la Regla, usar caridad paciente, hacerlo todo por el Señor" (16).

Y ella misma estaba tan identificada con esto, que repetía frecuentemente: “Rezad por mí al Señor para que me haga muy atenta a las cosas pequeñas, viva más unida a El y me dé la gracia de obrar siempre con rectitud de intención (17).

El “tiempo de las cosas pequeñas” es el tiempo de las almas vigilantes, atentas, encendidas de un gran amor. Sólo el amor da valor a los matices y hace grandes las cosas.

Nos lo recuerda también nuestro Padre, apoyándose en la autoridad de San Agustín: “Si quieres crecer y llegar a ser grande a los ojos de Dios, comienza por las cosas pequeñas” (18).

Son éstas las cosas que forman la trama de nuestra vida, y es la fidelidad de cada momento a lo que Dios dispone, quiere o permite la que conduce directamente a la “configuración” con Cristo Jesús, de quien el Evangelio dice que “hizo bien todas las cosas” (19).

Es ésta la fidelidad que pone toda nuestra vida bajo el “signo de Cristo” (20).

(1) S. J. B., Carta del 24 de mayo de 1886.

(2) L. G., 41.

(3) P. Anastasio del Smo. Rosario, *Tempo e vita spirituale*, «Teresianum», 1971, p. 15.

(4) E. Ancilli, *Il tempo fatto «spazio di Dio»*, en *Tempo e vita spirituale*, o. c.

(5) P. Anastasio del Smo. Rosario, o. c., p. 16.

(6) P. Anastasio del Smo. Rosario, o. c., p. 19.

(7) Lemaire H., *François de Sales, Docteur de la confiance et de la paix*, Paris, Beauchesne, 1963, p. 181.

(8) Lemaire H., o. c., p. 183.

(9) S. Fco. de Sales, Carta 1556.

(10) Caviglia, *Il Magone Michele*, en *Salesianum XI*, número 3, 464.

(11) M. B., XIX, p. 315.

(12) Don Rinaldi, *Strenna alle F.M.A.* para el año 1931.

(13) S. J. B., Carta del 24 de mayo de 1886.

(14) *Ibidem*.

(15) *Const.*, art. 42.

(16) Maccono, *S. Maria Mazzarello*, vol. II, Tip. Privata F.M.A., p. 57.

(17) Maccono, o. c., vol. II, p. 57.

(18) *Man. Reg.*, p. 55.

(19) Mc 7, 37.

(20) Pfo XII, Discurso del 21 de febrero de 1957.

Sencillez evangélica

«Yo os puedo asegurar que el Instituto tendrá un gran porvenir si os conserváis sencillas, pobres, mortificadas» (1). (Don Bosco a las primeras Hijas de María Auxiliadora.)

«Todo en vuestra vida debe ser tan límpido, tan cándido, tan simple y tan bello que constituya una especie de secreto» (2).

Definir la sencillez es cosa ardua. Se puede definir lo que es complejo, analizándolo en sus partes. Lo que es sencillo, simple, precisamente por ser tal es indefinible.

La sencillez es virtud evangélica por excelencia. Jesús caracteriza a todo el hombre por su sencillez: "La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!" (3).

La lámpara del cuerpo es el ojo. Lámpara del espíritu es la mirada recta, dirigida a Dios, en la búsqueda de El solo. Tal es la sencillez: refleja la luz divina sobre todas las cosas, transfigurándolas.

La sencillez reconduce el ser a la unidad, llevándolo a hallar dentro de sí la frescura de la gracia, el encanto del candor que hace tan amable el rostro del niño. Es dar curso a la íntima fuente que brota de la gracia bautismal y dejar que se riegue por nuestra vida sin contaminaciones. Es un huir de todo disimulo (4), de toda falsa intención (5), de toda tortuosidad, de toda complejidad en la conducta (6) y en las palabras (7), y de todo lo que divide el corazón (8) y hace vacilar en la fe.

Es aceptar con espíritu filial los dones de Dios (9). Es dar sin calcular, con amor sincero (10). Es no tener presente más que la voluntad de Dios cuando se debe obedecer a los hombres (11), sin rodeos, sin adulaciones, sin segundos fines.

La sencillez es, sobre todo, una relación de filiación plena con respecto al Padre, un abandonarse a El sin restricciones y sin complicaciones.

La sencillez, pues, más que una virtud es un clima espiritual: el clima de la filiación, por la cual Dios Padre se convierte no sólo en una certeza, sino en la misma razón de ser de la existencia humana.

Refleja y realiza el espíritu de "infancia espi-

ritual", que no es ignorancia ni simplismo ni mucho menos infantilismo, sino que es uno de los más destacados caracteres evangélicos.

Tal vez ninguna exigencia evangélica es más taxativa que ésta "Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos" (12).

En el clima de hoy, cuando el hombre se proclama "adulto" frente a la fe, frente a la moral, frente a la Iglesia, porque todo se polariza hacia la tan cantada "madurez humana" en dimensión completamente horizontal, ¿cómo puede aceptarse todavía esta palabra evangélica que arranca toda pretensión?

Pero el hombre de hoy, como el de ayer, debe convencerse de su propia imperfección, de que está "incompleto", lo cual "puede parecer un límite y en cambio es una dimensión de eternidad, de infinitud" (13); es un secreto y potente impulso hacia "Alguien que sea plenitud": el Padre de los cielos. Ahora bien, frente al Padre, todos somos "niños", pero con una niñez que es verdadera "maduración", porque "hacerse niño en el sentido de Dios —como afirma Romano Guardini— es signo de madurez espiritual" (14).

"En la vida espiritual... cuanto más progresa

y se perfecciona el alma, tanto más siente la necesidad de Dios, de su paternidad, de su socorro, de su guía, y al mismo tiempo se hace más confiada en El, más segura de El, más espontánea en su recurrir al Padre.

Los años pasan, el hombre envejece, pero el cristiano nunca se cansa de sentirse hijo del Padre celestial. Antes bien, de su empeño en mostrarse tal, de vivir y obrar como hijo, saca fuerza, generosidad, reposo, gozo interior" (15).

La sencillez es una de las virtudes que más recomienda nuestro Padre Don Bosco. Es una de las líneas esenciales de su espiritualidad.

La sencillez le rodeaba como una segunda naturaleza y le hacía moverse, actuar, hablar con la mayor naturalidad y espontaneidad. Despojado de toda superestructura, de todo artificio, de toda complejidad, en él se reflejaba verdaderamente la rectitud del "niño" evangélico.

Esta sencillez provenía de tener siempre fija la mirada en Dios, sin preocuparse por sí mismo, por los juicios humanos, por el éxito o el fracaso.

Lo comprendió bien el Siervo de Dios Don Rinaldi al definirlo "*simplificador magnífico*", tanto en su vida espiritual como en su obra educativa y de dirección de las almas, como en sus

relaciones humanas de cualquier categoría. “Dejaba a un lado todo lo que multiplica, confunde, dificulta” (16).

Su línea directiva era ésta: “No métodos y fórmulas enredadas sino la sencillez evangélica: librar el camino de los impedimentos que se oponen a la unión, es decir, del pecado y de las malas costumbres, de modo expedito y decisivo, sin titubear mucho en torno a ellos, y comenzar en seguida a correr por el camino que se nos ha trazado, haciendo las obras del amor, con la aceptación de los sacrificios necesarios, en el apostolado de nuestra misión... llegar a la unión con Dios por el camino más breve y en el tiempo menor, para consagrarlo todo al bien del prójimo, en quien está la verdadera prueba del amor a Dios y de la unión a El” (17).

También en esto Don Bosco está en perfecta sintonía con San Francisco de Sales, quien recomendaba: “... hay que proceder sencillamente, de buena fe y sin artificio, para estar cercano a Dios, para amarle, para unirse a El. El verdadero amor tiene poco método” (18).

Lo que más llamaba la atención en nuestro Padre era la sencillez de vida y de comportamiento, de la cual presentan numerosos testimonios las Memorias Biográficas.

En la crónica de una casa de las Hermanas del Sagrado Corazón, en Francia, a quienes había ido a visitar, se lee: “Lo que más nos ha impresionado en Don Bosco es su *sencillez*. Parece no darse cuenta del interés que suscita en torno a él, porque se muestra siempre sereno, haciendo despacio todas las cosas, como si no tuviera otra ocupación. Tiene un aspecto sencillísimo, sin nada que pueda despertar entusiasmo, si se exceptúa la santidad... De toda su persona brota humildad” (19).

Y esta sencillez que vivía y personificaba, la ha traducido en las Reglas que redactó, donde, aunque no se repite muy frecuentemente la palabra “sencillez”, el espíritu que la penetra está totalmente impregnado de sencillez. Espíritu que las primeras Hijas de María Auxiliadora asimilaban tan bien, que una de ellas pudo decir que en Mornés se respiraba un “candor y una inocencia infantiles” (20).

De este “candor” y de esta “inocencia infantil”, aroma de la sencillez, el modelo más perfecto era la misma Cofundadora, Santa María Mazzarello, quien, según el testimonio de quien pudo observarla mucho tiempo y de cerca, “practicó todas las virtudes en grado heroico y con la mayor perfección, en la máxima sen-

cillez, llevando una vida extraordinaria en lo ordinario" (20).

Es lo que puso de relieve el Papa Pío XI al proclamar la heroicidad de sus virtudes, el 3 de mayo de 1936: "... he aquí que a primera vista, y no sólo a la primera, la gran Sierva de Dios se presenta con todos los caracteres, que no se hallan fácilmente en la medida en que la tuvo ella, de la más humilde sencillez.

Una figura sencilla, simple, pero con la simplicidad propia de los cuerpos más simples, como el oro simple pero rico de especialísimas características y dotes. Precisamente así esta humilde Sierva de Dios" (22).

Sencillez de vida y sencillez de espíritu, que la hacen clara, recta, esencial.

Tal sencillez, como dice Don Coiazzi, "es una cualidad humana rarísima. No es la humildad sola, sino la humildad que se ignora a sí misma, una humildad que lo ve todo a la luz de Dios y por consiguiente ve siempre claro".

Es la *infancia del corazón*, conservada o reconquistada, que el Evangelio hace condición *única* y absoluta para entrar en el reino de Dios.

... El Padre Faber llama a la sencillez don rarísimo, más raro que los éxtasis, precisamente porque hace a la creatura semejante a aquel

Dios que está en la cumbre de todo, como en la cúspide de una altísima pirámide está ese elemento geométrico que es el más simple: el punto.

Y esta sencillez que ignora los procedimientos interiores complicados y hace a la Santa leal, sincera, abierta sin fingimientos y sin rodeos, y la cubre con una veste transparente de naturalidad, poniéndola en todo y siempre "fuera y por encima de toda academia" (23), es grande y santamente contagiosa, y crea en torno a sí todo un clima, toda una atmósfera: el espíritu de los orígenes, pasado a la historia como "espíritu de Mornés". El espíritu de Mornés es esencialmente espíritu de sencillez pura, genuina, auténtica.

Y debe ser custodiado también por las Hijas de María Auxiliadora del segundo centenario, aun entre las dificultades que en nuestro tiempo pueden surgir de un ambiente de pensamiento y de vida influido por las conquistas de la ciencia y de la técnica, que parecen casi incompatibles con un estilo de vida en la sencillez esencial del espíritu evangélico.

Esta sencillez da un timbre particular a la vida y al espíritu de nuestro Instituto, como ha reconocido también el Siervo de Dios Padre

Mateo Crawley, el Apóstol de la consagración de las familias al Sagrado Corazón: “Vuestro Instituto, que yo estimo tanto, tiene la característica de la sencillez. Conservad el tesoro que os ha dejado Don Bosco, y sobre la base de esa sencillez, construid un edificio de sacrificio y de amor, un palacio que sea digno del Rey” (24).

Esta característica la ponen muy bien en luz las nuevas Constituciones, que no se presentan como un conjunto de normas, de preceptos o de métodos, sino como un espíritu que se debe penetrar, asimilar y vivir.

La “sencillez” da el planteamiento a toda la vida religiosa de la Hija de María Auxiliadora que, con la “profesión de los consejos evangélicos, vive más perfectamente la profesión bautismal —en particular vive la caridad, primero y máximo de sus compromisos— con *sencillez* y modestia... (25).

La sencillez es el clima de sus votos religiosos que abraza con “serenidad” y vive en la plenitud de su “positivismo”, sin complejos, en aquella “libertad interior” propia de los hijos de Dios (26).

En el carisma de esta sencillez se hace “signo sensible y transparente del amor de Dios” (27), vive en la piedad la “actitud filial de Jesús (28)

y acepta sin postura de víctima, “serenamente las fatigas y sacrificios” (29), en “aquel clima de certezas sobrenaturales del cual fluye la alegría difusiva” (30) que crea el espíritu de familia y anima su vida apostólica.

Es el candor de esta genuina sencillez lo que transformará nuestra vida en aquel “prodigio de un encanto místico” (31) que constituirá el más poderoso atractivo de las almas (32); la hará cada vez más hermosa y alegre para nosotros que la vivimos, y más semejante a la encantadora vida de la Familia de Nazaret (33).

(1) Cronistoria del Instituto, p. 291-292.

(2) Pablo VI, discurso del 28 de octubre de 1966.

(3) *Mt.*, 6, 22-23.

(4) Cf. *Sb.*, 1, 1.

(5) Cf. *1 R.*, 9, 4; *Eccl.*, 1, 28 ss.

(6) Cf. *Prov.*, 10, 9; 28, 6; *Eccl.*, 2, 12.

(7) Cf. *Eccl.*, 5, 9.

(8) Cf. *Sal.*, 119, 113; *Sant.*, 4, 8.

(9) Cf. *Hechos*, 2, 46.

(10) Cf. *Rom.*, 12, 8 y sig.

(11) Cf. *Col.*, 3, 22; *Ef.*, 6, 5.

(12) *Mt.*, 18, 3.

(13) P. Anastasio del Smo. Rosario. Conferencia en el Pontificio Instituto de Espiritualidad, Roma, 5 de marzo de 1971.

(14) R. Guardini, *El Señor*, p. 248.

- (15) P. Anastasio del Smo. Rosario, *Un curso de Ejercicios espirituales*, Carmelo de San José. Roma, 1968, p. 219.
- (16) D. Rinaldi, *Strenna a las F.M.A.*, 1931.
- (17) D. Rinaldi, *Strenna a las F.M.A.*, 1930.
- (18) San Fco. de Sales, Carta a la señora De Granieur, 8 de junio de 1618.
- (19) M. B., XVI, 197.
- (20) L. Dalcerrí, *M. Enrichetta Sorbone*, L.I.C.E., 1947, Turín, p. 208.
- (21) Maccono, *S. M. Mazzarello*, vol. II, p. 174-75.
- (22) Pío XI, Discurso para la proclamación de la heroicidad de las virtudes, el 3 de mayo de 1936.
- (23) Caviglia, *La herencia espiritual de S. M. Mazzarello*, conmemoración cincuentenaria, 1932.
- (24) M. L. Vaschetti, circular del 24 de septiembre de 1925.
- (25) *Const.*, art. 2.
- (26) *Cf. Const.*, art. 10-30.
- (27) *Const.*, art. 11.
- (28) *Const.*, art. 48.
- (29) *Const.*, art. 41.
- (30) *Const.*, art. 66.
- (31) Pablo VI, Discurso del 28 de octubre de 1966.
- (32) *Cf. Const.*, art. 68.
- (33) *Cf. Const.*, art. 30.

Contemplación operante

«... en ellas deben ir a la par la vida activa y la contemplativa, semejante a Marta y Magdalena, a la vida de los Apóstoles y la de los Angeles» (1).

«... Los miembros de cualquier instituto, buscando ante todo y únicamente a Dios, es menester que junten la contemplación, por la que se unen a Dios de mente y corazón, con el amor apostólico, por el que se esfuerzan en asociarse a la obra de la redención y a la dilatación del reino de Dios» (2).

La forma de vida de la Hija de María Auxiliadora no es puramente activa sino mixta: contemplativa y activa a un tiempo, según la expresa idea de su Fundador. La más semejante, pues, a la que el divino Maestro llevó en su vida terrena: vida de ininterrumpida e íntima unión con el Padre y vida apostólica.

Santo Tomás juzga esta forma de vida religiosa más perfecta que la misma vida meramente contemplativa, de la cual también en la Suma Teológica enumera los grandes méritos en 10 cuestiones: de la 179 a la 188.

El Padre Garrigou-Lagrange, resumiendo el pensamiento de Santo Tomás en su "Síntesis

tomista”, afirma: “La vida mística o apostólica es más perfecta, o sea más completa que la vida puramente contemplativa, porque es cosa más perfecta iluminar a los demás que ser iluminados” (3).

Y en efecto, Santo Tomás, en la cuestión 88 (art. 6) —hablando en particular de la predicación y de la enseñanza de la doctrina cristiana— se expresa así: “Como es cosa más grande iluminar que brillar solamente, así es mejor comunicar a los otros las realidades contempladas que sólo contemplarlas” (4).

El Siervo de Dios Don Rinaldi, en su cargo de Rector Mayor y sucesor de San Juan Bosco, parece haber tenido en la Congregación la misión de poner en luz este aspecto del Instituto y de guardarlo del peligro de una preponderancia de la acción exterior sobre la contemplación.

En repetidas circulares, sobre todo en ocasión de la beatificación del Fundador, invitó a todos los hijos y las hijas de Don Bosco a un estudio profundo de la vida interior del Padre.

“Don Bosco —escribía— identificó con la máxima perfección su actividad externa, incansable, absorbente, vastísima, llena de responsabilidades, con una vida interior que tuvo principio en el sentimiento de la presencia de Dios

(¡Oh, el poder del “Dios te ve” de Mamá Margarita!) y que, poco a poco, llegó a ser actual, persistente y viva, hasta la perfecta unión con Dios. De tal modo realizó en sí el estado más perfecto, que es la *contemplación operante, el éxtasis de la acción*, en la cual se consumó hasta lo último con serenidad extática, por la salvación de las almas.

... Esta vida interior del Beato, siempre activa y siempre unida a Dios, reunía en sí la actividad de Marta y la intimidad de Magdalena, porque había logrado que su alma gozara de la suavidad de estar a los pies del Señor: al mismo tiempo que era todo solicitud por las almas” (5).

Aquí está todo Don Bosco, en la verdad de su ser, de su perfección interior, como debe aparecer continuamente como modelo ante sus hijos e hijas.

Un Don Bosco todo acción y sólo acción, no es el Don Bosco que la Iglesia ha canonizado. La Iglesia, con la glorificación del Santo, ha reconocido en él la perfecta fusión de la vida activa, de trabajo incansable, con la vida contemplativa, de constante unión con Dios.

Un gran cardenal, el Card. Alimonda, que lo había conocido íntimamente, antes de que la

Iglesia se pronunciara, ya lo había definido “la unión con Dios”.

Unión tan profunda que alcanzaba una admirable unidad de vida, sorprendente por la fusión perfecta del “trabajo-oración” y de la “oración-trabajo”.

Lo confirmó con la autoridad del cargo que ocupaba en la Iglesia el Papa de su canonización, el gran Pío XI: “En él el trabajo era precisamente oración efectiva, y se verificaba el gran principio de la vida cristiana: *qui laborat, orat*”.

El Siervo de Dios Don Rinaldi, exhortando a las Hijas de María Auxiliadora a imitar tan gran ejemplo, dice: la Hija de María Auxiliadora debe tender “... a la unión más íntima con Dios, que es propia de la grandeza de su vocación religiosa.

... Con la práctica de la vida interior del beato Padre, la Hija de María Auxiliadora, paulatinamente dejará de sentir el peso del trabajo-oración y podrá al mismo tiempo estar cierta de orar trabajando.

Pero para llegar a ese estado sublime de suavidad en la oración y de oración en el trabajo, la Hija de María Auxiliadora debe primero liberar su corazón de todo apego, por mínimo que sea, a las cosas, a las creaturas y a sí misma,

porque Dios posee al alma y pone en ella sus delicias en proporción al vacío que ella ha logrado realizar dentro y fuera de sí.

Cuando ya no hay apegos en el alma, el Señor la llena de Sí y comienza a realizar en ella sus maravillas. Entonces es El quien ora, habla, actúa y sufre en ella” (6).

Es la gran meta de esta sublime “forma” de vida. La transformación en Cristo Jesús, finalidad suprema de la vida cristiana y, a título especialísimo, de la vida religiosa.

Vivir como “religiosos” es hacer de la propia vida un continuo acto de religión, transformarla en un acto ininterrumpido de culto, en una “sagrada liturgia” viva y vivida.

El espíritu del primer mandamiento, que exige poner los derechos de Dios, los intereses de Dios, la gloria de Dios, por encima de toda otra cosa, debe convertirse para el religioso, en virtud de su especial consagración al servicio exclusivo de Dios, en un compromiso inderogable de vocación: “*Quaerite primum regnum Dei!*” y “*Diliges ex toto!*”.

La religiosa es, pues, vida vivida en Dios y por Dios, en una unión de todo el ser mediante la gracia, y de toda la acción, en el ardor de la caridad.

Por eso la Hija de María Auxiliadora no es un alma dedicada exclusivamente al trabajo, aun cuando sea apostólico; mucho menos es un alma exteriorizada del todo en una actividad sin tregua que la absorbe completamente.

Las Constituciones, como base de la “comunidad apostólica” colocan la “comunidad orante”, la “*comunidad de oración*”, en la cual las hermanas unidas “cultivan el espíritu de oración y la oración misma”, “que las ayuda a vivir habitualmente en la presencia de Dios de tal modo que asocien la vida activa a la contemplativa”.

Adoran así a Dios en espíritu y en verdad; se uniforman en todo a la actitud filial de Jesús para cumplir la voluntad del Padre; y dan a Dios y al mundo el testimonio de una comunidad orante en la acción” (7).

Por eso la Hija de María Auxiliadora es y debe ser la “contemplativa operante” que, reproduciendo en sí la fisonomía espiritual del Padre y su modo explícito de ver las cosas, sabe actuar el método de perfección religiosa que el le ha propuesto:

“Trabajar por las almas hasta la total inmolación de sí mismo, con tranquilidad e igualdad imperturbable en las alegrías y en las penas,

y estar, a imitación del Padre, cada vez más unidas a Dios en un acto siempre más perfecto, para santificar nuestro trabajo y nuestra alma.

... Aquí en la tierra la unión con Dios —hecha instrumento maravilloso de nuestra santificación, de la cual es también fin último— debe ir al mismo paso con nuestro laboriosísimo apostolado de la educación de la juventud” (8).

(1) *Regla* publicada en 1878, XIII, art. 5.

(2) P. C., 5.

(3) Garrigou-Lagrange, *Síntesis tomista*, p. 374.

(4) «Sicut enim maius est illuminare, quam lucere solum; ita maius est *contemplata aliis* tradere, quam solus contemplari».

(5) Rinaldi. *Strenna* a las F. M. A. para el año 1931.

(6) Rinaldi, *ibidem*.

(7) *Const.*, art. 48.

(8) F. Rinaldi, *Strenna* a las F.M.A. para el año 1930.

V

1. El misterio eucarístico
centro y fuente de vida
2. Auxiliadoras con la Auxiliadora
3. El rostro de la salesianidad

El misterio eucarístico centro y fuente de vida

«La devoción al Santísimo Sacramento es la devoción culminante sobre todas las demás, la devoción central de la Iglesia... Es la atmósfera de la vida espiritual, y la práctica de la presencia sacramental incluye todas las devociones» (1).

«... es que en la Santísima Eucaristía, se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con El mismo» (2).

“El sacrificio, la presencia, la comunión son las vías de expansión de una vida que desea invadir la actividad, el pensamiento y el corazón de los hombres. «¡Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia!». Esta palabra del buen Pastor se realiza en el Sacramento que distribuye su vida sin medida, vida que en la Misa se inmola y triunfa sobre su inmólación, que con la Hostia se comunica a cada fiel y prolonga en el tabernáculo una silenciosa presencia...

... El sacrificio, la comunión, la presencia, están destinados a hacer a la Iglesia más viva cada día, a hacer cada vez más a la humanidad un pleroma, una plenitud desbordante de vida" (3).

En esta triple e inseparable dimensión, el misterio eucarístico es el centro de la vida eclesial, como subraya bien la Instrucción "Eucharisticum mysterium". "En ella tenemos la culminación tanto de la acción con que Dios santifica al mundo como del culto que los hombres rinden a Cristo y por él al Padre en el Espíritu Santo" (4).

En la Santa Misa, sacrificio de Cristo y del "Cristo total", el hombre encuentra el punto culminante de su dignidad cristiana, porque realiza específicamente su "real sacerdocio... concurriendo a la oblación de la Eucaristía" (5), y ofreciéndose en Cristo y con Cristo. Y en efecto, bien dice Mäder: "Quien en la Misa no es bastante generoso para colocar su "Yo" en la patena del sacerdote, no es un verdadero sacerdote. El sentido de la Misa le es extraño, aunque haya asistido con frecuencia al santo sacrificio. En realidad, sólo almas generosas, almas víctimas, pueden comprender la Misa" (6).

La Misa nos pone decididamente en la perspectiva en que San Pablo resume el significado fundamental de su existencia: "*Christo confixus sum cruci*: Estoy crucificado con Cristo" (7).

Es el lenguaje del altar: "El altar habla un lenguaje inexorable... habla con el lenguaje del primer mandamiento: Debes amar al Señor Dios tuyo con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas" (8).

Habla con el lenguaje de nuestra consagración a Dios, que no puede admitir reservas ni repliegues, porque al referirse al Absoluto lleva en sí su sello.

La indocta pero sabia madre de San Juan Bosco, Mamá Margarita, lo había comprendido bien, y al hijo predilecto, ordenado sacerdote, le decía con acento conmovido y grave: "Ya eres sacerdote. Ahora cada día celebrarás la Misa. Recuerda bien las palabras de tu madre: *comenzar a decir Misa quiere decir comenzar a padecer*" (9).

Y nuestro Padre comprendió y vivió esas palabras. Hizo de la Misa el centro de su vida, de su piedad, de su acción apostólica: fundamento y apoyo de sus obras. Hasta poder afirmar al ministro Ricasoli con la fuerza de un confesor

de la fe: "Excelencia, sepa que Don Bosco es sacerdote en el altar, sacerdote en el confesionario, sacerdote en medio de sus jóvenes; y tanto es sacerdote en Turín, como es sacerdote en Florencia, sacerdote en la casa del pobre, sacerdote en el palacio del rey y de los ministros..." (10).

Con la misma fuerza decidida deja como norma fundamental a sus hijos: "La comunión frecuente, la Misa diaria, son las columnas que deben sostener un edificio educativo" (11).

El misterio eucarístico en su totalidad —sacrificio, comunión y presencia— es el alma y la síntesis de toda su espiritualidad y de toda su pedagogía.

"Don Bosco fue un santo eucarístico, es decir compenetrado de la devoción al Santísimo Sacramento, y trabajó de todos modos y en todos los campos, para crear la más intensa vida eucarística en todos sus aspectos" (12).

Consideraba la devoción al Santísimo Sacramento como "la devoción culminante sobre todas las demás, la devoción central de la Iglesia... (y) la atmósfera de la vida espiritual" (13).

En los "Reglamentos", en el "Joven instruido", en las biografías de sus pequeños santos, en todos los opúsculos que publicó, hay siempre

alguna referencia, aunque más inspirada en criterios ascéticos que teológicos, al misterio eucarístico bajo uno u otro aspecto.

Sobre todo le interesaba infundir "una gran idea de la santa Misa: "... una sola Misa rinde a Dios un obsequio, una alabanza, una gloria superiores a todos los obsequios, honores y alabanzas que le fueron tributados por los ángeles del cielo y por los hombres sobre la tierra hasta el fin del mundo" (15).

La Misa "... es el canal misterioso por cuyo medio Jesucristo nos aplica los frutos de la pasión y de su muerte y nos comunica todas las gracias que nos ha merecido. Es el arco de paz que aplaca la ira de Dios, es la llave de oro que nos abre los tesoros de toda celeste bendición (16).

Su piedad se hace casi lírica cuando habla de la Comunión y de la visita a Jesús Sacramentado: "¡Oh, qué felicidad poder recibir en nuestro corazón al divino Redentor! Ese Dios que nos debe dar la fortaleza y la constancia necesaria en todo momento de nuestra vida. El sagrado tabernáculo, es decir Jesús Sacramentado que se conserva en nuestras iglesias, es fuente de toda bendición y de toda gracia.

El está expresamente en medio de nosotros

para confortarnos en todas nuestras necesidades. Creedlo, mis queridos hijos, quien es devoto del Santísimo Sacramento, es decir, quien va con frecuencia a hacer buenas comuniones, y quien va a menudo a visitar a Jesucristo en el tabernáculo, tienen una prenda segura de su eterna salvación" (17).

Es un lirismo que prorrumpe de la fuerza del amor que lo inflama: "Vayamos a menudo a visitar a Jesús Sacramentado. Los amigos del mundo hallan tanto contenido entre ellos, que a veces pierden días enteros para estar juntos. ¿Y por qué no encontraremos nosotros alguna hora del día para entretenernos con el mejor de los amigos? ¡Oh! ¡Cuán dulce es la compañía de Jesús!" (18).

Amor que desborda en la santa Comunión, de la cual se hace apóstol en una época en que, sobre todo en el Piamonte, serpean todavía ideas jansenistas: "... Jesucristo, amor, delicia de todos los Santos, desea que nosotros comulgemos con frecuencia. ¿A qué, pues, ir buscando si esta frecuencia es necesaria o no lo es? ¿Conoces y amas a Jesús? Pues satisface sus deseos" (19).

El sabe y siente, y lo inculca especialmente a sus jóvenes, que la Comunión es una condi-

ción de vida cristiana: "... la santa Comunión debe ser nuestro consuelo, el alimento cotidiano en los peligros de este mundo, para conducirnos a la verdadera tierra prometida del paraíso" (20).

Y de este fervor de Comuniones florecen en el Oratorio los jóvenes santos que constituyen su gloria.

La santa Comunión es la gran fuerza transformadora: "Cuando viene en la Comunión, Cristo usa su potencia asimiladora y transforma la vida del fiel en su propia vida" (21).

Por eso San Agustín hace decir al Salvador: "No eres tú el que me transformarás en ti, como el alimento de tu carne, sino que tú serás transformado en mí". O sea que en la santa Comunión nos convertimos en lo que comemos.

Prolongación de la Comunión eucarística es la visita al Santísimo Sacramento que debe colocarnos bajo la irradiación de Cristo y contribuye a hacer sensible su presencia y como a encarnar esas relaciones de amor que son la esencia misma del misterio eucarístico.

Don Bosco impulsa a sus jóvenes bajo la irradiación de este "divino imán de las almas" (22) como lo llama el P. Faber: "Jesús quiso hallarse siempre en nuestras iglesias a fin de

que, como hacia tierna madre, pudiéramos correr a sus brazos, si fuera posible a cada momento. El está allí para darnos las gracias más señaladas. Está allí, en fin, para atraernos a su amor en la tierra y tenernos después con El en el cielo" (23).

Y para enfervorizarlos aún más en este contacto santificante y santificador con la Eucaristía, agrega: "¿Quién puede expresar el gozo que sintió Juan en la última Cena al reclinar la cabeza sobre el divino pecho de Jesús? Un bien semejante a ése es el gozo que se experimenta al acompañar a Jesús en el Sacramento" (24).

Verdaderamente cada visita a Jesús Eucaristía y cada contemplación de su presencia son un retorno a nuestra verdadera situación, a nuestro destino final: ellas representan un gusto anticipado de la posesión celestial, donde nuestro ser habitará en Dios y nuestra mirada se fundirá con la suya" (25): casi un "fugaz acercarse a la visión beatífica" (26).

Como Don Bosco, nuestra Madre Mazzarello era un alma enamorada de la Eucaristía. La santa Misa, la santa Comunión, la visita al Santísimo Sacramento fueron desde su niñez el potente encanto de su alma.

Cuando reside en la Valponasca, la vemos re-

correr cada día kilómetros de malos caminos, antes de la alborada, para asistir al santo Sacrificio y comulgar. Y no pudiendo, por la distancia de la iglesia, visitar sino raramente al Señor, después de las fatigosas jornadas en el campo, se sitúa en gozosa adoración en la ventana de la casa que da al poniente, en dirección de la iglesia.

Cuando comienza el taller de costura, invita a las niñas que asisten a él a la práctica de la Misa diaria, a la Comunión frecuente y a las visitas a Jesús Sacramentado.

Su fervor eucarístico la hubiera tenido todo el día junto al Tabernáculo: "¡Oh, si pudiera trabajar allí, al fondo de la iglesia, en el último banco, para acompañar un poco a Jesús y no dejarlo siempre solo!" (27).

Toda su vida religiosa se mantiene en la perspectiva del misterio eucarístico, centro y vida de su espiritualidad simple y profunda.

Acoger en sí la cruz cuyo misterio renueva cada Misa, ser "concrucificada" con Cristo se convierte en su programa. Esa es la razón profunda y el significado real de su gesto: tomar entre las manos el Crucifijo que cuelga sobre su pecho, y decir: "El aquí", y después, volviéndolo: "Y nosotras aquí" (28).

Indocta como Mamá Margarita, pero también alma de Espíritu Santo, se sintoniza plenamente con el pensamiento paulino, porque el inspirador es el único e indefectible Espíritu.

El misterio eucarístico, pues, “fuente y vértice de toda la vida cristiana” (29) es el principio vital del espíritu de nuestro Instituto. Así lo fue para nuestros Fundadores y así debe serlo para cada una de nosotras, si queremos participar de aquel “carisma” que el Espíritu Santo infundió en sus corazones.

Una Hija de María Auxiliadora no puede ser sino un alma eucarística. Nos lo recuerda una grande y “luminosa figura de Salesiano” (30), Don Pedro Berruti, antiguo Prefecto general de la Congregación, que precisamente nos decía a las Hijas de María Auxiliadora: “Este espíritu os comunica la potencia infinita de la Eucaristía” (31) que es la “manifestación del infinito amor de Dios por sus hijos” y la misma “razón de ser de la vida cristiana y religiosa...”

... Por eso la Misa debe ocupar el puesto central en la vida, ser el faro de cada jornada... Misa concelebrada y renovada durante el día en cada práctica de piedad. Hacer de la vida una misa-sacrificio, una misa-sacramento, una misa de común-uniión con nuestro prójimo. La Misa,

o mejor Jesús Eucaristía es el camino. ¿Qué camino? De amor y de pureza. Sólo amando a Jesús Eucaristía se deifica el alma, abandonando su miseria” (32).

La celebración de la Eucaristía no puede ser ni siquiera un luminoso paréntesis de nuestra jornada: está destinada a impregnar toda nuestra vida, a transformarla, a comprometerla profundamente, a nivel personal y comunitario.

Es lo que nos confirman nuestras Constituciones: “Con la certeza de que toda comunidad cristiana tiene como eje y raíz la celebración de la sagrada Eucaristía, y que la Iglesia asocia la oblación de los religiosos al sacrificio eucarístico, las Hijas de María Auxiliadora —como Don Bosco y Madre Mazzarello— hagan de su Misa el centro de su jornada”. Y tal será en la medida de nuestra participación viva y vital al divino sacrificio, participación que se realiza sobre todo mediante la Comunión, que nos incorpora al sacrificio de Cristo y nos hace capaces de asociar a la suya la oblación vivida de nuestra consagración religiosa.

Es el espíritu de nuestras Reglas: “Con la fe viva operante a través del amor, nútranse en la mesa del Cuerpo del Señor, para hacer más completa su participación en el sacrificio de Je-

sucristo...” (34). Pero la finalidad del misterio eucarístico va más allá del individuo: hace de todos una unidad en Cristo. “La Eucaristía —afirma Galot— contribuye a realizar una comunidad superior a todos los vínculos de familia y de raza, una comunidad más interior, en virtud de la cual la alianza íntima con Cristo, tomado como alimento, lleva a una alianza íntima entre los convidados, cualesquiera que sea su origen y mentalidad” (35).

Funda y establece así la verdadera comunidad: no un agregado de personas sino una fusión de almas en unidad de intentos y de espíritu, haciendo cada vez “más profunda la unión con las Hermanas y con todo el pueblo de Dios”, hasta constituir “un solo cuerpo en Cristo” (36).

Y porque la presencia eucarística “asegura la irradiación de la Misa a cada momento y de modo continuo” (37), las Hijas de María Auxiliadora “para corresponder con gratitud al don de Jesucristo que «continuamente infunde la vida divina en los miembros de su Cuerpo» y para realizar fielmente su apostolado... reúnanse cada día en la visita al Santísimo Sacramento, fuente de toda bendición y de gracias».

Como adhesión filial a la enseñanza de San Juan Bosco, hagan también frecuentes visitas

particulares, para aprender, en el renovado coloquio con el Señor, el secreto de un provechoso diálogo con el prójimo” (38).

La Eucaristía impregna así la vida: “Jesús se convierte en el punto central inmutable del trabajo diario, en el dispensador de las bendiciones, en el pionero del camino que se debe seguir, en el guía de las almas” (39).

El misterio eucarístico —sacrificio, comunión, presencia— vivido en plenitud, realizará en nosotras aquella transformación en Cristo que debe llevarnos a pensar, sentir, hablar, obrar como Jesús, hasta poder afirmar en la verdad como San Pablo: “vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (40).

(1) Caviglia, D. *Bosco, opere e scritti editi e inediti*, S.E.I., Turín, 1943, p. 190.

(2) P. O., 5.

(3) Galot J., *L'Eucaristia vivente*, ed. Ancora, p. 6.

(4) *Eucharisticum mysterium*, 6.

(5) L. G., 10.

(6) Mäder A., *Ritorniamo alla Messa*, Vita e Pensiero, Milán, 1938, p. 16.

(7) *Gal.*, 2, 9.

(8) Mäder, o. c., p. 7.

(9) M. B., I, 521-2.

- (10) M. B., VIII, 533-34.
 (11) M. B., III, 354-55.
 (12) Caviglia, o. c., p. 191.
 (13) Caviglia, o. c., p. 190.
 (14) G. Bosco, *Il giovane provveduto* (1847), p. 85.
 (15) Beltrami A., *Massime del B. D. Bosco raccolte dai suoi scritti*, S.E.I., 1929, p. 74-75.
 (16) Beltrami, o. c., p. 110.
 (17) M. B., XII, 29.
 (18) Beltrami, o. c., p. 90-91.
 (19) Beltrami, o. c., p. 81-82.
 (20) Beltrami, o. c., p. 41.
 (21) Galot, o. c., p. 274.
 (22) Faber, *Il SS. Sacramento*, S.E.I., Turin, p. 442.
 (23) Beltrami, o. c., p. 106.
 (24) Beltrami, o. c., p. 109.
 (25) Galot, o. c., p. 319.
 (26) Galot, o. c., p. 327.
 (27) Maccono, *S. Maria Mazzarello*, vol. I, p. 115.
 (28) Maccono, o. c., vol. II, p. 117.
 (29) L. G., 11.
 (30) Zerbino, D. Pietro Berruti, S.E.I. Turin, 1964.
 (31) Zerbino, o. c., p. 775.
 (32) Zerbino, o. c., p. 771.
 (33) *Const.*, art. 51.
 (34) *Ibidem*.
 (35) Galot, o. c., p. 245.
 (36) *Const.*, art. 51.
 (37) Galot, o. c., p. 311.
 (38) *Const.*, art. 55.
 (39) Mäder, o. c., p. 58-59.
 (40) *Gal.*, 2, 20.

Auxiliadoras con la Auxiliadora

«Haced el bien, haced buenas obras, luchad, trabajad mucho por el Señor, y todas con buena voluntad» (1).

«Sí, sí, bendigo todas las casas de las Hijas de María Auxiliadora, bendigo a la Superiora General y a todas las hermanas. ¡Procurad salvar muchas almas!» (2).

«Hay en la Iglesia muchísimos Institutos... consagrados a las obras de apostolado, que tienen dones diferentes, según la gracia que les ha sido dada... En estos Institutos, la acción apostólica y benéfica pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa, como sagrado ministerio y obra propia de la caridad que les han sido encomendados por la Iglesia...» (3).

La Hija de María Auxiliadora es apóstol de la juventud femenina pobre y abandonada. Esta es la razón de su ser y de su existir. Lo declaran las Constituciones en el artículo 3.º:

“Por naturaleza y vocación, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora es educativo y misionero. La Hija de María Auxiliadora, por lo tanto, mientras se empeña en realizar el fin supremo del Instituto, realiza su fin específico: contribuir a la misión salvífica de la Iglesia

—tanto en los países cristianos cuanto en los no evangelizados todavía— dedicándose principalmente a la educación cristiana de la niñez y juventud, material o espiritualmente necesitada, especialmente de la más pobre” (4).

El Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi lo subraya: “El Venerable Don Bosco ha fundado el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora para la educación de la juventud femenina pobre y abandonada. Por esto quien, por divino llamamiento, se inscribe en él, debe necesariamente hacerse apta especialmente en la misión de educar a las niñas pobres y abandonadas.

Esta es la razón de ser de la Hija de María Auxiliadora. Ese es el instrumento y la medida de su santidad, por lo cual es moralmente inconcebible una Hija de María Auxiliadora que no sea de algún modo educadora de las niñas pobres y abandonadas” (5).

Es un deber de vocación. También lo afirma Don Rinaldi: “En la escuela de Don Bosco, la Hija de María Auxiliadora aprenda y grábese bien en la mente, que está obligada por vocación a tener como objetivo sólo la salvación de las almas, haciendo conocer y amar a Dios por las niñas a quienes trata” (6).

Como imperativo de vocación, condiciona la misma santificación personal: “... la perfección religiosa del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora depende toda del espíritu educativo que lo anima. Individualmente, la perfección religiosa es el fin del divino llamamiento y debe ser también el fin primario que debe conseguirse. Pero, en cuanto el divino llamamiento hace que el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora sea como la palestra donde se consigue el premio de la perfección religiosa, el espíritu educativo de su Instituto viene a ser para toda Hermana el fin y el objeto primario para la consecución de la más alta perfección religiosa” (7).

En las Constituciones, en “Comunidad apostólica”, toda una serie de artículos pone a la Hija de María Auxiliadora frente a este compromiso santo de su vocación y al espíritu con que debe cumplirlo.

El artículo 61, en particular, pone de relieve las motivaciones y delinea la fisonomía apostólica de las Hijas de María Auxiliadora.

“Las Hijas de María Auxiliadora son llamadas a seguir a Jesucristo y a «servirlo en sus miembros» contribuyendo a la obra redentora de la Iglesia.

Toda comunidad de las Hijas de María Auxiliadora es, pues, *Comunidad apostólica* que participa de la solícitud de la Iglesia a fin de que «resplandezca para todos los hombres la gloria de Dios que fulgura en el rostro de Cristo».

Por eso en cada comunidad «toda la vida religiosa está imbuida de espíritu apostólico y toda acción apostólica informada de espíritu religioso» (8).

Para una Hija de María Auxiliadora el apostolado no es una actividad complementaria, algo que se agrega a su forma de vida, sino que le es esencial. Afirma también Don Rinaldi: «... cualquiera que sea el oficio que la obediencia le asigna (la Hija de María Auxiliadora), debe poseer el espíritu educacional que constituye la esencia del Instituto... Oraciones, mortificaciones, trabajos manuales, conversaciones, recreos, sufrimientos y enfermedades, todo en ella, en fin, debe dirigirse a este propósito: todo debe ser para la educación de la juventud femenina.

Si pierde de vista esta verdad, será todo lo que se quiera, pero no será Hija de María Auxiliadora» (93).

La educación, en sentido cristiano, es apostolado. Y ser apóstoles, hacer apostolado, significa «entrar en el misterio de redención», par-

ticipar en el sacerdocio redentor de Jesucristo en una forma directa y activa, que cumpla y perfeccione esa participación a la cual se habilita el alma consagrada en virtud de su misma consagración mediante los votos religiosos.

«El servicio apostólico ha sido dispuesto por Dios como materia de los sacramentos. Sin agua no hay bautismo. Sin pan y vino no hay Cuerpo ni Sangre de Jesús. Dios quiso positivamente vincular la gracia bautismal, como también el prodigio de la Consagración, a la presencia de estos elementos indispensables.

Lo mismo sucede para la salvación del mundo: Dios ha encomendado esta tarea a hombres. Normalmente la salvación no será transmitida sin su concurso visible y tangible» (10).

El hecho de estar consagradas a María nos debe llevar necesariamente a esta acción apostólica...

«La devoción a María no tiene sentido si no es apostólica...

... La devoción a María, en el aspecto activo y pleno, se identifica con el apostolado, porque María es y sigue siendo siempre Aquella que genera a Cristo» (11).

El Vaticano II la ve efectivamente como la segunda Eva, en cuanto es, en un sentido más

alto, la “madre de los vivientes”. Por eso el Papa Pablo VI, en la solemne clausura del Concilio, la proclamaba “Madre de la Iglesia”: “*Mater Ecclesiae*”.

Es hermoso y consolador para nosotros recordar aquí que, hace ya más de un siglo, esta luminosa proclamación fulguraba y vibraba en el corazón de nuestro Padre Don Bosco. Todavía clérigo, en términos sencillos pero plásticos y teológicamente profundos, la expresaba así ante sus compañeros: “¡Desde el primer instante de la Encarnación hemos comenzado a ser el *Pueblo de María Virgen!*” (12).

La vida y el misterio de María en el plan de Dios se explican por el misterio mismo de Jesús.

Ninguna creatura ha entrado más profundamente que Ella en el misterio del sacrificio redentor, de Cristo.

Quien le pertenece, no puede dejar de llegar a ser como Ella, Corredentora. El título de Auxiliadora de los Cristianos la expresa plenamente en esta misión materna, apostólica y corredentora.

Una Hija de María Auxiliadora debe, pues, ser necesariamente auxiliadora con la Auxiliadora.

María Auxiliadora es la Virgen en armas,

“*sicut acies ordinata*”, para la defensa de la gracia, de la fe, de la inocencia, para la defensa de los derechos de Dios.

El apostolado de la Hija de María Auxiliadora debe estar orientado a esta gran batalla, como lo estaba el de Don Bosco.

Su nombre equivale a este programa: auxiliaadoras con María Auxiliadora para el advenimiento del Reino de Cristo; como Ella, ser custodia viviente de Jesús: llevarlo entre los brazos y en el corazón para mostrarlo y darlo a las almas. Modelar sobre María el alma propia y todas las almas.

Nos dice Don Rinaldi: “No basta que la Hija de María Auxiliadora copie en sí lo mejor posible a la Virgen: debe también ingeniarse por multiplicar sus imágenes, exhortando y formando a la imitación del mismo modelo a las jóvenes que le son encomendadas” (13).

A esto nos estimulan nuestras Constituciones en el artículo 66: “En su labor educativa, las Hijas de María Auxiliadora tengan como meta la formación integral de las jóvenes a ejemplo de María Santísima, «modelo perfecto de vida espiritual y apostólica». Así las prepararán también para desempeñar dignamente, en la familia y en la sociedad, su misión de mujeres cris-

tianas, llamadas en virtud del bautismo, a la santidad y al apostolado, para la renovación del mundo con espíritu cristiano" (14).

La Hija de María Auxiliadora debe estar, pues, a total disposición de las almas, sin reservas y sin claudicaciones, en perenne actitud de santa alegría, actuando el lema del Santo Fundador: "*Da mihi animas, coetera tolle!*". Buscar las almas en el desprendimiento absoluto de sí misma y de cualquier cosa.

Por eso la santidad de la Hija de María Auxiliadora —lo hemos oído de labios del siervo de Dios Don Rinaldi— es la santidad de la educadora cristiana.

Tal educadora, en virtud del "Sistema Preventivo", está ligada a una asistencia ininterrumpida que la hace estar siempre presente, siempre disponible, siempre vigilante, para servir de "guía en toda circunstancia"; "aconsejar" y "corregir amablemente; poner a los alumnos en la imposibilidad de faltar" (15). Por esa asistencia está, según la palabra del Santo Fundador, "toda consagrada al bien" de las almas, pronta "a afrontar toda molestia, toda fatiga para conseguir su fin" (16).

Santidad "vigorosa y dura... en el fondo... agradable y sonriente en la apariencia" (17) y

que precisamente por esto constituye un "misterio". Misterio del cual el Santo Fundador tuvo un claro símbolo en el "sueño" carismático de "la pérgola de rosas". (Ver "Patrimonio salesiano".)

La acción apostólica y educativa de la Hija de María Auxiliadora se realiza sobre todo en la forma característica de la "asistencia salesiana".

Las Hijas de María Auxiliadora, nos dicen las Constituciones: "Estén, pues, siempre dispuestas a trabajar en medio de las niñas y jóvenes con espíritu de servicio; presentes entre ellas con una asistencia activa, serena y responsable, trátenlas como a hijas de Dios, seguras de acoger a Jesucristo mismo, particularmente en las más pobres" (18).

La asistencia se transforma así, junto con la acción catequística, en la "opus Dei" de la Hija de María Auxiliadora. En efecto, tiene por único objeto custodiar a Dios en las almas, "promover la mayor gloria de Dios" conduciendo a las jóvenes por "el camino de la virtud" y por "la senda del cielo" (19).

La Hija de María Auxiliadora, mediante la asistencia, es "como la Guardia de honor" de Dios en las almas.

Es también la forma más refinada de ascética cristiana y religiosa porque despoja de todo: de los propios gustos egoístas que es preciso adaptar a los de las jóvenes, amando “lo que ellas aman”; de las propias energías, que son todas coordinadas e invertidas en bien de ellas; del propio tiempo, del cual no se puede disponer porque hay que estar siempre a disposición de las niñas, siempre presentes a ellas; de la propia persona, que debe vivir en un estado de continua donación.

Con estas inderogables exigencias, la asistencia es una verdadera y propia “crucifixión”, que por otra parte nos asocia con serenidad a la misión redentora de Cristo, perennemente inmolado en los altares, transformando nuestra vida en una Eucaristía vivida.

Esta vida apostólica, en María y con María, alcanza su pleno significado en la palabra con la cual Don Bosco define al educador salesiano: un auténtico y perfecto “consagrado”.

Decir “consagrado” es decir “separado” en el desprendimiento y en la renuncia; es decir “dedicado” a una perenne y vital alabanza a Dios en las almas, por una unión siempre más transformadora en El, a través de la mística de un incesante “trabajo-oración” con el fin de conse-

guir la salvación de las almas y la mayor gloria de Dios (20).

(1) Don Bosco en su última visita a Niza Monferrato en 1885.

(2) D. Bosco en el lecho de muerte.

(3) P. C., 8.

(4) *Const.*, art. 3.

(5) D. F. Rinaldi, *Strenna*, 21 de noviembre de 1927.

(6) D. F. Rinaldi, *Strenna* citada.

(7) D. F. Rinaldi, *Strenna* citada.

(8) *Const.*, art. 61.

(9) D. F. Rinaldi, *Strenna* citada.

(10) Suenens, o. c., p. 184-185. Ver también: E. Garbari, *Profilo religioso-apostólico della Suora oggi*, ed. Ancora, 1965.

(11) Suenens, o. c., p. 99-100.

(12) M. B. I., p. 405.

(13) D. F. Rinaldi, *Strenna* cit.

(14) *Const.*, art. 66.

(15) D. Bosco, *Sistema Preventivo*.

(16) D. B., o. c.

(17) P. Bouquier, *Les pas dans les pas de D. Bosco*, Imprimerie St. Léon, Marseille, 1953, p. 127.

(18) *Const.*, art. 63.

(19) M. B., XVII, p. 16.

(20) Cfr. *Atti del Convegno Nazionale delle Directrici e assistenti: Assistenza e santità salesiana*, L. D. C., Turín, 1962.

El rostro de la salesianidad

«... Según me parece en el Señor, el Instituto necesita Hermanas bien formadas en el espíritu de mortificación y de sacrificio...; Hermanas... de buen carácter, de espíritu honestamente alegre...» (1).

«Redunda en bien mismo de la Iglesia el que todos los Institutos tengan su carácter y fin propios. Por tanto, han de conocerse y conservarse con fidelidad el espíritu y los propósitos de los Fundadores, lo mismo que las sanas tradiciones, pues todo ello constituye el patrimonio de cada uno de los Institutos» (2).

Es difícil definir un “espíritu”, porque es la resultante de un conjunto de elementos que, considerados aisladamente pueden ser comunes, pero que en su acción simultánea caracterizan un modo particular de vivir al cual dan una orientación específica.

En el artículo 2 las Constituciones hablan de las virtudes de la “caridad”, de la “piedad”, de la “dulzura”, del “espíritu de trabajo y de sacrificio” como la forma de la vocación particular de las Hijas de María Auxiliadora.

La equilibrada interacción de estas virtudes, practicadas con un “estilo” particular, el estilo

de Don Bosco, que es estilo de “sencillez” y “modestia”, de sonriente espontaneidad en la “dulzura” y en la “alegría” caracteriza al espíritu salesiano; espíritu que podríamos ver en la síntesis entre este artículo de las constituciones y el cuadro que el Santo nos traza de la Hija de María Auxiliadora, en la magnífica carta del 24 de mayo de 1886.

a) El amor a Dios, la caridad, “primero y máximo de sus compromisos”, debe animar toda la vida de la Hija de María Auxiliadora; ser la razón y el móvil de todas sus obras, sostenerla, guiarla, confortarla.

Y si ese fuego que la anima fuera de veras ardiente, no habría lugar para la tibieza, la mediocridad, el espíritu burgués.

A este ardiente amor a Dios nos impulsa también el *Perfectae caritatis*: “Los que profesan los consejos evangélicos, ante todo busquen y amen a Dios, que nos amó a nosotros primero y procuren con afán fomentar en todas las ocasiones la vida escondida con Cristo en Dios, de donde brota y cobra vigor el amor del prójimo en orden a la salvación del mundo y a la edificación de la Iglesia” (3).

La Hija de María Auxiliadora vivirá así de-

dicada, como Don Bosco, a la búsqueda de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

b) Y puesto que “no se puede amar a Dios sin amar al prójimo —ya que “el mismo precepto que nos impone el amor a Dios nos impone también el amor a nuestro semejante”— Don Bosco augura a sus comunidades religiosas que se conviertan en el reino de la caridad, así “cada casa” será “un paraíso” y se experimentará la verdad de estas palabras del profeta David: Mirad cuán buena y dulce es la unión de los hermanos” (4).

El tema de la caridad es el que más trata Don Bosco en sus conferencias: “Una cosa que yo creo de una importancia verdaderamente extraordinaria, y que es necesario que procuremos que la haya ahora en nosotros y que se conserve siempre, es el amor fraterno... Yo creo poder llamarlo el eje en torno al cual giran las Congregaciones eclesiásticas. Pero, ¿a qué grado debería ascender este amor? Dios Salvador nos lo dice: «Amaos recíprocamente en el modo y con la medida con que yo os he amado a vosotros»”.

Y en las Sagradas Escrituras se nos repite con frecuencia que nos amemos mucho.

Este amor, para ser como se requiere, debe ser de tal modo que el bien de uno sea el bien de todos, el mal de uno el mal de todos. Es necesario que nos sostengamos recíprocamente, que nunca critique uno lo que hace el otro, que no haya nunca ni la mínima envidia.

«A aquél le dan ese cargo, y a mí en cambio no. A aquél lo miran bien mientras a mí nadie me mira. Si hay algo agradable y bueno, le sucede siempre a aquél, mientras en mí nadie piensa». No, fuera estas envidias. El bien de uno debe ser el bien de todos y el mal de uno también el mal de todos.

¿Hay alguien que esté perseguido? Es necesario que nos sintamos perseguidos todos, y lo compadezcamos y ayudemos. ¿Hay alguien enfermo? Debemos estar descontentos como si lo fuésemos nosotros. Promoveremos juntos todo lo bueno, venga de quien venga la iniciativa. Ya se sabe que no todos tienen la misma capacidad, los mismos estudios, los mismos medios. Por tanto, ¡fuerte dosis de amor fraterno en todos!” (5).

Las Reglas descienden a los matices de la caridad, dando particular importancia a la parte positiva y sobre todo llamando la atención sobre el espíritu evangélico de esta virtud: “... to-

das las Hijas de María Auxiliadora anticipense unas a otras en el mutuo respeto; en toda ocasión ayúdense y anímense con demostraciones de benevolencia y «sincera amistad fraterna», prefiriendo, con gusto, las comodidades de las Hermanas a las propias y «buscando la caridad no sólo en los acontecimientos importantes, sino también y sobre todo en las circunstancias ordinarias de la vida» (6).

La caridad triunfa donde muere el egoísmo: el “olvido de sí” (7), que es evangélico “perderse a sí mismo”, es la condición para dilatar el corazón en la comprensión de los demás.

La vida religiosa se basa toda en la caridad, porque ella misma es una generosa expresión de caridad, en su donación a Dios y en su finalidad apostólica y caritativa, de la cual nunca puede prescindir, aun cuando se trate de la forma claustral más separada del mundo.

c) La “*piedad*” debe ser el clima habitual de las Hijas de María Auxiliadora. Una *piedad* litúrgica a través de la cual vivan “intensamente el misterio de Jesucristo”; una *piedad* marcadamente eucarística y mariana que haga de la Misa sacrificio y comunión, “el centro de su jornada” y de María, “la Madre y Maestra” de su

espiritualidad; una *piedad* nutrida en la “*mesa de la Palabra de Dios*”, que ilumine las mentes, fortalezca las voluntades y encienda los corazones de amor divino (8).

Piedad que no consiste tanto en prácticas cuanto en un espíritu que debe animar toda la acción y toda la vida: espíritu de oración que las ayuda a “penetrar íntimamente en la amistad divina y prestar —dóciles al Espíritu Santo— una atención siempre más delicada a la Santísima Trinidad que habita en el alma” (9).

En la vida de la Hija de María Auxiliadora todo debe elevarse a un acto de culto, porque debe ser hecho con el espíritu de Jesús, que es perfecto espíritu de religión hacia el Padre.

Para Don Bosco, la *piedad* es la salvaguardia de la vocación: “Mientras seáis observantes en las prácticas de *piedad*, vuestro corazón estará en buena armonía con todos y se verá a la Hija de María Auxiliadora alegre y contenta de su vocación” (10).

La ruina de las almas religiosas comienza cuando se debilita “el espíritu de *piedad* y cada una se preocupa de buscar sus cosas y no las que son de Jesucristo (Fil., 2, 21)” (11).

Con el sentido de *medida* característico de su realismo espiritual, Don Bosco no multiplica las

prácticas sino que las distribuye en la jornada, para que sean como la sal de ella: "Aunque cada una de estas prácticas, por sí sola, no parezca de gran necesidad, contribuye eficazmente a la mayor solidez del gran edificio de vuestra perfección y de vuestra eterna salvación".

d) El sentido de mesura es dado sobre todo por la "*modestia*", que es sereno control de sí mismo, vigilante reserva en la límpida espontaneidad.

Había sido la primera lección del Padre, Don Bosco, a sus hijas: "Vuestro paso no sea demasiado apresurado ni demasiado lento; y vuestro porte sencillo, modesto y recogido pero sereno y desenvuelto... todo vuestro aspecto os muestre religiosas, es decir consagradas a Dios" (13).

e) La "*dulzura*" tiene principio y raíz en las relaciones filiales con Dios: Dios sentido como Padre en la irradiación de su bondad. Esta bondad se hace comprensión, amabilidad, delicadeza de trato y de palabra en las relaciones con el prójimo: "... procurad ser afables y corteses con toda clase de personas. La mansedumbre es una virtud muy amada por Jesu-

cristo. *Aprended de mí*, dice, *que soy manso*. En vuestras conversaciones y en vuestro trato, usad dulzura" (14).

f) La "*alegría*" es el rostro de la Hija de María Auxiliadora, su fisonomía espiritual.

Irradiación de la gracia que vive en las profundidades del alma; signo visible de su consagración vivida y gozada; sello de su gozosa donación a las almas juveniles.

Don Bosco es el santo de la alegría. El santo que ha enseñado este camino nuevo de la santidad: la alegría. "Nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres". Quien hablaba así, el pequeño Domingo Savio, ha alcanzado realmente la meta de la santidad y ha dado la razón a nuestro Padre.

La alegría, en efecto, es el espíritu evangélico en acto, porque es el espíritu de las bienaventuranzas.

Sus raíces se hunden en el gozo inefable del "Abba, Padre!" de nuestra filiación divina y es una apertura de horizontes sobre el infinito de las indescriptibles y gozosas realidades eternas. La alegría es el testimonio más radiante de una vida cristiana vivida en plenitud y, con mayor razón, de una consagración a Dios que saca su

esencia de un efectivo desposorio con Aquél que es el gozo eterno y perfecto.

g) el “*espíritu de trabajo*” es característico en el Instituto. Es la palabra de orden del Santo Fundador: “¡Trabajo! ¡Trabajo! Cuando un salesiano sucumba y deje de vivir trabajando por las almas, entonces diréis que nuestra Congregación ha alcanzado un gran triunfo y sobre ella descenderán copiosas las bendiciones del Cielo” (15).

Trabajar con el espíritu sobrenatural teniendo siempre ante sí al Padre celestial de quien Jesús ha dicho: “Mi Padre trabaja siempre” (16).

Trabajar en Dios y por Dios. “... no olvidéis jamás que, estando consagradas a Dios, por El sólo debéis trabajar y únicamente de El esperar la recompensa” (17).

Trabajar con “espíritu religioso”, es decir con el espíritu de religión que transforma el trabajo en oración y lo eleva a un acto de culto.

Trabajar con espíritu apostólico, que tiene siempre por meta la gloria de Dios y la salvación de las almas: “La Hijas de María Auxiliadora... estén, pues, siempre dispuestas a trabajar en medio de las niñas y jóvenes con espíritu de servicio” (18).

Trabajar con espíritu penitente, viendo en el trabajo, en la fatiga, en el peso “del terrible cotidiano” un medio de expiación, de redención para sí y para los demás, de restablecimiento del equilibrio roto por el pecado.

h) Al trabajo Don Bosco asocia siempre otra virtud característicamente salesiana: la “*templanza*”. Era una advertencia recibida de lo alto: “Mira, es necesario que hagas imprimir estas palabras, que serán como vuestro *lema*, vuestra *palabra de orden*, vuestro *distintivo*. Anótalas bien (es el misterioso personaje de sus sueños quien habla): *El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación*. Estas palabras las harás explicar, las repetirás, insistirás sobre ellas. Harás imprimir un manual que las explique y haga comprender bien que *el trabajo y la templanza son la herencia que dejas a la Congregación* y, al mismo tiempo, *serán también su gloria*” (19).

El binomio repetido por él: “*Trabajo y templanza*”, “*Templanza y trabajo*”, busca salvar el espíritu de la materialidad de las cosas. Un trabajo que sofoque al espíritu deja de ser un trabajo en el espíritu de Don Bosco. Muchas almas, llevadas por una desenfrenada actividad

natural e impulsadas por un trabajo sin orden y sin medida, vacian el espíritu exteriorizándose en una acción desordenada.

El Señor no necesita nuestro trabajo sino nuestra santidad en el trabajo. Es la advertencia que hace Don Bosco a Don Lemoyne: "Las obras de Dios no necesitan de la ayuda de los hombres" (20).

Para el Santo Fundador Don Bosco, la oración, el trabajo, la templanza, son las columnas que sostienen la vida religiosa de sus Congregaciones: "Mientras los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora se consagren a la oración y al trabajo, practiquen la templanza y cultiven el espíritu de pobreza, las dos Congregaciones harán un gran bien, pero, si por desgracia se debilita el fervor y rehúyen la fatiga y aman las comodidades de la vida, habrán terminado su tiempo y comenzará para ellos la parábola descendente, caerán al suelo y se despedazarán" (21).

i) El espíritu de "*sacrificio*" es espíritu de constante disponibilidad a Dios; espíritu de adoración que reconoce en todo y siempre los supremos derechos de Dios a los cuales debe posponerse todo. Es un vivir constantemente bajo

la espada inmoladora de la divina voluntad, "como una víctima siempre dispuesta al sacrificio" (22).

El "espíritu de sacrificio" es una virtud básica para la Hija de María Auxiliadora.

En la carta-programa donde enumera las virtudes específicas de la verdadera Hija de María Auxiliadora, Don Bosco afirma como primera cosa: "Por lo que yo juzgo en el Señor, el Instituto necesita Hermanas bien formadas en el espíritu de mortificación y de sacrificio, que estén dispuestas a trabajar y sufrir mucho por Jesucristo y por la salvación del prójimo" (23).

Es lo que confirman las Constituciones: "... las Hijas de María Auxiliadora acepten serenamente las fatigas y sacrificios que las hacen capaces de completar en la propia carne lo que falta a los padecimientos de Jesucristo, para el bien de su Cuerpo, que es la Iglesia" (24).

Y cuando sufran, "hallen consuelo y fortaleza en la certidumbre de que el dolor las hace particularmente semejantes a Jesucristo y, en modo singular, partícipes del apostolado que el Instituto desarrolla para contribuir a la salvación del mundo" (25).

Así la Hija de María Auxiliadora, en estilo de sencilla, serena y amable caridad, vive en el

gozoso don de sí misma, a través de la ascética del trabajo, de la templanza, del sacrificio, el misterio redentor del Salvador.

- (1) Carta de Don Bosco, 24 de mayo de 1886.
- (2) P. C., 2b.
- (3) P. C., 6.
- (4) *Man. Reg.*, p. 49.
- (5) M. B., XII, 630-31.
- (6) *Const.*, art. 36.
- (7) *Const.*, art. 37.
- (8) Cfr. *Const.*, art. 50, 51, 52, 59.
- (9) *Const.*, art. 54.
- (10) *Man. Reg.*, p. 54.
- (11) *Man. Reg.*, p. 54.
- (12) *Man. Reg.*, p. 55.
- (13) Maccono, o. c., vol. I, p. 202-203.
- (14) *Man. Reg.*, p. 51.
- (15) M. B., VII, p. 484; XVII, p. 273.
- (16) *Jn.*, 5, 7.
- (17) *Man. Reg.*, p. 66.
- (18) *Const.*, art. 63.
- (19) M. B., XII, p. 466.
- (20) M. B., VII, p. 769.
- (21) M. B., X, p. 651-52.
- (22) D. P. Albera, *Programma spirituale*.
- (23) S. J. Bosco, *Carta*, 24 de mayo de 1886.
- (24) *Const.*, art. 41.
- (25) *Const.*, art. 39.

VI

1. El sello de lo alto
2. La síntesis de una espiritualidad

El sello de lo alto

«Entre todas las Congregaciones y Ordenes religiosas, tal vez la nuestra es la que ha tenido más palabra de Dios» (1).

«Ya desde los comienzos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que... por inspiración del Espíritu Santo... fundaron familias religiosas... De ahí nació, por designio divino, una maravillosa variedad de agrupaciones religiosas, que mucho contribuyó a que la Iglesia... aparezca adornada con la variedad de dones de sus hijos, como esposa engalanada para su marido y por ella se manifieste la multiforme sabiduría de Dios» (2).

El grande e iluminado Pontífice León XIII, en la audiencia concedida en mayo de 1884 a San Juan Bosco, ya casi al término de su activa existencia, exclamaba: “No sois vosotros sino Dios quien obra en vuestra Congregación. Su admirable incremento, el bien que se hace, no tienen razón suficiente en las causas humanas. Dios mismo guía, sostiene, lleva adelante vuestra Congregación.

Decido, escribidlo, predicadlo. Este es el secreto que os ha hecho vencer todos los obstáculos y a todos los enemigos” (3).

Así sellaba el Vicario de Cristo con su autorizada palabra lo que el Santo, conmovido, había declarado repetidamente: "Nuestra Congregación es conducida por Dios y protegida por María Auxiliadora" (4). "Hasta ahora hemos caminado sobre seguro. No podemos errar. Es María quien nos guía" (5).

Y en forma muy solemne y comprometedora había declarado Don Bosco ante los Superiores reunidos en 1876:

"Es necesario que muchas cosas sean conocidas para la mayor gloria de Dios, para la salvación de las almas y para el mayor incremento de la Congregación... Puede decirse que no hay cosa que no haya sido conocida antes. No dio paso la Congregación sin que lo aconsejase algún hecho sobrenatural. Ni cambio ni perfeccionamiento ni ampliación que no haya sido precedido por una orden del Señor.

... Es necesario que las obras de Dios se manifiesten al mundo. Nosotros, por ejemplo, hubiéramos podido escribir todas las cosas que nos sucedieron antes de que ocurriesen, y escribirlas minuciosamente y con precisión. Y varias cosas las había escrito ya para mi norma y consuelo".

Tampoco le faltaron ilustraciones divinas en

lo referente al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Desde julio de 1862 tuvo, como decía él, un "sueño singular". Es el primer anuncio de la idea que le había inspirado la Santísima Virgen sobre la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Se hallaba, en el sueño, paseando con la Marquesa de Barolo, mientras observaba a los jóvenes del Oratorio, "que corrían, saltaban, se divertían alegremente".

La Marquesa, con tono resuelto, le dijo de pronto: "Está muy bien que usted se ocupe de los jóvenes, pero déjeme a mí sola el cuidado de ocuparme de las niñas. Así iremos de acuerdo".

Pero Don Bosco le respondió rápidamente: "¿Acaso Nuestro Señor ha venido al mundo sólo para redimir a los muchachos y no a las niñas?"

"Lo sé —agregó la Marquesa. El Señor los ha redimido a todos."

"Pues bien —concluyó Don Bosco—, yo debo procurar que su Sangre no sea derramada inútilmente tanto por los jóvenes como por las niñas" (7).

La idea, sin embargo, maduró largamente, porque Don Bosco no sentía ninguna propen-

sión natural hacia ella: "Si tuviera que seguir mi inclinación —confesaba— no me ocuparía de esta clase de apostolado; pero temería contrariar un designio de la Providencia si no tomara la cosa en seria consideración" (8).

La Santísima Virgen lo urgía interiormente, y la divina Providencia le iba preparando las colaboradoras en las asociadas a la Pía Unión de las Hijas de la Inmaculada de Mornés.

Lo decidió la palabra del Santo Pontífice Pío IX a cuya consideración sometió la idea: "He pensado en vuestro propósito de fundar una Congregación de religiosas y me ha parecido para la mayor gloria de Dios y bien de las almas. Mi opinión, pues, es que tengan por fin principal hacer por la instrucción y la educación de las niñas lo que los miembros de la Sociedad de San Francisco de Sales hacen en beneficio de los jóvenes" (9).

Una de las razones que impulsaban al Santo era también la expresada a Don Cerruti: "... la revolución se sirvió de las mujeres para hacer un gran mal, y nosotros haremos un gran bien por medio de ellas" (10).

Pero sobre todo lo impulsaba la gratitud hacia la Santísima Virgen: "... quería que el nuevo Instituto fuera un monumento de perenne gra-

titud (a María Auxiliadora) por los singulares favores obtenidos de tan buena Madre" (11).

Pasó entonces a la realización. Reunido el Capítulo, expuso la idea, dando tiempo a los Capitulares para que reflexionaran sobre ella. Y en junio de 1871 se procedió a la votación, que fue unánimemente positiva.

Don Bosco dijo entonces con toda seguridad: "... ahora podemos estar ciertos de que es voluntad de Dios que nos ocupemos también de las niñas" (12).

María Dominga Mazzarello, que debía traducir en acto el pensamiento del Santo, asimilar su espíritu y transmitirlo a la proyectada Congregación, estaba ya en su camino: la misma espiritualidad eucarística y mariana, en la sencillez de la vida y de la acción; las mismas obras, aunque fuera en forma rudimentaria: oratorios, talleres, internados; el mismo método: prevenir y no reprimir; el mismo anhelo: salvar las almas.

El primer encuentro con el Santo en octubre de 1864 fue un encuentro espiritual, uno de aquellos encuentros que se eternizan en Dios: "Don Bosco es un santo, es un santo. ¡Yo lo siento!" (13).

El 5 de agosto de 1872, fiesta de Nuestra Se-

ñora de las Nieves y de la Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor, el Santo dedicaba finalmente su "Monumento vivo" a María Auxiliadora, templo de piedras vivas, con la primera Vestición y Profesión religiosa de las Hijas de María Auxiliadora.

El acta de aquel gran acontecimiento, desarrollado en la mayor sencillez, anota: "Hay un cúmulo de circunstancias que demuestran una especial providencia del Señor sobre este nuevo Instituto" (14).

Otras ilustraciones celestiales iluminaron al Santo en torno al desarrollo del Instituto. En diciembre de 1881, un sueño le muestra el crecimiento y la multiplicación de las casas de las Hijas de María Auxiliadora, simbolizadas en las "castañas" recogidas por una "mujer" misteriosa.

La reanudación del sueño tras un brusco despertar le muestra en cambio la selección que debe hacerse de las vocaciones. Ahora las "castañas" no son ya las casas sino las mismas Hijas de María Auxiliadora.

Algunas, pocas, están dañadas y la Santísima Virgen advierte a Don Bosco: "Hay que apartarlas, para que no dañen a las sanas...".

"... Es necesario alejar a las que no son buenas

y no tienen el espíritu de la casa, porque las roe el gusano de la soberbia y de otros vicios. Y esto especialmente si se trata de postulantess".

Otras son buenas aparentemente, pero la Virgen le pone en guardia: "¿Crees tú que las restantes sean todas buenas? ¿No habrá algunas que tengan el gusano dentro, sin que se vea por fuera?".

Y le sugiere "ponerlas a la prueba de las Reglas". Esta prueba confirmará "quién tiene o no tiene el espíritu de Dios. Esta es una prueba mediante la cual difícilmente se equivoca un atento observador".

El "sueño" dura una semana entera, agregando siempre nuevas luces: "Está atento a las castañas dañadas y a las vanas. Haz la prueba y ponlas en el agua dentro de la olla. La prueba es la obediencia.

... Mira también que las buenas, cuando estén cocidas y limpias... te parecerán muy blancas. Y sin embargo, observa bien. Algunas son dobles. Abrelas y verás en el centro otra película y allí está escondido lo amargo".

La Santísima Virgen quiere que su Congregación sea verdaderamente "alabanza de su gloria" y por consiguiente indica a Don Bosco

los sujetos que podrían dañar su espíritu (15).

Muy consoladora fue la última ilustración recibida sobre el Instituto, y ya no en "sueño" sino en verdadera y propia visión.

En la última visita del Santo a la Casa-Madre de Nizza Monferrato, el 23 de agosto de 1885, pidiéndole las Madres que les dirigiese una palabra particular, les dijo:

"¡Oh! Conque queréis que os diga alguna cosa. ¡Si pudiera hablar, cuántas cosas os diría! Pero soy viejo, viejo decrépito como veis. Tengo dificultad hasta para hablar.

Quiero deciros sólo que la Virgen os quiere mucho, muchísimo. Y sabed, ¡Ella se encuentra aquí en medio de vosotras!"

El secretario trata de dar otra interpretación a las palabras del Santo, pero Don Bosco repite con fuerza:

"¡No, no! Quiero decir que la Santísima Virgen está verdaderamente aquí, aquí en medio de vosotras! La Virgen pasea por esta casa y la cubre con su manto."

Y extendía los brazos, leventaba los ojos llenos de lágrimas y parecía querer persuadir a las Hermanas de que veía a la Virgen andar de acá para allá, como en su propia casa y que toda ésta se hallaba bajo su protección" (16).

- (1) M. B., XVII, 305.
- (2) P. C., 1.
- (3) M. B., XVII, p. 100.
- (4) M. B., XVIII, p. 531.
- (5) M. B., XVIII, p. 439.
- (6) M. B., XII, p. 69.
- (7) M. B., VII, p. 217-218.
- (8) M. B., X, p. 594.
- (9) M. B., X, p. 599.
- (10) M. B., X, p. 600.
- (11) M. B., X, p. 600.
- (12) M. B., X, p. 597.
- (13) M. B., X, p. 588.
- (14) Maccono, o. c., p. 122.
- (15) M. B., XV, p. 364-366.
- (16) M. B., XVII, p. 557 y 218.

La síntesis de una espiritualidad

El escudo del Instituto es una bella síntesis de la espiritualidad de la Hija de María Auxiliadora.

El Espíritu Santo, figurado por la mística paloma, domina desde lo alto como la fuente que a todo da vida, como el regulador supremo del ser y del obrar de la Hija de María Auxiliadora.

El, con sus dones, es el principio activo del organismo sobrenatural, y con su presencia operante asegura la primacía de la vida sobrenatural.

Por eso esta vida debe predominar y regular la actividad apostólica de la Hija de María Auxiliadora, llevándola a realizar en sí —según la feliz expresión del Siervo de Dios Don Rinaldi— la “contemplación operante y el éxtasis de la acción”.

Toda santidad y todo apostolado proceden del divino Espíritu. De El brotan aquellos “ríos de agua viva” de que habla Jesús en el Evangelio (1).

El es el Espíritu santificador cuya primordial obra divina es la formación de Cristo en las almas.

Esta obra la realiza el Espíritu de amor con María. Y he aquí, bajo la sombra santificadora del Espíritu Santo, a María Santísima Auxiliadora, cuya presencia en el escudo pregona el carácter mariano de la Congregación.

Donde está el Espíritu Santo allí está María. Donde está María, allí está el Espíritu Santo: “*Spiritus Sanctus superveniet in te!*”. Su indivisible unión sirve para la realización de los fines de aquel inefable misterio que es la Encarnación mística del Verbo de Dios en cada alma y el acrecentamiento del Cuerpo místico de Cristo: la santidad sustancial de las almas y de la Iglesia.

En este ambiente sobrenatural no pueden faltar las tres virtudes teologales. El escudo las expresa con símbolos: una estrella, la fe; un ancla, la esperanza; un corazón, la caridad.

La espiritualidad de la Hija de María Auxiliadora debe radicarse en una intensa vida sobrenatural cuyos cimientos son las virtudes teologales.

También en el “sueño” de los “diez diamantes” (2), los que simbolizaban la fe, la espe-

ranza y la caridad aparecían ante la mirada sorprendida de Don Bosco “de tamaño y esplendor extraordinario”. Brillaban sobre el pecho del misterioso personaje como los que deben dominar la vida espiritual.

Efectivamente, la fe es el fundamento mismo de nuestras relaciones con Dios. Cuanto más viva es, mediante la caridad, más entra Dios en nuestra vida hasta convertirse en la única gran realidad por la cual se obra y se vive.

Por ella, la Hija de María Auxiliadora “vive ya en la tierra a la luz de la fe, las realidades que un día vivirá a la luz de la visión de Dios” (3) y entonces verá todas las cosas en dependencia de Dios y ordenadas por El; lo juzgará todo según su verdad infalible, creará en su gobierno sabio y amoroso.

La esperanza es la gran fuerza que sostiene, afianzándonos en Dios, nuestra posesión y nuestra bienaventuranza eterna, de la cual podemos gozar anticipadamente en la caridad y en la gracia.

Virtud eminentemente operativa, de perspectivas eternas y escatológicas, la esperanza que sostiene en las fatigas y en las penas de este destierro, infundiéndonos la certeza de la omnipotencia y providencia divinas. Certeza que,

más allá de nuestras pobres obras, aunque sean necesarias, se basa toda en las promesas de una Persona divina, Jesús, que nos ha amado y se ha entregado por nosotros: “Sé de quien me ha fiado” (4).

Las Hijas de María Auxiliadora, “asociadas en tal forma al misterio pascual y sabiendo que «los sufrimientos de la vida presente no son comparables con la gloria venidera» que en ellas se ha de manifestar, transitan entre las vicisitudes de este mundo con los ojos y el corazón fijos donde están los verdaderos goces” (5).

Cuanto más se dilata el alma en la esperanza, en la confianza en Dios, más se abre a su acción santificadora.

La caridad, participación creada de la infinita y eterna caridad de Dios, nos hace entrar en el inefable círculo de amor de la vida trinitaria. Es decir, nos introduce en el movimiento de amistad incomparable que existe en el seno de la Santísima Trinidad; nos lanza al centro mismo de la vida íntima de Dios.

“De tal modo, por medio de la caridad que el Espíritu Santo ha infundido en nuestros corazones, toda Hija de María Auxiliadora permanece en Dios, y Dios Uno y Trino, que es Caridad, habita en ella” (6).

Esta inhabitación divina, esta divina amistad, exige una tendencia continua a conformar nuestros pensamientos, voluntad y deseos a los de Dios, realizando así esa unión con El y esa transformación en su voluntad que es toda la santidad.

Cuanto mayormente vivan y obren la fe, la esperanza y la caridad en las almas, tanto más intensa será la vida sobrenatural, principio, raíz y fuente de toda santificación.

El Espíritu Santo, la Santísima Virgen, las virtudes teologales con su riqueza sobrenatural, son la nota dominante en el escudo de nuestro Instituto. Deben, pues, ser también la nota dominante en nuestra vida y en nuestra espiritualidad.

Sin un profundo sentido sobrenatural, sin una intensa vida divina, la espiritualidad de la Hija de M.^a Auxiliadora corre el riesgo de quedar vacía y convertirse en una vida estéril e infecunda.

Entre las virtudes morales, dos ocupan el campo en el escudo y se simbolizan en las dos flores que se alzan gigantescas del bosque: el lirio y la rosa.

El lirio es la virtud que debe caracterizar a los hijos y a las hijas de Don Bosco: la pureza. También en el "sueño de los diez diamantes"

esta virtud tiene un atractivo especial por el "esplendor" de luz que irradia. Una Congregación nacida bajo el signo de María no puede dejar de ser una floración de almas puras.

La rosa es la expresión de la entrega apostólica a las almas, en la amabilidad que deseaba Don Bosco. Entrega que no conoce restricciones, porque la Hija de María Auxiliadora es esposa de Cristo en las almas.

El bosque es símbolo y recuerdo del Fundador Don Bosco.

La Hija de María Auxiliadora que quiera ser fiel a su vocación debe estar "arraigada" en Don Bosco, en su espíritu, en su método, en sus directrices, contenidas en las Reglas.

El lema "*Da mihi animas, coetera tolle*" consagra la actividad apostólica del Instituto e inspira, crea y anima, en las Constituciones y en los Reglamentos, la vida de la Hija de María Auxiliadora.

El alma salesiana, como la define la Regla en su verdadera fisonomía, está aquí: salvar las almas juveniles, salvar el mayor número de almas.

Pero el "*da mihi animas*" está condicionado por el "*coetera tolle*".

La Hija de María Auxiliadora cuanto más

se despoja y se desprende de sí misma y de todo lo que no es Dios, tanto más se abre al amor a Dios y a las almas.

Las líneas de esta espiritualidad, que el escudo del Instituto recoge en una síntesis simbólica, las fija el Siervo de Dios Don Rinaldi en este programa: "La Hija de María Auxiliadora procure ser como él (Don Bosco) un alma totalmente unida a Dios y llena de bondad, con la viveza de la fe animadora de todos sus pensamientos, palabras y obras, con una presencia de Dios casi sensible, con una confianza íntima en El; con el pensamiento del Paraíso, que hace leves las fatigas y penas de la vida; con el fuego del amor de Dios y el deseo de encenderlo en todas las almas, y con un empeño de superación que transfigura el alma en el único Modelo divino según el cual se han formado y se formarán todos los santos y las santas del cielo y de la tierra" (7).

(1) Jn., 7, 38.

(2) M. B., XV, p. 183-87.

(3) *Const.*, art. 32.

(4) *II Tim.*, 1, 12.

(5) *Const.*, art. 33.

(6) *Const.*, art. 34.

(7) D. Rinaldi, 24 de noviembre de 1928.

PATRIMONIO SALESIANO

NB. Algunos de estos documentos han sido tomados de las Memorias Biográficas de S. Juan Bosco y del Epistolario, como se indica en el lugar correspondiente. Los demás se hallan depositados en el Archivo General del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

PRIMERA PREDICACION DE DON BOSCO

A LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA

5 de agosto de 1872

Vosotras sufrís, y yo veo con mis propios ojos que todos os persiguen, se burlan de vosotras, y vuestros mismos parientes os dan la espalda. Pero no debéis sorprenderos. Antes bien, yo me sorprendo de que no hagan peor. El padre de Francisco de Asís hizo mucho más contra su santo hijo. Y vosotras os haréis santas, y con el tiempo podréis hacer un gran bien a muchas otras, si os conserváis siempre humildes y mortificadas.

Entre las plantas pequeñas de que la Escritura habla a menudo, está el nardo. Vosotras decís en el oficio de la Santísima Virgen: “¡Mi nardo ha exhalado un suave perfume!” Pero, ¿sabéis cuándo sucede esto? El nardo exhala su perfume cuando es bien pisoteado.

No os duela, mis queridas hijas, que el mundo os maltrate así ahora.

Tened ánimo y consolaos, porque sólo de esta

manera llegaréis a ser capaces de hacer alguna cosa en la nueva misión.

El mundo está lleno de lazos, pero si vivís según vuestra nueva condición, pasaréis incólumes y podréis hacer un gran bien a las almas vuestras y a las de vuestro prójimo.

ULTIMA PREDICACION DE DON BOSCO

A LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA EN NIZZA MONFERRATO

23 de agosto de 1885

Esta mañana he tenido el placer de distribuir las cruces, y hubiera deseado distribuir todavía muchas más. Pero algunas la tienen ya y otras la recibirán después.

Os recomiendo que todas queráis llevarla gustosas y no pretendáis llevar la cruz que deseamos nosotros sino la que quiere la santa voluntad de Dios. Y llevarla alegremente, pensando que así como pasan los años pasa también la cruz, y por consiguiente digamos: “¡Oh, cruz bendita, ahora tú pesas un poco pero este tiempo será breve y será esta cruz la que nos haga ganar una corona de rosas para la eternidad.

Tened esto bien en la mente y en el corazón, y decid frecuentemente con San Agustín: “¡Oh, cruz santa, haz que yo sude llevándote aquí en la tierra con tal de que después de llevar la cruz venga la gloria!”.

Sí, hijas mías, llevemos la cruz con amor y no la hagamos pesar sobre los demás, antes bien, ayudémosles a llevar la propia. Decíos a vosotras mismas: Ciertamente, yo seré cruz para los demás, como los demás son a menudo cruz para mí; pero yo quiero llevar mi cruz y no quiero ser cruz para los demás.

Y notad bien que al decir “cruz” no entiendo hablar sólo de aquella cruz ligera que he distribuido esta mañana. Sino que entiendo precisamente decir aquella cruz que manda el Señor y que, generalmente, contraría nuestra voluntad, y no falta nunca en esta vida, en especial a vosotras, Maestras y Directoras, que os ocupáis particularmente también de la salvación de los demás.

Esta tribulación, este trabajo, esta enfermedad que, aunque ligera, es también cruz, quiero llevarla alegremente y con gusto porque es precisamente la cruz que el Señor me manda.

A veces se trabaja mucho y se contenta poco a los demás. Pero trabajad siempre por la glo-

ria de Dios, y llevad siempre bien vuestra cruz, porque así agrada al Señor. Es cierto, habrá espinas, pero espinas que después se cambiarán en flores y éstas durarán por toda la eternidad.

Pero diréis: ¡Don Bosco, déjenos un recuerdo! ¡Qué recuerdo puedo dejaros yo?... Aquí está. Os dejaré uno que podría también ser el último que recibáis de mí. Puede suceder que volvamos a vernos, pero como veis, yo estoy viejo, soy mortal como todos los demás, y por consiguiente no podré durar mucho.

Os dejaré, pues, un recuerdo que nunca os arrepentiréis de haber practicado: Haced el bien, haced buenas obras, luchad, trabajad mucho por el Señor, y todas con buena voluntad. No perdáis tiempo, haced bien, haced mucho bien, y nunca os arrepentiréis de haberlo hecho.

¡Queréis otro recuerdo? ¡La práctica de la santa Regla! Poned en práctica vuestra santa Regla y yo os repito una vez más que nunca os arrepentiréis.

Nuestras Reglas, ved, queridas hijas, son infalibles y nos procuran muchos beneficios, pero el más importante entre todos es la seguridad de vuestra alma. No os sorprenda la palabra "infalible", porque estando aprobadas nuestras

Reglas por el Sumo Pontífice, que es infalible, cada artículo de las Reglas aprobadas por él es infalible.

Leedlas, meditadlas, procurad entenderlas bien y practicarlas. Y haced esto especialmente si sois Directoras o Maestras o tenéis algún cargo entre los externos.

¡Yo rezaré siempre por vosotras! En la santa Misa hago siempre una oración especial para vosotras, porque siento que sois mis hijas queridas en el Señor, pero procurad vosotras, en cuanto podáis, practicar vuestras Reglas.

Su observancia os hará tranquilas en el tiempo y felices en la eternidad; consolará a vuestras Superiores y será una satisfacción grande para vuestro pobre Don Bosco. Cuando se sabe que todas las Reglas son practicadas en todas las Casas, entonces se puede vivir tranquilo y plenamente satisfecho.

Don Bosco, como sabéis, no puede estar siempre aquí con vosotras, pero recordadlo bien: con la oración él os acompaña siempre y por doquiera. Y cuando practicáis vuestras Reglas, vosotras contentáis y seguís la voluntad de Dios y la de Don Bosco.

Estad alegres, mis queridas hijas, sanas y santas y andad siempre de acuerdo entre vos-

otras. Y aquí tendría necesidad de comenzar de nuevo a hablaros, pero ya estoy cansado y debéis contentaros con esto.

Y cuando escribáis a vuestros familiares, saludadlos a todos de parte de Don Bosco, y decidles que Don Bosco reza siempre, y de modo especial, por ellos, para que el Señor les bendiga, prosperen sus intereses y se salven, para que puedan ver en el cielo a las hijas que han dado a mi Congregación, tan querida a Jesús y a María como la de los Salesianos.

Todo esto redunde en gloria de Dios y sea también para nuestra eterna salvación.

¡Rezad por vuestro Don Bosco, por el Papa y por la Iglesia!

Ahora recibid mi bendición y la de María Auxiliadora. Os la doy para que podáis cumplir las promesas que habéis hecho en estos días de los santos Ejercicios espirituales.

“LA VIRGEN ESTA AQUÍ”

PALABRAS DE DON BOSCO A LAS SUPERIORAS

Nizza Monferrato, 23 de agosto de 1885

Antes de retirarse, Don Bosco accedió a las instancias de quien le suplicaba que dirigiese

una palabra especial a las capitulares. Con Don Bonetti a su lado, entró en el locutorio donde las Madres esperaban ansiosas de tanta gracia, y les dijo:

“¡Oh, conque queréis que os diga algo! Si pudiera hablar, ¡cuántas cosas quisiera deciros! Pero estoy viejo, viejo decrépito, como veis. Me cuesta trabajo hasta hablar. Quiero deciros sólo que la Virgen os quiere mucho, muchísimo. Y sabedlo, ella se encuentra aquí en medio de vosotras.”

Entonces Don Bonetti, viéndole tan conmovido, le interrumpió y dijo únicamente por distraerle:

“¡Sí, así es, así es! Don Bosco quiere decir que la Virgen es vuestra Madre y que os mira y protege.”

“No, no —le interrumpió el Santo—, quiero decir que la Santísima Virgen está precisamente aquí, en esta casa, y que está contenta de vosotras, y si continuáis con el espíritu de ahora, que es el que desea la Virgen...”

El buen Padre se enternecía aún más y Don Bonetti tomó otra vez la palabra:

“Sí, así, así es! Don Bosco quiere decir que, si sois buenas, la Santísima Virgen estará contenta de vosotras.”

“No, no —se esforzaba por explicar Don Bosco, tratando de dominar su emoción—, quiero decir que la Virgen está verdaderamente aquí, aquí en medio de vosotras. La Virgen pasa por esta casa y la cubre con su manto.”

Y así diciendo, extendía los brazos, levantaba los ojos llenos de lágrimas y parecía querer persuadir a las Hermanas de que veía a la Virgen allí, de un lado a otro como en su casa, y que toda ésta se hallaba bajo su protección.

CARTA-TESTAMENTO DE DON BOSCO

Mis queridos y amados hijos en J. C., antes de partir para la eternidad debo cumplir con vosotros algunos deberes y satisfacer así un vivo deseo de mi corazón.

Ante todo os agradezco con el más vivo afecto del alma por la obediencia que me habéis prestado y por cuanto habéis trabajado para sostener y propagar nuestra Congregación.

Os dejo aquí en la tierra, pero sólo por poco tiempo. Espero que la infinita misericordia de Dios hará que podamos encontrarnos todos un día en la bienaventurada eternidad.

Os recomiendo no llorar mi muerte. Esta es

una deuda que todos debemos pagar, pero después será grande la recompensa a toda fatiga soportada por amor a nuestro Maestro, nuestro buen Jesús.

En lugar de llorar, tomad firmes y eficaces resoluciones de permanecer seguros en vuestra vocación hasta la muerte.

Velad, y haced que ni el amor del mundo ni el afecto a los parientes ni el deseo de una vida más cómoda, os muevan al gran despropósito de profanar los sagrados votos y transgredir así la profesión religiosa con la cual nos hemos consagrado al Señor.

Si me habéis amado en el pasado, continuad amándome en el porvenir con la exacta observancia de nuestras Constituciones.

Vuestro primer Rector ha muerto. Pero nuestro verdadero Superior, Cristo Jesús, no morirá. El será siempre nuestro Maestro, nuestro Guía, nuestro Modelo. Pero recordad que a su tiempo, El mismo será nuestro Juez y Remunerador de la fidelidad en su servicio.

Vuestro Rector ha muerto pero será elegido otro que cuidará de vosotros y de vuestra eterna salvación. Escuchadle, amadle, obedecedle, rezad por él como habéis hecho por mí.

Adiós, queridos hijos, adiós. Os espero en el

Cielo. Allí hablaremos de Dios, de María, Madre y amparo de nuestra Congregación. Allí bendiciremos eternamente a nuestra Congregación, la observancia de cuyas Reglas contribuyó poderosa y eficazmente a salvarnos.

Sit nomen Domini benedictum ex hoc nunc et usque in saeculum. In Te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.

Sac. JUAN BOSCO

PALABRAS DE S. MARIA MAZZARELLO

EN SU LECHO DE MUERTE

A la Madre Asistente, que le preguntaba si no tenía algún consejo que dar a sus hermanas y a ella, respondió:

“Procurad amaros; conservaos siempre unidas. Nunca os alegréis ni os afijáis demasiado por cuanto pueda sucederos de alegre o triste... Alegraos siempre en el Señor.

Hace un mes, cuando regresé de Francia, hicisteis muchas fiestas... yo decía que era demasiado... y ahora ved a dónde van a terminar las fiestas... Apeguémonos sólo al Señor. Conservad siempre la igualdad de humor y no dejéis entrar al mundo en casa.”

Hizo una pausa. Después de un momento de silencio, al salir de un ligero desvanecimiento, para escuchar su última voluntad, el Director le preguntó:

“Madre, si tenéis algún aviso que dar a vuestras hijas, ellas lo esperan.”

La Superiora miró en torno suyo y dijo:

“Tres cosas tendría que deciros a vosotras, las del Capítulo, que sois las mayores... quisiera que estuvieran aquí todas las mayores...”

“Aquí estamos, Madre. Aquí estamos.”

“Vosotras deseáis que os dé un consejo y yo os lo doy con gusto. Os recomiendo, ante todo, a las Hijas de las otras casas, especialmente las más lejanas... las de Bronte, de Catania, de América. Saludadlas de mi parte cuando yo ya no esté... Decidles a todas que rezaré por ellas... Os recomiendo después a mi sobrinita... mirad que nunca tenga que salir de esta casa...”

A vosotras, he aquí tres avisos que os pido no olvidar... En primer lugar... temo que cuando yo no esté, surjan entre vosotras celos... envidia... por la influencia que alguna pueda adquirir sobre las demás... al verse pospuesta a una compañera más joven... En fin, que haya en la casa ese espíritu unido que hace reinar la caridad.

Mientras estaba entre vosotras este pobre andrajo que vigilaba, no había estas miserias... Ahora estáis muy en peligro... sé que nuestra Congregación es de la Virgen y que ésta es nuestra prenda para el porvenir... La Santísima Virgen os ayudará mucho, estad tranquilas... Obedeced, pues, a quien los Superiores destinen para dirigiros... ¡abajo ese deseo de mandar!...

Os recomiendo la unión entre vosotras. Amaos, amaos unas a otras. Apoyaos siempre. No dejéis entrar al mundo en casa.

En segundo lugar... procurad también ayudaros todas recíprocamente en el espíritu... Pero dejad la dirección a quien os guía, a quien tiene el deber de determinar las normas...

No tantas conferencias particulares... Hágalas sólo la encargada de hacerlas... ¡Conferencias, no! ¡Conferencias! Catecismo debe ser, catecismo... Instruíos también en éste, de otro modo vendrán las divisiones de espíritu... No coloquios diarios...

Tengo todavía una cosa que decir... pero ya no tengo fuerzas... No sé explicarme... Si pudiera decir con palabras todo lo que siento aquí dentro... revelar un pensamiento que me brilla tan vivo en la mente... Pero estoy demasiado cansada... no puedo explicarme...".

El Director tomó entonces la palabra: "Pues bien, descansad un momento y después hablaréis".

Y la Madre: "No soy capaz de explicarme... pero si pudiera... querría decir... Pero no puedo... Soy una ignorante".

Y quedó como adormecida durante unos minutos. Luego se despertó de nuevo.

"Madre —observó el Director —tenéis todavía que dar el tercer aviso. Decid sólo a qué se refiere... Yo os entiendo... y lo explicaré a la Comunidad."

"¡Ah, sí!... quisiera decir... si fuera capaz... Recuerden las Hijas que, viniendo acá dentro y abandonando el mundo, no se fabriquen acá dentro otro mundo semejante al que han dejado... No son cosas graves, pero son las que impiden la perfección... ciertas envidias, ciertas desavenencias, soberbias, apegos... Y no piensan en el fin por el cual han venido a la Congregación."

Y aquí se volvió al crucifijo: "¡Querido Esposo Celestial!... y después dicen que os quieren sólo a Vos... ¡Ah, si os conocieran como yo os conozco ahora...! (Maccono, *Santa Maria Mazzarello*, vol. II, pp. 349-352.)

SUEÑO DE LA PÉRGOLA DE ROSAS

Un día del año 1847, habiendo meditado mucho sobre el modo de hacer el bien, especialmente en beneficio de la juventud, se me apareció la Reina del Cielo y me condujo a un jardín encantador. Allí había una rústica pero bellísima y amplia galería construida en forma de vestíbulo.

La adornaban plantas trepadoras que formaban las columnas. Y las ramas riquísimas de hojas y de flores, que tendían en lo alto sus copas unas hacia otras y se entrelazaban, extendían por encima de la galería un gracioso cortinaje.

Esta galería conducía a una hermosa avenida sobre la cual se extendía una pérgola encantadora a la vista, que estaba bordeada y cubierta de maravillosos rosales en plena floración. El suelo estaba cubierto de rosas.

La Santísima Virgen me dijo: "¡Quítate el calzado!" Y cuando me descalcé, agregó: "Sigue adelante por aquella pérgola. Ese es el camino que debes recorrer".

Me sentí contento de haberme descalzado porque me hubiera dolido pisar aquellas rosas, tan hermosas eran. Y comencé a caminar. Pero

enseguida sentí que aquellas rosas ocultaban espinas agudísimas y mis pies sangraban. Así que después de unos pocos pasos me vi obligado a detenerme y después a retroceder.

"Aquí se necesita el calzado" —dije entonces a mi guía.

"Ciertamente —me respondió— se necesita buen calzado."

Me calcé y me puse de nuevo en camino con cierto número de compañeros que habían aparecido en ese momento pidiendo caminar conmigo. Me siguieron bajo la pérgola, que era de una belleza increíble, pero al avanzar me iba pareciendo estrecha y baja.

Muchos ramos caían de lo alto y subían de nuevo como festones. Otros descendían perpendicularmente sobre el sendero. De los troncos de los rosales, otros ramos se extendían acá y allá, a intervalos, horizontalmente. Otros, formando a veces un seto espeso, invadían una parte del camino. Otras ramas serpenteaban a poca altura del suelo. Pero todas las ramas estaban llenas de rosas y yo no veía más que rosas a los lados, rosas encima, rosas delante de mis pasos.

Mientras sentía todavía vivos dolores en los pies y me contorsionaba, tocaba las rosas acá

y allá, y sentía que bajo ellas se ocultaban espinas aún más punzantes.

Sin embargo seguí adelante. Mis piernas se enredaban en los ramos tendidos por el suelo y las espinas me herían. Apartaba una rama que me impedía el paso o para esquivarla rozaba la enramada y me punzaba y sangraban no sólo mis manos sino todo el cuerpo. Las rosas colgantes ocultaban también gran cantidad de espinas que se me clavaban en la cabeza. A pesar de eso, animado por la Santísima Virgen, continué el camino. Pero de cuando en cuando sentía punzadas más agudas que me causaban un espasmo aún más doloroso.

Entre tanto, todos, y eran muchísimos, los que me observaban caminar bajo aquella pérgola, decían: “¡Oh, Don Bosco camina siempre sobre las rosas! Va adelante tranquilo, todo le va bien”. Pero no veían las espinas que laceraaban mis miembros doloridos.

Muchos clérigos, sacerdotes y laicos invitados por mí, habían comenzado a seguirme festivos, halagados por la belleza de aquellas flores. Pero cuando se dieron cuenta de que debían caminar sobre punzantes espinas y que éstas brotaban de todas partes, empezaron a gritar, diciendo: “¡Nos han engañado!”.

Yo respondí: “Quien quiera caminar deliciosamente sobre las rosas, vuélvase. Siganme otros”.

No pocos retrocedieron. Recorrido un buen trecho, me volví para dar una mirada a mis compañeros. Pero cuál fue mi dolor cuando vi que una parte de éstos había desaparecido y otra me había vuelto ya las espaldas y se alejaba. Volví yo también atrás para llamarlos, pero inútilmente, porque ni siquiera me escuchaban.

Entonces comencé a llorar copiosamente y a quejarme, diciendo: “¿Es posible que yo deba recorrer solo este camino tan fatigoso?”.

Pero me consolé pronto. Veía avanzar hacia mí a una multitud de sacerdotes, de clérigos, de seculares, que me dijeron: “Aquí estamos; somos todos suyos, prontos a seguirle”.

Precediéndoles, reanudé el camino. Sólo algunos se desanimaron y se detuvieron, pero gran parte de ellos llegó a la meta.

Recorrida aquella galería de rosas en toda su longitud, me encontré en otro jardín amenísimo, donde me rodearon mis pocos seguidores, enflaquecidos, despeinados, sangrantes.

Entonces se alzó una fresca brisa y a aquel soplo todos sanaron. Sopló otro viento y como

por encanto me encontré rodeado por una multitud inmensa de jóvenes y clérigos, de laicos, coadjutores y también de sacerdotes, que se pusieron a trabajar conmigo guiando a aquella juventud. A varios los conocí de fisonomía, a muchos no los conocía todavía.

Mientras tanto, habiendo llegado a un sitio elevado del jardín, vi ante mí una construcción monumental, sorprendente por su artística magnificencia.

Pasé el umbral y entré en una sala espaciosa de tal riqueza que ningún palacio del mundo puede gloriarse de tener una igual. La adornaban, y cubrían también el pavimento, rosas fresquísimas y sin espinas que exhalaban suavísima fragancia.

Entonces la Santísima Virgen, que había sido mi guía, me preguntó: ¿Sabes qué significa lo que ves ahora y lo que has visto antes?"

"No —respondí—. Le ruego que me lo explique."

Entonces Ella me dijo: "El camino que recorriste entre las rosas y las espinas, significa el cuidado que debes tener de la juventud. Tú debes caminar por él con el calzado de la mortificación."

Las espinas del suelo representan los afectos

sensibles, las simpatías o antipatías humanas, que distraen al educador de su verdadero fin, le detienen en su misión, le impiden avanzar y recoger coronas para la vida eterna.

Las rosas son símbolo de la caridad ardiente que debe distinguirte a ti y a todos tus coadjutores. Las otras espinas significan los obstáculos, los padecimientos, los disgustos que os tocarán. Pero no perdáis el valor: con la caridad y con la mortificación, lo superaréis todo y llegaréis a las rosas sin espinas".

Apenas la Madre de Dios terminó de hablar, volví en mí y me hallé en mi alcoba. (M. B. III, páginas 32-36.)

EL SUEÑO DE LAS CASTAÑAS

31 de diciembre de 1881

El año 1881 se cerró con un bello regalo del cielo para las Hijas de María Auxiliadora.

El último día de diciembre, Don Bosco tuvo en su Instituto un "sueño" que narró a Don Lemoyne y del cual tomó nota inmediatamente, como solía hacer con todo lo referente al

venerado Padre. Al exponer el sueño seguimos esos apuntes.

Pareció a Don Bosco que iba recogiendo castañas por un castañar cerca de Castelnuovo. Había muchas, y hermosas y grandes, esparcidas por el terreno herboso.

Mientras él no se preocupaba de otra cosa, he aquí que aparece una mujer, que se le acerca, recogiendo castañas también ella y colocándolas en una cesta. Don Bosco se sintió molesto al ver que esa mujer se tomaba la libertad de recoger castañas en aquel campo ajeno, y dirigiéndole la palabra, le preguntó:

—¿Con qué derecho ha venido usted aquí? No entiendo cómo se atreve a venir a recoger castañas en mi campo.

—¿Y qué? —respondió ella—. ¿No tengo ese derecho?

—Me parece que aquí yo soy el dueño, y ésta es propiedad mía.

—Así será, pero yo recojo castañas también para ti.

La mujer hablaba sin cesar de recoger y con acento tan resuelto, que Don Bosco consideró mejor no insistir y siguió recogiendo castañas también. Cuando ambos tuvieron sus cestas llenas, la mujer llamó a Don Bosco y le preguntó:

—¿Sabes cuántas castañas hay aquí dentro?

—Es bien extraña la pregunta que me hacéis.

—Responde. ¿Sabes cuántas hay?

—Ciertamente no lo sé. ¡Yo no soy un adivino!

—Entonces te lo diré yo.

—Bien, ¿cuántas hay?

—Quinientas cuatro.

—¿Quinientas cuatro?

—Precisamente. ¿Y sabes lo que simbolizan estas castañas?

—¿Qué cosa?

—Las casas de las Hijas de María Auxiliadora. Tantas serán las casas fundadas por tus hijas.

Mientras decía esto, se alzó un clamor de hombres furiosos. Eran voces como de borrachos. Se sentía que los vociferadores avanzaban por entre los árboles.

Don Bosco huyó asustado y la mujer corrió tras él, hasta que se detuvieron en una playa. Seguir adelante no se podía.. Volver atrás no había ni que pensarlo.

Don Bosco se sentía sobre ascuas. Entretanto aquellos hombres se acercaban con gran alboroto y pisoteando rabiosamente las castañas que habían quedado en el suelo.

Aquí Don Lemoyne comenta: "Quizá las vocaciones impedidas principalmente a causa de la guerra contra las casas de nuestras hermanas, o mejor, la suerte de las que quedan en medio del mundo".

A tal alboroto, Don Bosco despertó, pero poco después se reanudó el sueño y comenzó a soñar de nuevo. Le parecía que estaba sentado a la orilla de un río. A poca distancia se sentaba también la mujer con su cesta llena de castañas. A lo lejos resonaban todavía los gritos de aquellos energúmenos. Parecía que se fueran, caminando al otro lado de la colina, pero fue cosa de breves instantes.

Don Bosco no apartaba los ojos de aquellas castañas, que eran realmente hermosas y grandes. Sólo que, observándolas mejor, notó que varias tenían un agujerito hecho por el gusano.

—¡Oh, mirad! —dijo a la mujer—. ¿Qué haremos con estas agusanadas?

—Hay que desecharlas, para que no dañen a las sanas... Hay que alejar a las hijas que no son buenas y no tienen el espíritu de la casa, porque las roe el gusano de la soberbia o de otros vicios. Y esto especialmente si se trata de postulantes.

Comentario de Don Lemoyne: "En el segundo

sueño, las castañas representan a las Hijas de María Auxiliadora".

Don Bosco, que seguía mirando aquellas castañas, sacó algunas, y viendo que las dañadas no eran tantas después de todo, lo hizo notar a la mujer. Y ella:

—¿Crees tú que las restantes son todas buenas? ¿No habrá alguna con el gusano dentro, sin que se vea por fuera?

—Pero entonces, ¿cómo hacer para desubrirlas?

—¡Eh! La cosa es difícil. Algunas saben fingir tan bien, que parece imposible llegar a conocerlas.

—¿Y entonces?

—Mira, hay un solo medio. Somételas a la prueba de las Reglas y obsérvalas. Verás así quién tiene o no tiene el espíritu de Dios. Esta es una prueba mediante la cual difícilmente se equivoca un atento observador.

Don Bosco pensaba. Y pensando, miraba las castañas, hasta que despertó de improviso. Despuntaba el alba.

Dijo a Don Lemoyne que durante una semana entera este sueño se había repetido todas las noches. Bastaba que se adormeciera para que en seguida se le apareciera la escena de la mujer

y las castañas. Una vez la mujer le habló así:
—Está atento a las castañas dañadas y a las vanas. Haz la prueba y ponlas en el agua, dentro de la olla. La prueba es la obediencia... Cuécelas. Las dañadas, si se aprietan con los dedos sueltan en seguida el feo humor que tienen dentro. Esas tíralas.

Las vanas, o sea las vacías, suben a flote. No están bajo las otras sino que quieren sobresalir de algún modo. Tómalas con la espumadera y tíralas.

Piensa todavía que las buenas, cuando están cocidas, no se limpian en un instante. Primero hay que quitarles la cáscara, después la película delgadita. Te parecerán entonces muy blancas, sin embargo observa bien. Algunas son dobles. Abrelas y verás en el centro otra película y allí está escondido lo amargo.

No se podría imaginar comparación más a propósito para indicar las varias clases de personas que conviven en una casa religiosa y qué difícil es a veces sondear hasta el fondo ciertos corazones aun buenos. (M. B. XV, pp. 364-366.)

CARTA DE SAN JUAN BOSCO

A SU SOBRINA SEGUNDA, MADRE EULALIA,

en ocasión de su profesión religiosa
en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora
el 24 de agosto de 1884

Mi buena Eulalia:

Bendije al Señor cuando tomaste la resolución de hacerte religiosa. Ahora le doy gracias de todo corazón porque te conservó la buena voluntad de romper definitivamente con el mundo y consagrarte totalmente al buen Jesús.

Haz con gusto esta oferta, y reflexiona en la recompensa, que es el céntuplo en la vida presente y el verdadero premio, el gran premio, en la futura.

Pero, mi buena Eulalia, que esto no sea en broma sino en serio. Y recuerda las palabras dichas por su padre a la baronesa Chantal cuando se hallaba en un caso semejante: "Lo que se da al Señor, no se vuelva a tomar".

Considera que la vida religiosa es vida de continuo sacrificio, y que cada sacrificio es largamente recompensado por Dios. Sólo la obediencia, sólo la observancia de las Reglas, sólo la esperanza del premio celestial son nuestro consuelo en el curso de la vida mortal.

Siempre he recibido tus cartas, y con placer. No he respondido porque me faltó el tiempo.

Dios te bendiga, Eulalia. María sea tu guía, tu consuelo hasta el Cielo. Espero que nos veremos todavía en la vida presente. Si no, adiós. Nos veremos para hablar de Dios en la vida bienaventurada. Así sea.

Auguro todas las bendiciones a la Madre General y a todas las hermanas, novicias y postulantes de M. A.

Soy deudor de una respuesta a la Madre, y le escribiré.

Pide por mí y por toda nuestra familia, y considérame siempre en J. C.

Pinerolo, 20 de agosto de 1884

afmo. tío
Sac. JUAN BOSCO

E. CERIA, *Epistolario di S. G. Bosco*, vol. IV, p. 289-90.

CARTA DEL BEATO MIGUEL RUA

Prefacio al elenco de las F. M. A., en 1894

A las queridísimas Hijas de María Auxiliadora.

La Lista que os presento me ofrece, como en

los años anteriores, oportunidad de dirigiros una buena palabra, que me parece inspirada por el mismo elenco. Vemos con verdadera satisfacción el grande aumento de las casas...

Proporcionalmente vemos que aumentan también las Hermanas. Más aún, si Dios misericordioso no nos retira su bendición y María Santísima Auxiliadora su maternal protección, hay motivos para esperar un desarrollo progresivamente mayor...

Pero si es mayor la difusión del Instituto, mayor y más fuerte debe ser también vuestra unión con los Superiores, y la concordia, la paz entre vosotras.

Sin esto, la Congregación perdería su condición de verdadera familia y por consiguiente faltaría en ella la vitalidad necesaria para realizar bellas y santas empresas.

La Congregación, en efecto, debe considerarse como un solo cuerpo del cual son miembros los individuos que lo componen. Cuando los miembros del cuerpo son sanos, todos se prestan a su oficio y se ayudan recíprocamente, siguiendo los impulsos del alma. Entonces el hombre es sano y se siente apto y dispuesto a trabajar. Así sucede en la Congregación. Ella vive una vida lozana y puede trabajar fructuo-

samente cuando los que la componen tienen el mismo espíritu, viven de la misma vida y obedecen al mismo impulso que viene de la obediencia.

Pero si faltan la unión, la concordia y la paz, como en un cuerpo enfermo, todos los miembros sufren y en vano se esperaría la actividad deseada. Lo que se dice de la Congregación, que es la gran familia, se dice de cada casa.

En ésta, la piedad de los individuos, el fruto de las fatigas y la santa alegría de los corazones está en proporción a la concordia y a la paz que allí reinan. Por eso San Pablo la inculca con tanta insistencia a los cristianos y especialmente a las familias religiosas.

Escribe San Pablo: "Sed solícitos en conservar la unión de los ánimos en el vínculo de la paz. Sed como miembros de un solo cuerpo, tened un mismo espíritu, como fuisteis todos llamados a una misma gracia de vocación en esta vida y a una misma esperanza de gloria en la otra".

Y San Pedro no duda en anteponerla a cualquier otra virtud, porque de todas las demás virtudes es generadora y guardiana. "Ante todo, decía, conservad entre vosotros una caridad continua". ¿Y qué es una caridad continua y

perseverante entre hermanos y hermanas sino la concordia y la paz?

Los frutos que nacen y maduran por la concordia de una familia religiosa son muchos y muy deseables. Señalaré sólo tres.

Ante todo, viviendo entre vosotras en santa concordia, tenéis razón en creer con fundamento que el mismo Jesucristo vive en medio de vosotras. Lo enseña claramente San Juan Evangelista: "Dios es caridad, y el que vive en la caridad vive en Dios y Dios vive en él". Sobre estas palabras escribe San Juan Crisólogo: "Sobre todas las virtudes debe custodiarse la paz entre los corazones, porque Dios se halla siempre en la paz."

Por consiguiente, ¿qué consuelo debéis sentir cuando la paz reina entre vosotras! Ciertamente gustáis con anticipación el gozo del Paraíso, porque si allá se es bienaventurado por ver a Dios presente, en vuestra casa no veis a Dios de manifiesto, pero también está presente con su gracia y con su bondad. Y si Dios está con vosotras, serán benditas también vuestras fatigas, florecerán las virtudes en vuestro corazón, porque con vosotras se dignará actuar el mismo Dios.

Además, conservando la paz y la concordia

en la casa, no le será posible al demonio acercarse a vosotras, ni establecer su reino, que es discordia, envidia y muerte.

La recíproca benevolencia es fortaleza insuperable contra él. Es como una muralla compacta e impenetrable a los dardos del maligno.

Oíd lo que escribe San Ignacio, Obispo y mártir, sucesor de San Pedro en la cátedra de Antioquía, en una carta: "Os ruego, no yo sino la caridad de Jesucristo, que tengáis todos un solo pensamiento y una sola palabra. No haya divisiones entre vosotros sino perfecta concordia". En otra carta da la razón de esto: "Vuestra concordia y el mutuo entendimiento hacen un terrible desprecio al demonio. Esta es la ruina de su tiranía y el castigo de su envidia".

Finalmente, la pacífica convivencia en casa con las hermanas es portadora de un verdadero gozo para vuestros Superiores y Superiores. Seguramente vosotras deseáis darles consuelo y aliento, como recomienda San Pablo, para que cumplan su grave oficio con alegría y no entre gemidos. Esto es algo que les debéis a cambio de sus solicitudes. Pues nada consideran más grato que ver reinar entre vosotras la caridad y la paz. De lo cual estáis convencidas.

Oíd también lo que desde su cárcel de Roma

pedía San Pablo a los Efesios recién convertidos, cansado ya de las fatigas apostólicas, cargado de cadenas y en espera del martirio: "Si queréis consolarme en las penas que sabéis que sufro por el Evangelio, si deseáis aliviar mis aflicciones, si entendéis demostrarme que estáis unidos espiritualmente a mí, y en fin, si queréis tener compasión de mí, hacedme plenamente contento siendo de un solo pensamiento y unidos en una misma caridad, de un solo corazón, y no dando en nada ocasión a disputas".

Sí, tened grabado en el corazón que lo que puede amargar sobre todo a vuestros Superiores sería ver frialdades recíprocas, divisiones entre vosotras. Por el contrario, vuestra concordia, después del premio que esperan en el cielo, es la mayor satisfacción que de sus fatigas se prometen en la tierra.

Pero, para conseguir un fin se necesitan medios proporcionados. Por lo tanto, ¿cuáles serán los medios para conservar en vuestras casas y entre vosotras, queridísimas hijas en Jesucristo, la concordia y la paz?

Aludiré sólo a dos medios principales e indispensables; amar y practicar la humildad, y combatir el egoísmo. De estos medios habla San Pablo en la carta a los Filipenses: "No hagáis

nada por vanagloria. pero consideraos por humildad como inferiores a los otros, no considerando las cosas como particulares de cada uno sino en común”.

Ved, pues, las porfías y las frialdades consiguientes, que son la muerte de la paz, nacen de la vanagloria y del egoísmo individual. La que se deja dominar por sentimientos de egoísmo y de vanagloria, lleva siempre en la mano la antorcha ardiente de la discordia, que encenderá sin duda cuando se vea contrariada o impedida de algún modo en sus planes.

En cambio aquella que no busca su gloria sino que vive en la humildad sincera del corazón, la que no tiene como fin su satisfacción particular sino el bien común, ésa lleva siempre, doquiera se halle, el iris de la paz.

Dicen que cuando el mar está agitado por la tempestad basta esparcir sobre él aceite en abundancia para aquietar las olas furiosas y obtener la tranquilidad en torno a la nave sacudida por la tempestad. Pues bien, yo quisiera que mediante la humildad y la dulzura de la caridad, de la cual es símbolo el aceite, conservaseis siempre en medio de vosotras la santa concordia, inalterada la paz que Jesucristo dejó en herencia sobre la tierra a sus elegidos.

Con este bello augurio de la paz os dejo. Os recomiendo pedir cada día a María Santísima Auxiliadora por el incremento del Instituto para gloria del Señor, por nuestras misiones y también por mí, que os seré siempre

Fiesta de S. Francisco de Sales, 1894.

afmo. Padre en J. C.
Sac. MIGUEL RÚA

CARTA DEL BEATO MIGUEL RUA

con ocasión del 25º año del Instituto

Dilectísimas Hijas en Jesucristo:

Con gozo singularísimo del corazón os escribo la presente carta. El día 5 del próximo agosto se cumplirán veinticinco años desde el día en que vuestras primeras Hermanas, presente Don Bosco... recibieron en Mornés el santo hábito y se consagraron a Dios en la vida religiosa como Hijas de María Santísima Auxiliadora. Es, pues, el primer Jubileo del Instituto lo que yo os anuncio.

Tal acontecimiento, que alegra el corazón de todos los que aman a nuestro Instituto, debe

ser para vosotras motivo de sincerísimo júbilo y de sentida gratitud a Dios, que en el transcurso de estos cinco lustros os ha bendecido tan providencialmente.

En verdad no me es posible, en los estrechos límites de una carta, traer os a la memoria todos los beneficios concedidos al Instituto, pero no quiero callar éste, que es el más evidente y significativo de todos. Eran quince las afortunadas presentes a la función del 5 de agosto de 1872. Y aquellas quince formaban entonces toda la Congregación. Ahora, ¡cómo quiso Dios aumentar ese número! ¡Cuántas son ahora las Hijas de María Auxiliadora, si a las diseminadas por Europa, por América, por Asia y África, se unen las que ya volaron al cielo?

Hace veinticinco años la Congregación se reunía fácilmente en la única y no amplia casa de Mornés. Ahora son centenares las casas del Instituto, diversas por fines y por índole, pero todas con el mismo espíritu y bajo la misma dirección. Tanto desarrollo es fruto evidente de la bendición de aquel Dios que dijo: *“El Reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo, la cual es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece es mayor que todas las le-*

gumbres y se convierte en un árbol, de modo que los pájaros del aire van a posar en sus ramas”.

Hay, pues, motivo para bendecir a nuestra vez y agradecer al Señor, que demuestra mirar como reino suyo a nuestro humilde Instituto, que le da el incremento, lo hace grande como un árbol y conduce a millares de niñas a recibir a su sombra la instrucción religiosa y moral.

Pero para vosotras, mis buenas hijas, hay otros motivos poderosos para celebrar con gozo y agradecimiento el Jubileo del Instituto. Y son los beneficios que en él y mediante él, ha recibido cada una de vosotras. En efecto, ¿no es el Instituto para vosotras, como para las hermanas que os precedieron, un Arca de salvación del alma en el naufragio del siglo?

Aquí es donde habéis hallado alimento para la piedad, dirección para el espíritu, campo para un trabajo santo, palestra de méritos inefables para la vida eterna. Por lo tanto es un deber para todas las Hijas de María Auxiliadora celebrar este Jubileo con santos sentimientos de alegría. Es un deber que vosotras, en la tierra, os unáis a las hermanas del cielo para tributar a Dios y a su Madre celestial solemnes acciones de gracias por los beneficios recibidos hasta

ahora... Sea, pues, la fiesta del corazón, en la cual la piedad corresponda a la intensidad del amor que cada una tiene a la Congregación.

Pero a fin de que también en esto haya la unión de espíritus y la comunidad de intenciones que hacen la oración más grata y acepta a Jesús, os exhorto a todas a recibir en ese día bendito la santa, Comunión con estos cuatro fines:

- 1.º agradecer a Dios por haber inspirado a Don Bosco la fundación del Instituto de María Auxiliadora para la salvación de las almas,
- 2.º agradecerle también por haberos llamado a este Instituto, en su bondad y providencia,
- 3.º impetrar las bendiciones de Dios sobre todos los benefactores y sobre todos los que trabajan o trabajarán por la prosperidad del Instituto y en beneficio de las almas que lo forman,
- 4.º finalmente, para obtener de Dios, por medio de María Santísima, la continuación de las bendiciones celestiales para

todo el Instituto y la santa perseverancia para vosotras.

Nuestro Padre Don Bosco gozará viéndoos desde el cielo reunidas aquel día en un piadoso y agradecido pensamiento ante el altar del Santísimo Sacramento y de María Auxiliadora. Ciertamente él unirá sus súplicas dignas de aceptación, a las nuestras, y los votos que hacemos serán escuchados.

El Señor os bendiga a todas, hijas queridísimas. Jesucristo viva en vuestro corazón mediante su gracia y en vuestra casa mediante la caridad.

Turin, 16 de julio de 1897 - Fiesta de Ntra. Sra. del Carmen.

Afmo. como padre en J. C.
Sac. MIGUEL RÚA

PROGRAMA DE DON PABLO ALBERA

¿Quieres saber si posees el espíritu del Venerable Don Bosco? Examínate bien:

- 1.º Si tu carácter es constantemente igual y santamente alegre.

- 2.º Si tu caridad hacia el prójimo es verdaderamente dulce y paciente.
- 3.º Si vives como una víctima siempre dispuesta al sacrificio.

Te auguro que tu conciencia pueda responder afirmativamente a estas preguntas.

CARTA DEL SIERVO DE DIOS DON FELIPE RINALDI

en el año cincuentenario del Instituto,
dirigida a la revma. Madre Catalina Daghero

24 de mayo de 1922 - Solemnidad de María Sma. Auxiliadora

Reverenda Madre:

En este día solemne de nuestra Auxiliadora tengo el alma pletórica de los más suaves recuerdos.

¡María Auxiliadora es todo para nosotros! Ella inspiró y condujo prodigiosamente a nuestro Padre Don Bosco en todas sus grandes empresas. Ella ampara y continúa amparando maternalmente nuestras obras de modo tan maravilloso que a cada momento se está obligado a repetir, como hacia Don Bosco: "¡Todo lo que tenemos lo debemos a María Auxiliadora!"

Pero un recuerdo particularísimo se presenta hoy a mi mente y me llena el corazón de la más profunda ternura por nuestra celestial Patrona: ¡este año se celebra el Jubileo de oro de sus hijas predilectas!

Séame permitido dedicar hoy, no sólo especiales oraciones, sino también estas pobres líneas para agradecer a esa Madre nuestra los beneficios que ha concedido a este segundo Instituto de nuestro Venerable Fundador.

La solemnidad del año Jubilar del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora... está destinada a presentar al mundo entero, en toda su benéfica luz, el *monumento viviente* que la ternísima devoción de Don Bosco quiso erigir a la Virgen Auxiliadora, como prueba de su filial y profundísima gratitud por las gracias innumerables con que Ella lo asistió en el cumplimiento de su misión.

A su devoción, a su gratitud, no le pareció monumento suficiente el grandioso Santuario de Valdocco, y tampoco los otros mil que él y sus hijos habrían erigido en las más remotas comarcas de la tierra. Y quiso dedicar a la Virgen un templo vivo que, encerrando en sí la fuerza vital de su progresivo desarrollo y perfeccionamiento, ofreciera al mundo, en un cres-

ciendo continuo, la magnificencia, la santidad, el poder y el amor maternal de María Santísima Auxiliadora.

... Don Bosco necesitaba recoger millares de niñas, construir oratorios, casas, iglesias, colegios, iniciar las misiones entre los infieles, educar e instruir. Y para todo eso precisaba mucho, muchísimo dinero. Pero, a pesar de eso, no fue en busca de mujeres ricas y doctas. Estas las habría recibido después, si se presentaban, pero, para comenzar, quiso la base de toda obra grande y de toda virtud: la humildad. *Quiso modelar su monumento sobre la Virgen Santísima*, primera imitadora de la humildad de Jesús.

Dígalo, reverenda Madre: *Una Hija de María Auxiliadora que no fuera verdaderamente humilde, no representaría a su Madre y no la honraría debidamente.*

Hija de María Auxiliadora debe ser sinónimo de esa sencillez que practicó también la Sierva de Dios María Mazzarello, de esa pobreza verdadera y gozosa, de ese amor a la vida escondida, que formaban el más bello adorno de la Casa de Mornés, modelo de lo que debían ser después todas las casas del Instituto.

¡Cuántos niños inocentes, cuántas inexpertas

jovencitas, cuántas mujeres, esperan de las Hijas de María Auxiliadora la salvación eterna! Pero es necesario que éstas se preparen a la gran misión, en este año jubilar, creciendo más en la santidad.

Me parece que Don Bosco me invite a animar a todas las Hijas de María Auxiliadora a trabajar concordes y con santo ardor en la erección de este *monumento perenne de su gratitud*, haciendo revivir en cada casa su *verdadero espíritu*, que es de humildad profunda, de pobreza real y de alegre sencillez; que de mil corazones forma un solo corazón y hace verdaderamente querida la vida de comunidad y fecundo hasta el más modesto apostolado.

... Por esto, reverenda Madre, nunca se canse de exhortar a todas sus hijas para que, además de la humildad, se preocupen por conservar el candor del alma, semejante al de la nieve que apareció sobre el monte Esquilino para manifestar la voluntad de la Virgen de que allí le fuese erigida una iglesia.

Dígales que para conservar puro el corazón, deben *buscar en todas las cosas únicamente a Dios y nunca a sí mismas* y sus satisfacciones; unir a la humildad la pureza de intención y de vida con la fiel regularidad en observar cuanto

prescriben las Constituciones. Entonces harán fácilmente el bien. Harán muchas cosas, como Don Bosco, sin dejarse disipar por los rumores y los atractivos morbosos del mundo, y serán el verdadero auxilio del pueblo cristiano, a imitación de su celestial Patrona.

De este modo se elevará un monumento de piedad ferviente en el corazón de las Hijas de María Auxiliadora, de sus alumnas y oratorianas, de todas las almas que se les aproximen.

Diga, reverenda Madre, a todas sus buenas Hermanas, que éstos son los pensamientos que el pobre representante de Don Bosco quisiera infundir en ellas *para que el monumento querido por el Padre pueda asumir en todo el mundo las justas proporciones que él se había propuesto y toda aquella belleza que el amor a la Santísima Virgen le había inspirado.*

A la palabra uniré mis oraciones para cooperar en cuanto sea posible al gran edificio, que será también monumento de la gratitud de todos los hijos de Don Bosco.

.....

devotísimo en el Señor
Don FELIPE RINALDI

CARTA DEL SIERVO DE DIOS DON FELIPE RINALDI

Turín, 13 de agosto de 1930

Reverenda Madre Rosina (Gilardi):

He prometido, pero como de costumbre, no cumplo. Hágase la voluntad del Señor. Quería decir la santa Misa entre estas ejercitandas. Pues bien, si Dios quiere, la diré solo, pero las tendré presentes a todas, una a una, ante y con el mismo Señor Jesucristo que descenderá igualmente sobre vuestro altar y que nos une a todos con Dios.

No olviden la presencia de nuestro Señor sobre el altar después de la consagración. Allí está ofreciéndose y pidiendo por nosotros, mientras nosotros debemos unirnos a El en espíritu primero, sacramentalmente después, para vivir su vida.

Recomiendo a esas Hermanas que amen todas sus obras, siempre y en todas partes, con la vida interior.

La vida interior es el sentido espiritual que debe acompañarnos. Es la presencia de nuestro Señor dentro de nosotros, recordado, invocado, amado.

Acostúmbrense a recordar la presencia de Dios en sus almas y en sus corazones y vivirán de su gracia, de su presencia, de su vida.

Es necesario que lleguen a dar vida espiritual a la escuela, al recreo. Y esto sin decirlo siquiera, sino sólo pensándolo. Así no serán religiosas sólo de hábito, absortas en las cosas materiales, llenas de sí mismas, sino verdaderas religiosas, en las que vive Dios.

Incúlqueles estas cosas. Sin distraerlas de sus ocupaciones, las harán verdaderas Hijas de María Auxiliadora y del Beato Don Bosco, porque así vivió María Santísima. Así vivió Don Bosco.

Acuérdense en sus oraciones de su in C. I.,
Sac. F. RINALDI

“AGUINALDO” DEL SIERVO DE DIOS DON FELIPE RINALDI

a las Hijas de María Auxiliadora para el año 1930

21 de noviembre de 1929 - Fiesta de la Presentación de M. V.

Reverendísima Madre General
de las Hijas de María Auxiliadora:

La elevación de nuestro común Padre y Fundador Don Bosco al honor de los altares, que

ha suscitado indecible entusiasmo y confianza universal en su poder de intercesión, ha avivado también en mi corazón el deseo ya tan vivo de ver a las buenas Hijas de María Auxiliadora, que son también las tuyas, más elevadas aún en la perfección religiosa.

Ya ellas se habían propuesto a nuestro Beato como modelo y maestro incomparable, desde el comienzo del año que dentro de poco no tendrá más mañana sino que sobrevivirá eternamente, como ahora, en nuestros corazones.

Nunca *Aguinaldo paterno* ha sido más apropiado para disponer a sus Hijas a celebrar aquí en la tierra la Beatificación del Padre con plenitud de afecto en el esplendor de la imitación de sus virtudes de educador y maestro de vida religiosa.

La ansiosa expectativa primero, después los triunfales e insuperables festejos y luego la creciente devoción al nuevo Beato, pronto convertida casi en universal por la multitud de las gracias y de los favores —que hablan en los ex votos, en los centenares de cirios que arden continuamente ante la Urna de sus Reliquias en el santuario de María Auxiliadora, y en incesantes peticiones de plegarias para obtener gracias o para agradecer las ya obtenidas— es-

toy seguro de que hicieron casi vivo y palpable para cada Hija de María Auxiliadora el *Aguinaldo* del año que está por terminar.

Era imposible que la Hija de María Auxiliadora no tuviera continuamente presente este atractivo modelo de educador y maestro de vida religiosa, refulgente, en la aureola de Beato, de todas las virtudes propias de su misión.

Porque la Hija de María Auxiliadora, para cumplir su misión, debe poseer la perfección religiosa impuesta por el Fundador.

Y ésta se halla trazada en las Reglas, en el Manual de las prácticas de piedad y sobre todo en la vida, en los ejemplos y en los escritos del Fundador.

Por eso pido a usted, Reverendísima Madre, invite a cada Hija de María Auxiliadora a sacar de esas fuentes el alma de su propia perfección, es decir, el espíritu particular del Instituto, que no puede hallarse en otra parte, ni siquiera en los libros que tienen por fin conducir al alma, casi paso a paso, en la subida de la perfección.

En esos libros se pueden hallar los principios y las normas generales, pero no las aplicaciones conformes al espíritu recibido del Fundador.

El repite ahora con mayor autoridad a sus

hijas: Yo os he dado el ejemplo: *exemplum dedi vobis*, para que hagáis lo mismo: *ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis*, y entonces conseguiréis ciertamente la perfección a la cual habéis sido llamadas por el Señor.

¡Oh! ¡Qué gran cosa es ésta! El tener en el Padre y Fundador del propio Instituto al modelo y maestro seguro de la propia perfección!

El oráculo supremo de la santa Iglesia nos lo asegura. Y la vida del Fundador, leída, meditada y estudiada con amorosa asiduidad, será para las Hijas de María Auxiliadora el espejo luminoso donde podrán ver el desarrollo progresivo de su perfección, basada en la caridad y en la actividad, como la del Beato Padre.

Corresponde a usted, Reverendísima Madre, procurar a cada una de sus hijas tal espejo de la propia perfección, proveyéndolas o al menos dándoles facilidad de tener a su disposición algunas Vidas del Beato (de las cuales se tiene ya copiosa bibliografía), dándoles tiempo para una buena lectura diaria solas, o mejor todavía con la comunidad, y animándolas de todas maneras y en todas las ocasiones, a atesorar las enseñanzas que allí encontrarán en abundancia.

Así cada Hija de María Auxiliadora llegará

a ser el ornamento de su Instituto, será salvadora de almas en el campo de la educación y de la perfección religiosa en la práctica heroica de todas las virtudes que crean la santidad.

Ante este espejo, la Hija de María Auxiliadora logrará en breve hacer desaparecer las inclinaciones naturales, las miras personales, el amor propio —que emana de todos los poros de la persona y sabe disfrazarse aun bajo el aspecto de celo— y la fina búsqueda de sí misma, más insidiosa al tejer silenciosamente en torno al propio yo razones de toda clase para hacer valer sus derechos y dar a cada una lo que se merece. Porque en la vida del Beato hallará ejemplos y copiosas normas para luchar eficazmente contra todos estos enemigos mediante la oración, la mortificación y la actividad ilimitada por el bien de las almas, hasta la completa inmolación de sí misma.

Sí, cuanto más se mire al espejo de esta vida bendita y maravillosa, más se convencerá la Hija de María Auxiliadora de que debe realizar su propia perfección religiosa a la par que él en la actividad fecunda del apostolado educativo entre las niñas del pueblo.

Nunca se inculcará suficientemente que en este apostolado participan todas las Hijas de

María Auxiliadora, aun aquellas que aparentemente nada tienen que hacer con las niñas, así como todos los miembros participan en las operaciones del cuerpo, aunque no todos cooperen directamente cada vez.

La identidad de vocación crea la unión para el fin que se debe conseguir, y la vida de la comunidad hace que todas participen de cuanto se hace en ella, aunque a veces falte la presencia material, o por enfermedad o por motivos de bien urgente que se debe realizar.

Este es uno de los tantos y preciosos beneficios de la vida de comunidad, cuyo recuerdo aumentará el amor a la vida común, cuando llegue a ser pesada por motivos fácilmente comprensibles, sea por la diversidad de caracteres, sea por la casi imposibilidad moral de prevenir y satisfacer los deseos de cada una, por justos y modestos que sean.

Si por una parte es verdadera la afirmación de San Juan Berchmans de que “la vida común es la máxima penitencia”, pienso que sus beneficios espirituales superen sin comparación los sufrimientos que inevitablemente lleva consigo.

La Hija de María Auxiliadora que tiene presente esta verdad, amará siempre la vida común y nunca estará de acuerdo con las perpetuas

rezongonas que nunca están contentas de nada, ni siquiera de sí mismas.

Por fortuna, Reverendísima Madre, el espíritu del Instituto que usted dirige es de tal manera activo que ni siquiera deja tiempo de echar raíces a esas pobrecitas. Pero como es un mal contagioso, conviene poner a todas alerta y vigilar, lo que facilitará bastante con el estudio asiduo de la vida del Beato Padre.

El excluyó de sus Institutos las comunidades fundadas sobre pequeñas burocracias de orden y de distinción, para hacer florecer la vida de familia, en la cual, quien está a la cabeza, precede en el trabajo y manda más con el ejemplo de la regularidad que con la palabra.

Consérvese bien esta vida de familia, y la vida religiosa recibida del Beato Fundador esparcirá en las almas que el Señor se digne llamar al Instituto, serenidad, alegría y gozo suavisísimo y sin nostalgias.

Pero la Hija de María Auxiliadora principalmente debe aprender de la vida del Beato Padre el camino para ascender continuamente en la perfección religiosa, es decir, en la unión con Dios, porque en último análisis nuestra perfección consiste precisamente en unirnos e identificarnos con Dios con todas las fuerzas.

La unión con Dios no es sino el fruto del amor a Dios y al prójimo amado por Dios, cosa que nuestro Beato nos ha enseñado y ahora nos enseña aún más con su sencillez característica.

No lo abstruso de tantos métodos y fórmulas retorcidas sino la sencillez evangélica: librar el camino de los instrumentos que se oponen a la unión, es decir del pecado y de las malas costumbres, de modo expedito, decisivo, sin titubeos en torno a ellos. Y comenzar enseguida a correr por el camino que se nos traza, haciendo las obras del amor, con la aceptación de los sacrificios necesarios, en el apostolado de nuestra misión.

Como Don Bosco, hay que llegar a la unión con Dios por el camino más breve y en el tiempo menor, para consagrarlo todo al bien del prójimo, en lo cual está la verdadera prueba del amor a Dios y de la unión con El.

Nuestro Beato fijó la mirada en el fin último de nuestra perfección y, por así decir, se apoyó de él, para usarlo como medio donde crecer a cada momento en su perfección.

Parece decir: Como la unión perfecta con Dios es el término de nuestra eterna felicidad, así, sin perdernos en otra cosa, comencemos en seguida, desde aquí en la tierra, esta unión di-

vina, viviendo únicamente en la presencia de Dios, consagrándole todas nuestras aspiraciones, palabras y obras del apostolado de las almas que El ha confiado a nuestros cuidados.

Todo cuanto hacemos sea hecho en la unión con Dios, sin consideraciones a nosotros ni a las creaturas: ¡todo por Dios en la salvación de las almas!

Allá en el cielo, la unión con Dios es la meta luminosa alcanzada, pero aquí en la tierra esta meta por alcanzar debe transformarse dentro de nosotros en luz, calor y energías nuevas y siempre mayores para impulsarnos a la cima de la unión que nos eterniza en Dios.

Así aquí en la tierra la unión con Dios —hecha instrumento maravilloso de nuestra santificación, de la cual es también fin último— debe ir al paso con nuestro laboriosísimo apostolado en la educación de la juventud.

Me parece que sea ésta la síntesis de nuestro método de perfección religiosa. Trabajar por las almas hasta la total inmolación de sí mismo, con tranquilidad e igualdad imperturbables, en las alegrías y en las penas, y estar siempre más unidos a Dios, a imitación del Padre, en un acto cada día más perfecto, para santificar nuestro trabajo y nuestra alma. Ese es el ca-

mino por el cual ascendió el Beato Fundador hasta el heroísmo de la perfección y hasta la santidad.

Por eso el “aguinaldo” para el próximo año debe converger todo, en todos los santos días, sobre la *unión con Dios*, como la practicó el Beato, a quien la Hija de María Auxiliadora recurrirá también con la oración.

Por eso el “aguinaldo” tiene la forma de invocación impetratoria y dice así:

PARA QUE, A IMITACIÓN VUESTRA PODAMOS VIVIR SIEMPRE MÁS UNIDAS CON DIOS, OH BEATO DON BOSCO, ROGAD POR NOSOTRAS.

Cada Hija de María Auxiliadora debe empeñarse en recitar esa invocación al menos tres veces en el día, en los momentos sobresalientes de la jornada, cuando, según la Regla, se acerca por unos instantes al horno ardiente de la Caridad divina para inflamarse con nuevos ardores.

Entonces experimentará toda la eficacia de la protección del Beato sobre ella, porque su unión con Dios la iluminará siempre más vivamente sobre sus deberes con Dios y en su corazón arderán más vivas las llamas del santo Amor y sentirá en su ser energías insólitas para realizar el mayor bien por las almas.

Entonces le será fácil mantenerse alejada del pecado y desarraigar de su corazón las malas inclinaciones y costumbres, removiendo así los graves obstáculos a su perfección.

Sentirá entonces la necesidad de no perder ni un minuto de los preciosos momentos que le concede la Regla para acompañar a nuestro Señor, mientras en el resto del tiempo se sentirá llevada naturalmente a la íntima y habitual unión con Dios, aun en medio de ocupaciones variadísimas e ininterrumpidas.

También se extinguirán en sus labios las conversaciones inútiles sobre sí misma y sobre las hermanas, no siempre exentas de ofensa a la caridad. Y sentirá una dulce necesidad de hablar de Dios y casi no sabrá tener conversación alguna que no comience o termine por El.

Entonces no sólo sus pensamientos y palabras sino también las acciones experimentarán algo del fuego del divino amor, para saludable edificación del prójimo, mientras no se ahorrará de ningún modo cuando se trate de la salvación de las almas.

En el cumplimiento de sus humildes ocupaciones, no le será difícil orientar continuamente el corazón y el espíritu hacia Dios, que se convertirá en el fin directo de todas sus acciones.

Entonces se someterá enteramente a la divina voluntad y su recogimiento en la oración llegará a ser saludable incitación a los presentes para que también ellos recen con más fervor.

Son éstas, Reverendísima Madre, algunas de las cosas más ordinarias que la íntima unión con Dios producía en nuestro Beato. De las extraordinarias no es el caso hablar, porque ahora resaltan tanto en su vida que lo presentan como extraordinario entre los extraordinarios, aun cuando en su vida él hiciera todos los esfuerzos para que parecieran ordinarias, y fuera ésta una de sus mayores preocupaciones, hasta el último momento.

Bastaría esto para medir ahora la sublimidad de su santidad, porque cuanto más alto se quiere el edificio, tanto más profundos se echan los cimientos. En la práctica de la unión con Dios hay que tener presente esta verdad, sin la cual se corre el peligro de construir sobre la arena.

Lo maravilloso de los santos, dice un piadoso autor, es la vida de unión continua con Dios en todas las cosas. Sin ella no habría santidad alguna. Esta santidad en la unión amorosa, que los hace gozar de Dios en todo, no necesita de

hechos extraordinarios. Si suceden, es para los demás, que pueden tener necesidad de este testimonio y de estos signos.

Pero el alma unida a Dios en la fe, contenta en su oscuridad, no se apoya en absoluto sobre estas brillantes apariencias. Las deja resplandecer fuera, porque no puede impedir las y para que el prójimo se aproveche de ellas, pero para sí sólo toma lo que es más común disposición de Dios y su beneplácito, para practicar la unión ocultándose.

Si hay muchos santos, y los habrá siempre, a quienes Dios eleva aquí en la tierra sobre el pedestal de la gloria con la prueba de hechos maravillosos, para la salvación de las almas, hay también en la Iglesia otra infinidad de santos ocultos, porque son hechos sólo para brillar en el cielo y no para esparcir en esta vida más luz que la de la regularidad en sus deberes, la mayoría de las veces casi insignificantes y de ningún valor.

Pero desde el momento en que tales almas han comenzado a vivir en la unión de Dios y con Dios, están rodeadas de una luz invisible a la mirada humana, de un calor casi imperceptible a ellas mismas, y movidas por energías no ordinarias en el cumplimiento de sus de-

beres y en las mayores obras de caridad, aunque parezcan la cosa más común.

Pero la unión con Dios es la causa creadora de unos y otros, porque de ella deriva la conformidad a la voluntad de Dios, el deseo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, el ardor para la práctica de todas las virtudes en grado heroico, y el espíritu de sacrificio hasta la total inmolación de sí.

Esta unión es diversa según la capacidad del alma y la cantidad de gracias concedidas por el Señor. Es la misma diferencia que hay entre los bienaventurados del cielo: unos gozan de Dios más plenamente que otros, y sin embargo, todos lo ven, todos están satisfechos y felices porque cada uno tiene una capacidad conforme al mayor o menor número de méritos.

Así, aun durante la peregrinación en esta vida, a veces nos encontramos con almas que gozan de una paz igual, de una tranquilidad igual en su estado de perfección, a pesar de que una haya conseguido mayor unión que la otra, porque quedan todas igualmente satisfechas, a causa de las propias disposiciones y del conocimiento que cada una tiene de Dios.

Además, la unión a que es llamada el alma es tanto más perfecta cuanto mayores son las

pruebas y las tentaciones a través de las cuales debe pasar.

Y la Hija de María Auxiliadora, cuando tiene la pureza perfecta, es decir la plena sumisión de la voluntad y el total desprendimiento de sí misma, sólo en vista de Dios, no amando deliberada y habitualmente sino lo que Dios quiere y como El lo quiere, se ejercita con facilidad en la indiferencia, en el desprecio máximo de las cosas terrenas y de sí misma y de todo lo que se refiere a su amor propio y a su interés.

Deja de sentir tanta repugnancia y tan violenta aversión a cuanto tiene el gusto del mundo, porque no piensa más en él ya que lo despreció totalmente, lo olvidó, lo abandonó. Ya los atractivos de las vanidades del mundo, las afecciones terrenas no la conmueven ni la sienten.

En todas las cosas descubre a Dios, obra por Dios. Su corazón ama sólo a Dios. Por consiguiente en sus ocupaciones está calmada, serena, constante, activa, diligente y generosa, pero sin la actividad inquieta de los primeros entusiasmos no purificados todavía.

No se deja abatir por las derrotas ni desanimar por las humillaciones, porque cuando ha hecho todo cuanto debía, deja a Dios el cui-

dado del éxito, confiando mucho en la gracia divina y muy poco en los medios humanos.

Y cuando la Hija de María Auxiliadora se forma el hábito de todas las virtudes, bajo la inspiración, la mirada y los impulsos de la gracia de Dios, Dios mismo la moverá irresistiblemente a pensar sólo en unirse a El con el puro amor, sin distraerse en buscar con minuciosidad los actos distintos de su unión.

“Entonces ella deja de preocuparse de los detalles de sus acciones, como quien canta o toca.

Si quien aprende a cantar necesita al principio insistir en la escala para saber dar las notas una tras otra, y quien aprende a tocar la flauta debe mirar la posición de los dedos y al toque de las cuerdas para aprender los diversos tonos a que ellas responden, una vez que se ha adquirido el arte, el uno canta sin ponderar atentamente la nota que da y el otro toca sin preocuparse de dónde apoya los dedos, pensando más en cualquier otra cosa que en un método.” Así delinea un antiguo autor de espiritualidad la admirable sencillez que adquiere el alma con la práctica de la unión con Dios.

Hago votos de que estas pocas y mal hilvanadas ideas sobre el dulcísimo tema de la unión con Dios sean para las buenas Hijas de María

Auxiliadora una lucecita que las guíe para escudriñar en la vida del Beato Fundador, desde sus más tiernos años, la profundísima unión con Dios. La divina unión era tan connatural en él que ya no respiraba otra cosa.

Y usted, Reverendísima Madre, busque cómo hacer disfrutar de nuevo a las Hijas de María Auxiliadora. de vez en cuando, con algunos de los muchos recuerdos que el Beato Fundador les dio personalmente en las conferencias o en los coloquios privados que se han transmitido como preciosas reliquias. Forman un cántico melodioso de su continua unión con Dios.

He aquí algunos: "Tened paciencia, tened fe, soportadlo todo por el Paraíso..."

"¡Os recomiendo salud, santidad y alegría, el demonio tiene miedo de la gente alegre!"

"Haced todo lo que os asignan, cualquier cosa que sea, con recta intención por amor a Dios y cuanto más humilde sea el oficio que desempeñáis tanto mayores serán los méritos que ganaréis..."

La última vez que fue a la Casa Madre de Nizza Monferrato, hace 45 años, dio un recuerdo que yo quisiera fuera impreso con caracteres de oro en el corazón de todas las Hijas de María Auxiliadora:

"Haced el bien, haced obras buenas, luchad, trabajad mucho por el Señor, y todas con buena voluntad. ¡Oh! No perdáis tiempo, haced el bien, haced mucho bien y nunca os arrepentiéis de haberlo hecho..."

¡Practicad la santa Regla! ¡Esta observancia os hará permanecer tranquilas en el tiempo y felices en la eternidad!"

¡Con qué insistencia dice que se trabaje y no se pierda tiempo! Cosa digna de ser puesta en relieve y bien meditada porque es la quintaesencia de su unión con Dios.

Y ahora, Reverendísima Madre, invoco sobre el Instituto —vivo monumento de la gratitud del Padre a su potente Auxiliadora—, sobre cada una de las Hijas de María Auxiliadora, sobre todas las oratorianas, alumnas y ex alumnas, la bendición del Beato Fundador.

"Sí —repite él ahora desde el altar de su gloria y de sus gracias, como había hecho hace 42 años en el lecho de su agonía—, sí, bendigo todas las casas de las Hijas de María Auxiliadora, bendigo a la Superiora General y a todas las hermanas: ¡procuren salvar muchas almas!"

Nuestra dulcísima Auxiliadora centuplicue sobre el Instituto amado con predilección por

Ella y sobre cada una de sus hijas, esta bendición paterna, acrecentando y perfeccionando en todas la unión con Dios, como la practicó el Beato.

Asegurándole oraciones y con los mejores augurios para el año nuevo, me profeso,

devmo. in C. I.
Sac. FELIPE RINALDI

“AGUINALDO” DEL SIERVO DE DIOS DON FELIPE RINALDI

a las Hijas de María Auxiliadora para el año 1931

J. M. J.

Fiesta de Jesucristo Rey
26 de octubre de 1930

Reverendísima Madre General
de las Hijas de María Auxiliadora:

1.º “*La unión con Dios a ejemplo de nuestro Beato Don Bosco*” ha sido el “aguinaldo” de las buenas Hijas de María Auxiliadora en este año que está por terminar.

Con feliz idea ha querido su reverencia regalar a cada una de sus hijas copia de la carta en la que se la comunicaba, para que tuviesen

más comodidad para leer y meditar las pequeñas reflexiones destinadas a aclararla y facilitar su práctica.

He gozado también al saber que en cada casa se ha rezado diariamente la invocación que la contenía, y la han cantado todas con frecuencia, también con las alumnas y oratorianas. Porque estoy convencido de que esto las habrá familiarizado aún más con la gran verdad de que cada alma no sólo debe aspirar sino trabajar para estar unida a Dios, conservándose siempre en la gracia del Señor con la fuga constante del pecado.

Pero la Hija de María Auxiliadora, no contenta con esta unión inicial y fundamental, debe haber mirado con todas sus fuerzas a la unión más íntima con Dios, propia de la grandeza de su vocación religiosa y de la cual el Beato Padre le ha dejado tan fúlgidos ejemplos y enseñanzas.

2.º Ahora bien, esta deliciosa unión del alma religiosa con Dios no es sólo cosa de un año sino que debe crecer, en toda la vida terrena de cada una, siempre más intensamente, en las profundidades de la vida interior, sin la cual se corre el peligro de ilusionarse con vanas aspiraciones

de unión con Dios, basadas sólo en deseos y sentimentalismos religiosos.

Es fácil decir al Señor que se le ama, que se desea estar unida a El y hacerlo todo sólo por El. Pero la prueba de que se le ama realmente y se trabaja sólo por El es el conocimiento y la práctica de la vida interior, en la cual consiste la efectiva unión con Dios.

Por esto el “aguinaldo” para el nuevo año aspira a que las Hijas de María Auxiliadora eviten el peligro de ilusiones en la unión con Dios.

El “aguinaldo” es:

“CONOCER E IMITAR MEJOR LA VIDA INTERIOR DEL BEATO DON BOSCO”.

Durante todo el año las Hijas de María Auxiliadora han suplicado al Beato Padre que pida por ellas para que, a ejemplo suyo, puedan vivir siempre unidas a Dios. Y en la lectura de su vida han buscado formarse una idea clara de su íntima unión con Dios. Pero cuanto más se penetra esta *unión* del Padre *con Dios*, tanto más nos deslumbra su luz y nos hace exclamar: “¡Qué grande y extraordinaria es, aun tan ordinaria en su apariencia! ¿Cómo ha hecho el Padre para adquirirla en medio de las actividades más que extraordinarias de su apostolado?”.

Para entender tal respuesta, que aun siendo igual para todas será particular para cada una, las Hijas de María Auxiliadora deben continuar su filial devoción al Beato Padre, pidiéndole las ayude a conocer mejor su vida interior, para poder imitarlo con mayor entusiasmo y generosidad.

Por mi parte, agregaré sólo algunos pensamientos para aclarar mejor el significado del “aguinaldo...”

3.º Para conocer y practicar mejor la vida interior del Beato, además de la devoción filial, que lleva a impetrar de él el auxilio de su poderosa intercesión ante Dios, se requiere el concurso personal de la Hija de María Auxiliadora.

Ella debe ser asidua en el estudio de cuanto se refiere al Beato y hacer de esto su alimento predilecto. Nunca se recomendará esto bastante, porque, desgraciadamente, el deseo natural de novedad, para distinguirse, sugiere buscar alimentos extraños. Pero éstos, por sabrosos y suculentos que sean, la mayoría de las veces van en detrimento del espíritu del propio Instituto y de la particular perfección de sus miembros.

Es cierto que en la vida y en los escritos

de nuestro Padre no se habla expresamente de vida interior, de inmoluciones, de apostolados que realizar, con todas las otras bellas cosas que sugieren y practican otros. Pero precisamente ahí está el secreto de la heroica vida interior de nuestro Beato, como varias veces lo ha puesto de relieve el Santo Padre en sus alocuciones sobre el heroísmo de sus virtudes y para su Beatificación.

El vivió estas cosas desde sus primeros años, con la naturalidad de quien sólo cumple su deber. Apenas fue iluminado por las primeras verdades —que Dios le había creado para conocerle, amarle y servirle, y que en el santo Bautismo le había elevado a la dignidad de hijo adoptivo, dándole la vida sobrenatural de la gracia— comprendió que su único deber era conservar y acrecentar esta vida sobrenatural hasta la perfección. Comprendió que este deber era común a todos los hombres, porque es condición y fin de su existencia.

Para conservar esta vida sobrenatural de la gracia se necesitarán sacrificios aun extraordinariamente grandes, pero para realizarlos no se sale de lo ordinario. Cuando ocurra lo extraordinario, que no está en nuestro poder, pensará el Señor en ponerlo. Lo que importa es que

nosotros hagamos nuestra parte con perfección.

Las almas cristianas no pueden estar divididas en dos órdenes distintos: lo ordinario y lo extraordinario. El Señor las ha llamado a todas a la perfección de su vida sobrenatural, aunque en grados y de modos diversos.

Por eso, a medida que lo iluminaba la luz de las verdades cristianas, la inteligencia del Beato comprendió que todo consistía en la salvación del alma mediante la práctica de la vida cristiana, de la piedad, de la vida interior, de la contemplación, de la santidad en el apostolado de la salvación de las almas.

Para él, salvación del alma y santidad no eran cosas esencialmente diversas, y por eso aun la santidad más sublime de sus hijos entraba en lo ordinario de la vida, a pesar de todos los sacrificios y humillaciones que hubiera requerido en diverso modo de los individuos.

Invitar y ayudar a pequeños y grandes, a ignorantes y a doctos, a salvar el alma, era lo mismo que encaminarlos a la vida interior y a la santidad.

Simplificador magnífico, el Beato dejaba de lado todo lo que multiplica, confunde, dificulta.

Su programa era facilitar a todos el camino de la santidad: aborrecer el mal, hasta estar

prontos a morir antes que pecar; servirse de las cosas sólo para el bien, dentro de los límites de las leyes divinas; impulsar por todos los medios al alma hacia el Señor, hasta unirse completamente a El en la realidad de la vida de Jesucristo mediante la fe, la esperanza, la caridad y los Sacramentos; gustar y hacer gustar esta presencia y esta acción vital de íntima unión con Jesús en el alma, con el estudio asiduo del Catecismo, con las solemnidades litúrgico-religiosas, con la frecuencia de los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, que purifican, renuevan, nutren, acrecientan y fortifican de modo verdadero, real y maravilloso, aun cuando sea generalmente insensible, la vida cristiana, interior, sobrenatural, hasta que ya no es el alma quien vive sino Jesús quien vive en ella.

4.º Sobre estas bases ha construido el Santo su vida interior sencilla, evangélica, práctica, laboriosa, dedicada únicamente al cumplimiento de la divina voluntad en todo lo referente a la salvación de las almas, comenzando por la propia. Vida interior de actividad maravillosa, extraordinaria, por el bien de las almas, alimentada por una fe inquebrantable, por una

esperanza siempre radiante en su inmutable sonrisa paterna, e inflamada por una caridad ardiente de ardores divinos, en todos los momentos de su misión entre dificultades, contradicciones y malevolencias incesantes, inauditas.

Don Bosco identificó con la máxima perfección su actividad externa, incansable, absorbente, vastísima, llena de responsabilidades, con una vida interior que tuvo principio en el sentimiento de la presencia de Dios (¡Oh, la potencia del “Dios te ve” de Mamá Margarita!) y que paulatinamente se hizo actual, persistente y viva hasta ser perfecta unión con Dios.

De tal modo realizó en sí el estado más perfecto, que es la *contemplación operante, el éxtasis de la acción*, en la cual se consumó hasta lo último, con serenidad extática, por la salvación de las almas.

Para alcanzar esta presencia unitiva con Dios, el Beato no descuidó nada por su parte: ni el estudio intenso de las verdades reveladas y espirituales, ni la lucha continua contra las terrenas concupiscencias, ni la práctica progresiva de cada una de las virtudes teologales, cardinales y morales, ni las mortificaciones y penitencias voluntarias, adquiriendo así un dominio y calma perfectos, ininterrumpidos, aun en las

circunstancias y pruebas más duras y dolorosas.

La luz y el equilibrio de su alma le daban intuiciones claras, precisas, para las cosas más difíciles e intrincadas, porque no cesaba un instante de estar absorto en la presencia y en el amor de su Dios.

Con la parte superior de su voluntad permanecía en la intimidad divina, y al mismo tiempo se daba en cuerpo y alma a las obras exteriores de la salvación de las almas y de la gloria de Dios.

Esta vida interior del Beato, siempre operante y siempre unida a Dios, identificaba en sí la actividad de Marta y la intimidad extática de la Magdalena, porque había logrado que su alma gozara de la suavidad de estar a los pies del Señor: *sedens secus pedes Domini*, al mismo tiempo que era todo solicitud por las almas: *satagebat circa frequens ministerium* (San Lucas, 10, 13).

5.º El Santo Padre llama a ésta una de las más bellas características del Beato. “En él el trabajo era oración efectiva y se verificaba el gran principio de la vida cristiana: *qui laborat, orat*”.

Este principio de la vida cristiana: “quien

trabaja, ora”, no quiere decir que el alma pueda dispensarse de la oración para atender a sus trabajos. La oración y el trabajo son dos deberes esenciales que requieren cada uno el tiempo y la aplicación necesarios: cuando es tiempo de orar, se debe orar, y cuando es tiempo de trabajar, trabajar.

También la oración es un trabajo que requiere todas las fuerzas del alma y del cuerpo. Por esto el Beato inculcó siempre a sus hijos e hijas: *¡Trabajo y oración. ¡Oración y trabajo!*

El trabajo no puede substituir a la oración, pero sí puede transformarse en oración si posee la vida interior de unión con Dios no a intervalos, de tiempo en tiempo, como si la vida interior fuera un vestido para usar sólo en las fiestas y durante las prácticas de piedad, para retirarlo después cuidadosamente antes de emprender otras ocupaciones.

Con la práctica de la vida interior del Beato Padre, poco a poco la Hija de María Auxiliadora dejará de sentir el peso del trabajo- oración y podrá estar segura al mismo tiempo de orar trabajando.

6.º Para llegar a este estado delicioso de suavidad en la oración y de oración en el tra-

bajo, la Hija de María Auxiliadora debe primeramente liberar su corazón de todo apego aun mínimo a las cosas, a las criaturas y a sí misma, porque Dios posee al alma y pone en ella sus delicias en proporción al vacío que ella ha logrado efectuar dentro y fuera de sí, y comienza entonces a realizar en ella sus maravillas.

Es El entonces quien ora, habla, actúa y sufre, mientras el alma está enteramente dedicada a embellecer cada vez más la morada del Huésped divino con la práctica de todas las virtudes. Y, porque por sí misma no puede hacer nada, el alma se abandona siempre más en Aquél que todo lo puede.

Procure la Hija de María Auxiliadora adquirir ese estado con el estudio incansable del Catecismo y del santo Evangelio, sin perderse tras las migajas de libretos rellenos de devocioncillas mezquinas y estrechas; con la misión de escuchar la palabra de Dios en las instrucciones y conferencias prescritas por las Reglas; con la exactitud matemática de la observancia del horario y de las otras disposiciones de los Superiores; con ver en todo, habitual y sencillamente, la voluntad de Dios; con ofrecer a Dios, desde el principio, el propio trabajo, y durante el trabajo reavivar a menudo, con santos pen-

samientos y ardientes jaculatorias, la resolución de obrar sólo por Dios, con Dios, y en Dios; con mantenerse siempre en paz en medio de las dificultades, penas y fatigas que debe soportar a cada momento para cumplir su deber; con no dejarse absorber por las cosas y ocupaciones exteriores de modo que no se vea ya más que la satisfacción o el placer de realizarlas; con sentir siempre una gran pena por no tener un poco de tiempo para estar con el Dios de su corazón; con vivir una vida intensa de fe, de esperanza y de caridad activa, en la expectativa de la felicidad eterna, con hacer, en fin, todo bajo la mirada de Dios únicamente y siempre por su amor, aun las acciones más comunes y abyectas.

7.º Así, en el próximo año, cada Hija de María Auxiliadora intensificará en sí y en torno a sí el conocimiento y la práctica de la vida interior del Beato Padre, con gran beneficio del Instituto, del cual el Señor espera una mies abundantísima de buenas obras para la salvación de tantas pobres niñas.

La palabra del Padre es siempre la misma, aun desde el Paraíso: "*Vosotras haréis a mi corazón la cosa más grata del mundo si me ayudáis a salvar vuestra alma*", es decir, a haceros

santas en vuestra vocación, según el ejemplo que yo os he dejado de vida laboriosísima en la intimidad constante con Dios.

Diga, Reverendísima Madre, esta palabra a sus Hijas, y ayúdelas maternalmente a practicar el *aguinaldo* y a ser siempre más dignas hijas de nuestro Beato y del Señor.

El tiene preparada a cada una una corona inmarcesible de gloria y de felicidad eternas en la visión beatífica, junto a nuestros Santos y Santas, entre las cuales sobresale María Mazzarello, la primera Superiora de vuestro floreciente Instituto.

Ella supo reproducir bellamente en sí el espíritu de vida interior y de apostolado del Beato Fundador, convirtiéndose a su vez en modelo imitable y en especial protectora.

Esto sin querer anticiparnos a los designios de Dios, que serán manifestados a su tiempo por las declaraciones autorizadas y las decisiones definitivas de la santa Iglesia.

Pero la ocasión del 50 aniversario (14 de mayo de 1881) de la santa muerte de la humilde Sierva de Dios, colocada por el Beato Don Bosco como piedra fundamental de la segunda Familia de su obra, debe señalar, Reverendísima Madre, una mayor intensificación de oraciones,

por parte de todas las Hijas de María Auxiliadora, para acelerar la glorificación de Madre Mazzarello con favores, gracias y milagros obtenidos por su intercesión.

El *aguinaldo* de este año, mientras inculca a las Hijas de María Auxiliadora un mayor conocimiento y práctica de la vida interior del Beato Don Bosco, hará brillar también ante sus mentes, para una imitación más fácil, la vida interior que aprendió Madre Mazzarello en la escuela del Padre.

Invoco, Reverendísima Madre, sobre usted, sobre cada casa del Instituto, sobre cada Hija de María Auxiliadora, sobre las alumnas, las ex alumnas, las oratorianas, las internas, las niñas de los jardines infantiles, la plenitud de las bendiciones de María Auxiliadora y del Beato Padre, con los mejores augurios a todas para el nuevo año.

Una oración por su

devmo. en C. J.
Sac. FELIPE RINALDI

“Para que podamos conocer e imitar mejor vuestra vida interior, oh Beato Don Bosco, rogad por nosotras.”

LA VENERABLE
MARIA DOMINGA MAZZARELLO

a la luz de la augusta palabra de S. S. Pío XI

ROMA - Sala del Consistorio - 3 de mayo de 1936

La ejemplar Hija de María

Es por feliz, y no por casual encuentro, por lo que nos encontramos reunidos precisamente en este día y por el tema que nos presenta la Venerable Sierva de Dios María Dominga Mazzarello, y porque es muy oportuna esta reunión en estos primeros días del mes consagrado a María, del mes de mayo.

Está bien, efectivamente, que en tal oportunidad nos ocupemos de la Sierva de Dios y que nos reunamos en su nombre. De ella, que fue la antigua Hija de María y que precisamente en los comienzos de un mes de mayo vio la luz de la vida y en la primera mitad de otro mes de mayo abrió los ojos a la luz eterna.

La Venerable fue ejemplar Hija de María. Hay ya algo de grande en una vida que se desenvuelve y se explica bajo la mirada y la guía de tal Madre.

La Santa de la humildad

Pero además, en el primer aspecto, y en otros muchos, la gran Sierva de Dios se presenta con todos los caracteres, de la más humilde sencillez que no se encuentran fácilmente en la medida en que los tuvo ella.

Una sencilla, sencillísima figura, pero con una sencillez, con una simplicidad propia de los cuerpos más simples, como el oro: simple pero rico de especialísimas características, cualidades y dotes. Precisamente así fue esta humilde Sierva de Dios.

El Decreto leído, y el bello y edificantísimo comentario que le ha agregado el Padre Mayor de las grandes Familias salesianas, ya han dicho elocuentemente los muchos detalles de santidad de esta figura de la Venerable Sierva de Dios María Mazzarello y de su vida.

Pero hay una palabra en el Decreto que alude espléndidamente al centro de esta santidad e invita a la consideración más adecuada a nuestro caso. Es cuando dice que el Señor ha bendecido de modo especial la humildad de la Sierva de Dios.

Es verdaderamente ésta, la humildad, la nota característica de la Venerable. Una gran humil-

dad la suya. Se diría propiamente una plena conciencia y el continuo y práctico recuerdo de su humilde origen, de su humilde condición, de su humilde trabajo.

Campesina, modistilla de pueblo, de humilde formación y educación; educación cristiana, es cierto, y por consiguiente muy preciosa, pero a la cual faltó, puede decirse, todo lo que comúnmente se entiende por educación. Hasta la más modesta instrucción, aun en la más modesta medida.

Quedaba aquella sencillez que Dios, el único diseñador de las almas, había dispuesto precisamente en alma tan escogida. Y nos parece entrar en los gustos de Dios y de la misma Venerable, siguiendo y estudiando el decreto de su vida vivida y de la vida póstuma que la Venerable viene desarrollando en tanta supervivencia de personas y de obras.

Su humildad fue tan grande, que invita a preguntarnos qué ve Dios en un alma humilde, verdadera, profundamente humilde, que precisamente por la humildad se diría que lo seduce tanto, y le hace realizar hasta las mayores maravillas en favor de aquella alma, y otras maravillas por medio de ella.

El talento de gobierno

Ante todo hay que hacer una afirmación: esta pequeña, sencilla, pobre campesina, rica sólo de una formación rudimentaria, demuestra bien pronto lo que se dice un talento, uno de los mayores talentos; el talento de gobierno.

Grandísima cosa ésta que ella demuestra poseer, y posee hasta tal punto, que un hombre como San Juan Bosco, el famoso Don Bosco, tan profundo conocedor de hombres y tan inteligente y experto en el gobierno de hombres y de cosas, descubre enseguida este raro y precioso talento y se vale de él.

¡Quizá entonces cuántos habrán dicho: ¿qué se le ocurre a Don Bosco?! ¡Y sin embargo la elección no podía ser mejor! Aquella elección, en efecto, fue el fruto del descubrimiento de aquel talento. Y la oportunidad y eficacia de tal elección fue demostrada no sólo por la fundación estable, segura, de la nueva Familia de María Auxiliadora, sino también por el rápido y maravilloso crecimiento y propagación del floreciente Instituto.

Y aquí estamos, realmente, ante el lenguaje más elocuente de los números: en 1881, el 14 de mayo, la sierva de Dios está todavía en vida

y ha visto ya dilatarse su obra, multiplicarse en poquísimos años.

A la hora que vivimos son 734 las casas, 66 las casas de misión, 8.352 las religiosas, 1.100 las novicias. Aquí está la grande elocuencia, la gran poesía de los números.

Verdadera maravilla y verdadera poesía que hace legítima la pregunta: ¿Qué ve Dios en esta verdadera, profunda, total humildad para mostrarse tan pródigo en sus dones más preciosos, ya que aquí se trata de un talento tan alto, de tan grande obra, de tan difusa multiplicación de almas?

El secreto de las complacencias de Dios

Cuando se piensa en el valor del alma —El Señor ha dado su vida “por mí”, exclama el Apóstol—, ¿qué ve, pues, el Señor en la humildad?

La pregunta se impone, especialmente, cuando se reflexiona, por contraste, en lo que ve el mundo en la humildad: raras veces el mundo se muestra tan ignorante en su orgullo y en su supuesta sabiduría.

Para el mundo esta humildad y sencillez es

pobreza en el sentido más miserable y digno de compasión de la palabra.

En cambio, ¿qué ve Dios en la humildad? El mismo Señor ha tenido el cuidado de resolvernos este problema, que humanamente se presenta en forma desalentadora.

Nos lo ha dicho en una de las más bellas palabras de San Pablo, cuando hace decir al Apóstol, y precisamente refiriéndose a los que no son humildes, a los soberbios, a los que creen que se pueden jactar y vanagloriar de alguna cosa —cualidades, hazañas, obras— la palabra tan solemne, tan amonestadora: “*Quid habes quod non accepisti? Et si autem accepisti, cur gloriaris quasi non acceperis?*”.

He aquí, queridísimos hijos, he aquí todo el secreto de la humildad. Por ella el alma estima y ve reales esplendores de verdad, de majestad, de justicia, de dulzura, de gratitud. Es decir, las relaciones que deben mediar entre Dios y el alma. Por la humildad el alma ve lo que es Dios, en la verdad; sabe qué debe a Dios en la justicia; realiza lo que es obligación hacia Dios en la gratitud.

Aquí está la esencia de la humildad en la verdad, para remontarse al origen primero, ya que todo viene de Dios —¿Qué tienes tú que no

hayas recibido de Dios?—, de la humildad en la justicia; es decir, en la atribución de la gloria a Dios: “*non nobis, Domine, sed nomine tuo da gloriam*”; de la humildad en la gratitud entera, completa por los dones, por la liberalidad divina, por la perfecta gratitud propia de Dios, y en su elección y en su largueza.

Lo que ve Dios en la humildad, es decir, las miras de Dios acerca de la humildad, son perfectamente lo opuesto de lo que ve el mundo.

¿Qué ve, pues, Dios? Ve en la humildad, en el alma humilde, una luz, una fuerza, una rectitud ante la cual no puede resistir, porque le presenta en su belleza más exquisita y en las líneas más fundamentales y constructivas, la fisonomía misma de su amado Hijo unigénito.

Y ésta es una idea expresada por el mismo divino Maestro. Es El mismo quien dice a este propósito: “Aprended de mí”. ¿Qué hemos de aprender? “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

Es el Maestro divino, portador del Verbo de Dios, portador de todos los tesoros de sabiduría, de ciencia, de santidad, quien nos dice: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”, como si no tuviera otra cosa que enseñarnos a nosotros, a estos pobres hombres,

a esta pobre humanidad, que había perdido también las huellas de la verdad y hasta el hilo para encontrarla, y que lo tenía todo por aprender.

Le dice a ella, les dice a todos los hombres: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”, como si no tuviera otra cosa que aprender, como si, aprendido esto, hubiéramos aprendido todo lo necesario para la reconstrucción de las almas, para la reconstrucción del mundo.

De la cruz a la gloria

He aquí lecciones que sólo la infinita sabiduría de Dios podía darnos. He aquí, a través de infinitas transparencias, lo que Dios ve en la humildad.

Y hasta dónde ha llegado la simpatía divina, del corazón de Dios, por la humildad, nos lo dice hoy, nos lo recuerda la santa Iglesia, en este día de la Invención de la Santa Cruz, cuando nos hace meditar de nuevo aquellas palabras, grandes palabras, que recuerdan poderosamente los extremos de los caminos recorridos por el divino Verbo Encarnado: *Humiliavit semetip-*

sum... usque ad mortem, mortem autem Crucis.

He aquí hasta dónde ha llegado el amor, la simpatía divina por la humildad. A una cumbre de amor, a una cumbre de humillación que conduce también, sin embargo, a una cumbre de exaltación, de gloria, de recompensa: *Propter quod Deus exaltavit illum, et dedit illi nomen, quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genuflectatur: coelestium, terrestrium et infernorum...*

El mundo no piensa, no es capaz de pensar, que toda universal genuflexión, adoración, exaltación del Nombre divino es el reconocimiento de las humillaciones, de la humildad practicada hasta donde podía serlo, por amor de Dios.

He aquí algo bien precioso y de lo cual podemos agradecer a la Venerable Mazzarello por el recuerdo que nos da. De ella, en efecto, nos viene esta indicación. Y toda su vida y obra están precisamente en este orden de ideas, en esta divina didáctica y divina escuela de humildad.

Aquí no podemos dejar de agregar que la Venerable Mazzarello —la ejemplar, la antigua Hija de María— de María Santísima también, nos recuerda y nos repite la máxima lección de humildad, cuando la Virgen Madre de Dios ex-

clamaba que su elección y gloria se debían a la humildad: *Respexit humilitatem ancillae suae.*

La Madre de Dios se llama sierva, esclava de Dios, y por eso, *ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

Es bello considerar a la Venerable María Mazzarello a esta luz, la luz de María. También ella puede repetir: el Señor ha mirado mi humildad, mi sencillez con infinita benignidad, y por eso *Beatam me dicent omnes generationes.*

Y en efecto, ya gentes de todo el mundo conocen su nombre, las casas, las obras, a sus Religiosas. Y precisamente en este día, que nos trae y nos recuerda las grandes humillaciones de la Cruz, se pone de relieve, con la proclamación de sus virtudes heroicas, la posibilidad de que la Sierva de Dios pueda repetir otro día y de modo más apropiado: *Beatam me dicent omnes generationes.*

PALABRAS DE SU S. S. PABLO VI

Roma, 13 de abril de 1964

La Iglesia está contenta de vosotras. Os agradece el trabajo que hacéis. Pero antes que por

el trabajo, os da gracias por vuestra vida de consagración al Señor y de búsqueda de vuestra santificación personal.

Continuad vuestra misión, en adhesión y fidelidad al espíritu de vuestro Fundador San Juan Bosco.

Llevad mi bendición a todas las Hermanas, desde aquellas que tienen responsabilidades hasta las más jóvenes y a aquellas que están entrando al Instituto.

Decid a éstas que el Papa las bendice desde los umbrales de la vida religiosa para que, cuando hayan hecho su elección en plena libertad, puedan vivir en plenitud y alegría su oblación al Señor.

Indice

3 *Presentación*

I

- 17 Llamada por Dios
- 30 Consagrada a Dios
- 39 Unida... y cimentada en Cristo

II

- 53 Hija de María Auxiliadora
- 63 En el misterio de la Iglesia
- 73 Configurada con Cristo

III

- 83 El Evangelio de la vida religiosa
- 94 Los "signos" de lo absoluto
- 116 La liturgia de la vida común

IV

- 135 La santidad del "hic et nunc"
- 144 Sencillez evangélica
- 155 Contemplación operante

V

- 165 El misterio eucarístico centro y fuente de vida
- 179 Auxiliadoras con la Auxiliadora
- 190 El rostro de la salesianidad

VI

- 205 El sello de lo alto
- 214 La síntesis de una espiritualidad

Patrimonio salesiano

- 223 Primera predicación de Don Bosco a las F. M. A.
- 224 Última predicación de Don Bosco a las F. M. A.
- 228 "La Virgen está aquí"
- 230 Carta-testamento de Don Bosco
- 232 Palabras de Sta. María Mazzarello en su lecho de muerte
- 236 Sueño de la pérgola de rosas
- 241 El sueño de las castañas
- 247 Carta de S. Juan Bosco a la sobrina M. Eulalia
- 248 Carta del Beato Miguel Rúa (1894)
- 255 Carta del Beato Miguel Rúa (1897)
- 259 Programa de Don Pablo Albera
- 260 Carta del Siervo de Dios D. Felipe Rinaldi (1922)
- 265 Carta del Siervo de Dios D. Felipe Rinaldi (1930)
- 266 "Aguinaldo" del Siervo de Dios D. Felipe Rinaldi (1930)

- 284 "Aguinaldo" del Siervo de Dios D. Felipe Rinaldi (1931)
- 298 La Venerable María Dominga Mazzarello en la augusta palabra de S. S. Pío XI
- 307 Palabras de S. S. Pablo VI